



MANUELA CANTÓN
EL OLOR DE LOS ELOTES

Lectulandia

La Ciudad de México, escenario de un viaje interior sin retorno posible, da cobijo a una galería de personajes obsesivos y de historias trágicamente entrelazadas. En las espesas tinieblas de la inmensa megalópolis se va desvaneciendo Alejandro, un profesor desengañado dedicado a investigar rituales religiosos urbanos que convocan a delincuentes, sicarios y prostitutas. Secuestrado y convertido en el autor involuntario de una novela delirante escrita en el más sórdido e inesperado cautiverio, el protagonista mezcla tramas que transcurren fuera y dentro de dos narraciones trenzadas. La imagen de la Santa Muerte mexicana y el olor de los elotes asados anudan los múltiples relatos con una soga, creando una atmósfera desasosegante. Ambas narraciones desembocan en la más intolerable de las ficciones, aquella en la que consiste toda existencia marcada por la enfermedad de la literatura, la invención y la frágil verdad de todo aquello que un día tuvimos por real.

Lectulandia

Manuela Cantón

El olor de los elotes

ePub r1.1

Titivillus 07.07.16

Título original: *El olor de los elotes*

Manuela Cantón, 2013

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«Toda muerte suple a otra muerte. Y puesto que la muerte nos llega a todos el único modo de mitigar el miedo que nos causa es amar a aquel que nos suple. No estamos esperando que se escriba su historia. Pasó por aquí hace mucho. El hombre que es todos los hombres y que está en el banquillo en nuestro lugar hasta que a nosotros nos llegue la hora y tengamos que ocupar su puesto. ¿Amas a ese hombre? ¿Harás honor al camino que ha tomado? ¿Querrás escuchar su historia?».

CORMAC MCCARTHY, *Ciudades de la llanura*

1. Ciudad de México

—Será mejor que tome un taxi de sitio, señor.

—¿Taxi de sitio? —repuse fingiendo extrañeza. ¿Qué es un taxi de sitio?

—Taxi seguro, señor.

Le seguí abriéndome paso entre la infatigable multitud que corría en todas direcciones, formaban largas colas ante los mostradores de facturación o miraban abducidos los parpadeantes paneles electrónicos. Arrojé mis despojos insomnes dentro de un Volkswagen verde, de esos que gastan gasolina sin plomo. Antes aspiré violentamente el aire, llenando mis pulmones con ese detritus en suspensión que me devolvía la vida.

Había llegado. De nuevo aterrizaba en Benito Juárez, uno de los más imponentes aeropuertos del mundo. Aletargado, taciturno y con las piernas todavía adormecidas por las casi doce horas de vuelo, solo quería alcanzar la calle y sentir aire fresco en el rostro, como si me fuera dado encontrar tal cosa en esta ciudad. Se obstinaban aún en mi retina la miríada infinita de luces que alfombran la noche de la incesante megalópolis mexicana. Titilantes, anaranjadas, en hileras o arracimadas, no parecían tener fin. Allí abajo, especulaba mientras el avión descendía rozando el Distrito Federal, se amontonan los crímenes y la pobreza, barrios humildes y mansiones de ricos se miran con furia entre sí, se entreveran ajustes de cuentas y actos de amor, la corrupción policial de la que hablan los periódicos y los zarpazos inmisericordes del narcotráfico, desangrando la vida cotidiana. Las gentes morenas y achaparradas, llegadas de todos los rincones de la inmensa república mexicana, se afanan por millones, tratando de agarrar el sueño entre toda la desdicha y el ruido de sus barrios de autoconstrucción, sus informes terminales de autobuses, las largas avenidas salpicadas de tragafuegos, vendedores de cualquier cosa y vagabundos de pelo hirsuto; pero también arropados por la cultura popular que resiste en las vecindades, el desgarró alegre del mariachi y de sus violines, guitarras y trompetas, la luz color de mango de parques como el de Chapultepec, rebosantes de verdor, y de las acogedoras alamedas donde los niños, en las soleadas tardes de domingo, mordisquean sin pausa papayas troceadas o nubes de algodón dulce. Mientras la panza plateada del avión acariciaba la negra espesura de la ciudad apretada de luces, minutos antes de aterrizar, acudieron a mi memoria todas las visiones de realidades urbanas trituradas y dolientes que encontré en mis andanzas por América Latina a lo largo de todos estos años.

Mis viajes han sido y son, al menos formalmente, académicos. Los más de treinta años que llevo dedicado a la antropología, enseñando en una universidad española de renombre, me han convertido en una especie de celebridad en lo relativo a costumbres extrañas, rarezas impenetrables del comportamiento humano, sistemas rituales ignotos y toda suerte de exotismos que han conformado un filón del que vivo holgadamente. En los últimos años he participado en la producción de varios

documentales muy exitosos, escrito libros que logran convencer a un público no especializado pero ávido de espejos en los que encontrar sus embarazosos reversos, publicado decenas de columnas y ensayos en los principales diarios del país, impartido toda clase de conferencias siempre cargado con mis filmaciones, imágenes espectaculares de rituales misteriosos, complejos esquemas de parentesco, ingesta de atroces drogas o grabaciones de cánticos imposibles. Con el tiempo he ido descubriendo qué animal he de sacar de la chistera a cada lado del Atlántico. Me siento una especie de prestidigitador, una mezcla de poeta, teórico, histrión y chulo de las ideas. A los públicos europeos les fascina cualquier conducta que desafíe su angosta noción de la racionalidad y, pertrechados con media docena de arraigados prejuicios, la diseccionan como si se tratara de algo que solo afecta a otros lejanos. O la escrutan a la manera en la que un entomólogo da cuenta de una especie endémica de coleóptero. Pero a los latinoamericanos cuesta mucho más asombrarlos, acostumbrados como están a vérselas cotidianamente con la mezcla de toda clase de gurúes, predicadores, charlatanes, visionarios y lunáticos vociferando infatigablemente en cada calle de cada barrio de cada pequeña o gran ciudad, en desternillante y opíparo festín sincrético.

Esa es la razón por la que hace ya tiempo que decidí repartir con esmero escenarios, chisteras y trucos. En las universidades americanas imparto conferencias que desgranar sesudas epistemologías en las que también estoy bastante puesto, lo reconozco sin sonrojo. Y ante públicos europeos procuro deslumbrar con mis conocimientos de primitivos intocados, dioses selváticos de gran voracidad, economías de subsistencia y sexualidades salvajes. Pero este reparto de escenarios exige una permanente puesta al día que, en lo referente a las teorías, me obliga a leer metódicamente todo lo que cae en mis manos sobre funambulismos post-positivistas, deconstrucción postmoderna, neofuncionalismos simbólicos, ráfagas estructurales, marxismos compungidos, constructivismos minimalistas o etnometodologías ingenuas. Luego compongo mis combinados como quien liga rítmicamente tequila, lima y jengibre a ritmo de danzón, lo remuevo bien y destilo así una exposición de complejidad estratosférica que deja a mis públicos de este lado perplejos, vanidosamente aferrados al mentón pensante y emitiendo calculados sonidos guturales mientras entornan los ojos con afectación. La puesta al día en lo tocante a exotismos la resuelvo viajando cada cierto tiempo para investigar algún fenómeno cultural hiriente, remoto y desatado, cuanto más inexplicable para iluministas estrechos, tanto mejor.

Por eso estoy aquí, esa es la razón que me ha traído en este verano de 1993 a México, y me llevará más tarde a Guatemala, un canto triste de verdes y empinadas humedades que en los mapas se extiende exangüe entre el sureste de México y Honduras. El hecho de que estos hayan sido los dos escenarios principales de la trayectoria investigadora de quienes ustedes creen autora de este libro, nada tiene que ver con mi elección, he de aclarar. Por lo que sé de ella, aún cree perdidamente en lo

que hace. Yo ya no. Por la todavía escueta información de la que dispongo, en México la Santa Muerte se hace cada vez más popular, y está alcanzando cotas delirantes tanto entre los propios seguidores del culto, que van en febril aumento desde hace unos años, como entre un reducido grupo de antropólogos fascinados con esta oscura devoción urbana. En Guatemala me esperan las decenas de representaciones de San Simón, un ídolo de palo al que los devotos dan de beber aguardiente, guaro en terminología local, y en cuyos correosos labios tallados en madera colocan cigarrillos hasta que se consumen, momento en el que son retirados y sustituidos por otros. Esos son mis dos destinos para los próximos meses. No tuve hijos ni, por tanto, desvelos primordiales. Dado que mi espesa carrera como profeta de lo incognoscible, druida de las ideas, hermeneuta de las prácticas sociales y destilador de teorías artificiosas pero impactantes, me procura financiación para cada investigación que planee hacer, no me ha sido difícil lograr que el Ministerio de Ciencia e Innovación español, previa presentación de medio millón de documentos acreditativos de los que no me libro ni yo, me haya aprobado un presupuesto generoso para vivir seis meses en tierras centroamericanas.

Y aquí estoy, aterrizando nuevamente en Ciudad de México, entre cuyas venas, arterias, tendones y tripas permaneceré unas semanas para recabar información sobre la Santa Muerte mexicana, la extracción social de sus seguidores, la distribución de espacios de culto por el entramado urbano, las particularidades de los rituales asociados, y todo aquello que me permita entender científicamente un fenómeno con el que luego deslumbrar a mis escépticos públicos europeos. Después me iré a Guatemala, donde espero poder empezar, tal vez en dos o tres meses, con la visita ordenada a los centros de culto a San Simón, del que casi nada se ha escrito hasta el momento. El ambiguo ídolo postcolonial, que por lo común se nos presenta enchaquetado, con corbata, sombrero y bastón, permanece custodiado por mayordomos mayas en los municipios indios, mientras en las ciudades lo protegen cancerberos aún más inesperados, entregados a una oración que no es cristiana ni maya, que trata de intervenir sobre los amores contrariados, las afrentas familiares, la salud quebrada de los pobres. Conozco Guatemala, aunque nunca pensé que volvería. Las cosas atroces que me ocurrieron durante mi primera estancia, hace ya muchos años, me llevaron a considerar que ese no era un buen lugar para mí. Creo honestamente que no es un buen lugar para nadie.

Y en poco más de seis meses tal vez esté ya preparado para volver a mi Universidad en España, donde esos colegas entre aduladores y sobreactuados, que en realidad no me habrán echado en absoluto de menos, sabrán recibirme con hiperbólica y mal fingida alegría. Soy a fin de cuentas una celebridad, disfruto de reconocimiento en lugares remotos del orbe académico, pero entré en esto para ganar libertad, no para convertir mi despacho en un confesionario, una oficina de empleo o en tapadera para hacer dinero, clientes, devotos, esclavos o amantes. Cada poco me asalta como un brote psicótico el temor de que me roben el alma, y entonces hago las

maletas. Dicen que mis numerosos y aplaudidos documentales etnográficos no son cosa científica, que mis amaneradas teorías son un camelo y mis viajes los de un *outsider* sin lugar en la academia; que me gusta el poder tanto o más que a los demás y que solo lo busco lejos, que mis incontables apariciones en prensa y televisión son las de un narcisista incorregible, o que me interesa únicamente el dinero; también que soy un divo, un exhibicionista, un experto en boutades, un perturbado y hasta que soy homosexual, dicen tantas cosas. Pero para divertirme con tan cicateros rumores ya tendré tiempo cuando regrese, y uno nunca puede estar seguro de que eso vaya a ocurrir, ¿verdad?

—Bueno, ¿y dónde puedo tomar uno de esos taxis de sitio?

—Acá señor nomás, esos sí son bien seguros señor. —Y me indicó con un movimiento rápido de cabeza que le siguiera.

2. Tragafuegos

Era noche cerrada cuando entregué mi pasaporte al recepcionista del Moctezuma, el vencido y céntrico hotel colonial al que siempre acababa volviendo, cautivado por sus vistas a una de las plazas más descomunales del mundo, el Zócalo, a la gran catedral Metropolitana y al Palacio Nacional. La Tenochtitlán derrotada. Pude dormir lo que el desfase horario me dejó, y tras un desayuno con huevos rancheros, chilaquiles, jugo y café, me senté en la vieja terraza bajo un cielo decadente, ennegrecido y húmedo, cerca del toldo que me protegería de las primeras gotas que ya empezaban a crepitar, e inicié mi diario personal de viaje. Siempre lo hago, lo que he de reconocer que, siendo antropólogo, se convierte a veces en una operación redundante. Un afán entre maníaco, si se quiere ser pesimista, y borgiano a lo Funes, para usar un referente literario de altura imbatible, me condena a retener y registrar cada visión fugaz de los entrecruzamientos urbanos, cada luminosidad con significado, cada estremecimiento aleatorio de la memoria, siempre medido por un hilo de música que me corre justo por debajo de la piel; cada aroma y cada hedor y, lo que es peor, cada destello fugaz del recuerdo que injerta en el instante entrecortados fogonazos de visiones ya pretéritas. De manera que, excepto si se trata de una situación que puede ir del extremo peligro a la alarma discreta, es decir, algo que exija suficiente atención, mi percepción de lo que me ocurre aquí y ahora nunca está quieta, jamás es pura. Viene precedida, acompañada y seguida de un cortejo de emociones emboscadas que se multiplican como espejos enfrentados, imparables encadenamientos de visiones caprichosas, jirones de recuerdos próximos o remotos, míos o acaso de otro. Llevo dos diarios, el personal y el de campo. Mantenerlos al día me roba al menos dos horas de vida cada noche, que a veces le robo yo al sueño, y que este le roba a su vez a mi lucidez diurna, y esta a mi trabajo, y así sucesiva y atropelladamente, como quien está siempre torpemente endeudado consigo mismo.

Al acabar el desayuno en la terraza del Moctezuma abrí mi diario de campo y anoté: «Taxi de sitio, me explican que se trata de los taxis que pertenecen a una compañía o empresa de transporte público y que aguardan, con el número de la licencia bien a la vista, la llegada de algún cliente a las paradas oficiales establecidas al efecto». Bien, me dije, no es eso lo que me han explicado, sino lo que deduje en su día a partir de un puñado de palabras: «taxi seguro, señor, taxi con licencia señor, allá en la placita los tiene usted, señor», esto es lo que me han dicho. El taxista y el experto, todo un tema de reflexión. Quién dice más, quién lo dice mejor, quién dice qué, qué dice lo que se silencia. Es verdad que los antropólogos somos criaturas aprensivas que pasamos mucho tiempo discerniendo las distintas maneras de sabotear aquello que hacemos, y que esta ciencia remueve algunas certezas y debería removerlas todas, que nos deja colgando de un puñado de incertidumbres, en los huesos nuestras verdades más consistentes, pero mejor armados para vivir en sociedad, entender antes de juzgar o, como sucede tan a menudo, embestir. Esa

propiedad entre disolvente y adhesiva me insufla todo el vigor para seguir adelante. Por dentro, porque por fuera solo me mueve la búsqueda del reconocimiento, el prestigio y el dinero suficientes para escapar. Sea como sea, es aquella desquiciante aceleración registradora la que me desmembra entre mis dos diarios, la que me obliga a estos esfuerzos por distinguir la información valiosa para mi comprensión científica de la realidad, de aquella otra más propia de un diario biográfico, de unas memorias evocadoras, de un poema. Oleadas de palabras refractarias al afán de coherencia y cargadas de emociones, recuerdos, estremecimientos y música.

Les podría dar un ejemplo de esa disyuntiva, solo en apariencia anodina. Hoy mismo, tras mi primer día en la ciudad, he asistido al despliegue de lo que podría llegar a ser, si los juntáramos a todos, un verdadero ejército de malabares y tragafuegos. Los he observado deambular en cada semáforo tratando de conseguir unos pesos de los conductores, y en la plaza de Tlalpan, donde he cenado esta primera noche de domingo a la luz de unas minúsculas velitas, casi me incineran los totopos de la sopa azteca y el ala de mi distinguido sombrero de jipi, tan cerca llegaron a estar de mi mesa. Entre los tragafuegos hay de todo. Estos de Tlalpan no parecían veteranos del fuego, sino más bien jóvenes globales y ociosos, entre drogados y pirómanos, que se ganan la vida hoy con esto, mañana vendiendo abalorios y pasado mañana están demasiado colgados como para hacer nada que vaya más allá de mendigar unos pesos para alimentar los alrededores de sus huesos. Esta noche en Tlalpan, la verdad, no lograba entender cómo las rastas de aquel tipo lograron evitar tan feroces llamaradas, ni cómo logró mantenerse cruda la que parecía ser su novia y que le adulaba, besaba y acariciaba lascivamente mientras él escupía fuego y bailaba con las antorchas incandescentes lanzadas con audacia de una mano a la otra. Mi mesa, apostada detrás de uno de los pilares de la larga galería que flanquea la plaza, estaba situada junto a la de unos vigorosos italianos que saltaban de sus sillas cada poco, fascinados con las acrobacias del tragafuegos y las hipnóticas curvas que trazaban las antorchas, a la vez que se comían con la mirada a la sensual novia nórdica.

El tragafuegos de Tlalpan, y esa fue la insustancial pero obsesiva duda que me ocupó perezosamente mientras cenaba, ¿debería aparecer en mi diario personal o en mi diario de campo? No son en modo alguno objetivo de la investigación que me ha traído aquí, de modo que no tendrían por qué figurar en el diario de campo. En ese caso, también sobraría la anotación sobre el significado de la expresión «taxi de sitio». Pero la interacción de los jóvenes entre sí y de estos con el público, el análisis pausado de sus ropas, una globalizada y estudiada mezcla de pantalones militares, gorrillas de croché tejidas en muchos colores, rastas jamaicanas en el pelo, decenas de argollas en narices y cejas, camisetas reivindicando cosas dispares, o la manera abandonada de hablar intercalando consignas apocalípticas sobre el calentamiento global, el Tratado de Libre Comercio que en unos meses el presidente Salinas haría entrar en vigor, la sobreexplotación de los recursos marinos, o el regreso de una era

de revolucionarios y redentores capaces de organizar la rebeldía indígena; o la mezcla de procedencias, porque los había con acento mexicano, pero también logré identificar a un par de chicas que parecían nórdicas, algún alemán, al menos un italiano, invitaban a alguna reflexión. Lo que quiero confesar con todo ello es, en fin, que por más que a veces me esforzara no podía evitar pensar analíticamente las cosas. Y me molestaba, para ser exactos, me desesperaba. Llevaba tiempo viviendo como una tara lo que aparentemente era una disposición culta, erudita, al análisis racional debida a mi concienzuda formación como científico social. En noches como esta, con el cielo apretado de luminarias y el intenso perfume que desprenden los jazmines del parque, mientras me envuelve la melancolía almibarada de un acordeón que suena en algún lugar de este antiguo barrio del sur y la soledad me toma de la mano ensanchando mi alma, en noches como esta me exaspera el asedio de la castrante obsesión racionalista, el lastre del ilustrado pegajoso que siempre va conmigo, el maldito profesor que no dejo de ser, el cirujano de las ideas que siempre anda apartando los tejidos, analizando, registrando, diagnosticando, prescribiendo, comparando, clasificando, induciendo, deduciendo. Qué abyecta procesión de gerundios.

Así se fue extinguiendo mi primer domingo en México, rodeado de desaliñados tragafuegos con olor a marihuana, melancólico y contrariado por mi inveterada falta de humor para aceptar que es esa sutil aleación de antagonismos y desgarros la que nos hace ser lo que somos. Así que de camino al taxi de sitio, y antes de tomar el primero de una hilera de vehículos frente a los cuales conversaban distraídamente unos cuantos conductores morenos, encorbatados y de vientres prominentes, vi con claridad que distinguir ambos diarios se había convertido en un empeño pueril y maníaco, que debería empezar a celebrar todas esas filtraciones, al narrador multiplicado que era el mismo en todos los casos, lo que inevitablemente convertía cualquier sistema de escritos en un complejo dispositivo de vasos comunicantes.

—Buenas noches, a la Avenida Juárez, junto a la Torre Latinoamericana, por favor —solicité al taxista una vez estuve sentado en el vehículo que ocupaba la cabecera de la fila.

—Cómo no, señor. Lo que usted ordene. Allá vamos pues —repuso sin mirarme por el retrovisor, sin apenas mover los labios y mientras ponía el auto en marcha, dejando atrás la vieja plaza de Tlalpan perfumada de damas de noche, jazmines y madreselvas, atravesada en diagonal por el crepúsculo y el lamento de los grillos, las voces de los niños que aún tardaban en irse a dormir, el recuerdo pirotécnico de los tragafuegos y el desgarrado acordeón que sonaba lejano, al fondo de la galería, y que tal vez inventó mi mente.

3. Niponas inclinaciones

Primera semana en Ciudad de México. Soberbia y feroz, la megalópolis azteca no es comparable a nada que haya visto antes. Su olor dulzón y tóxico. La gran urbe de los Estados Unidos Mexicanos es mucho más que ese imponente y envilecido sumidero de la historia de México en el que algunos querrían convertirla. He recorrido muchas veces las céntricas avenidas y también algunos barrios letales, acompañado por algún colega, jugando a espiar el vórtice oscuro de las vecindades que hierven en esta ciudad desbordada, vibrante y luminosa, pese a la opresiva cúpula de humo que se alza sobre su cielo castigado, más informe que esférica.

Los días han transcurrido algo solitarios, como siempre al comienzo de mis viajes. He vuelto a visitar algunos museos y pronunciado un par de conferencias en la Universidad Autónoma de México, a petición de algunos buenos colegas que me quieren. No quise aceptar la invitación para impartir un seminario completo con tres sesiones de cuatro horas cada una, porque ya sé que no me dejaría tiempo para nada más. Preparas las charlas, repasas una y otra vez los argumentos, los expones, te acribillan a preguntas, se demora todo más de lo que estaba previsto, te arrastran a almorzar, siguen las preguntas que consiguen que se te indigeste la enchilada y al acabar te sientes como un globo aerostático que flota agónicamente en dirección a una cama en la que olvidar en silencio la jauría de palabras que, ya a mis casi cincuenta años, solo sirven para adormecerme y anestesiarme. Y luego se viene la tarde encima, y con ella los secuestradores, criminales, ladrones de tres al cuarto, mochaorejas, pederastas y proxenetas salen de sus madrigueras e inician la jornada intensiva tras el letargo del día. En México esa perspectiva te hace temblar.

Es en la universidad mexicana donde he conocido, tras una de las dos charlas que vine a dar, a la joven Aliseda. Fue a mediados de semana, una tarde en la que el cielo se desplomaba rabiosamente sobre el laberinto urbano de la capital y las calles se ahogaban entre los rugidos de las imponentes riadas que cada año trae la estación húmeda. Sentada en primera fila, con unos ojos tibios y almendrados, derramada sobre sus hombros una larga melena pelirroja, una chica miraba concentrada mis labios mientras yo trataba, cada vez más turbado, de explicar a un grupo de alumnos de doctorado las relaciones entre el pragmatismo filosófico norteamericano, el constructivismo sociológico y el realismo microscópico de Carver o Ford. He de aclarar dos cosas. La primera, que se trata de un tema apasionante, contra lo que pudiera parecer a primera vista a alguien no iniciado, o sea, la entera humanidad exceptuando a dos docenas de tipos entregados, por azar o necesidad, a la complejidad de ciertas ideas filosóficas y su pertinencia en el campo del análisis social. La segunda, que estoy casado. Con Paloma, mi mujer. Ese pensamiento me sacudió varias veces en mitad de la conferencia, en concreto cada vez que percibía el sutil escalofrío que me provocaba Aliseda, el magnetismo en ráfagas que me alcanzaba desde la silla en la que se recostaba imperturbable aquella joven, ladeada,

menuda y crepuscular.

No supe su nombre hasta que la charla finalizó. Mi colega Néstor me la presentó como una de las estudiantes más prometedoras de los cursos de doctorado. Una mujer muda, completamente muda, sorda y muda para ser precisos, de ahí que leyera los labios con una intensidad que interpreté de manera equivocada. Tras saludarla con torpeza, como quien ignora que los sordomudos sienten, ven, sonríen y a veces hasta tienen alguien cerca que les ayuda a comunicarse con los demás, como era de hecho el caso, sepulté nerviosamente mis manos en los bolsillos sin dirigirle apenas la palabra, enseñando exageradamente los dientes como un mandril e inclinándome repetidas veces a modo de obsequioso empresario japonés. Lo interesante es que mientras hacía absurdas genuflexiones volvió a mi mente Paloma lo que, unido a las innecesarias contorsiones de mi cuerpo, me hizo sentir como un imbécil.

—Aliseda estudia la Santa Muerte, querido Alejandro. Deberías hablar con ella, dado que es el motivo de tu viaje, ¿qué te parece si comemos juntos los tres? —me preguntó Néstor.

Las niponas inclinaciones de mi tronco raquídeo, la consigna acerca de mi estado civil que asaltaba mi cerebro incesantemente y el calor sofocante que sentía reptando por mi piel, un sopor tropical propio del mes en el que estábamos y que me corroboraban las perlitas de sudor que moteaban la frente de Néstor, no me impidieron preguntar a mi colega, aprovechando que Aliseda se retiraba a servirse otro café, cómo diablos íbamos a entendernos ella y yo si era rematadamente sordomuda. Le solté a Néstor la pregunta sin dejar de perseguir ávidamente a Aliseda con la mirada, la larga cabellera roja, las diminutas pecas de sus mejillas, la breve rebeca color malva, la falda ajustada sobre la cadera estrecha, los zapatos planos y abotinados, el bolso grande de charol. Todo en ella exudaba misterio, aunque siendo la primera estudiante sordomuda que me encontraba, habiendo pasado dos horas viéndola seguir el movimiento de mis labios sin saber por qué lo hacía, y considerando que en lugar de estar estudiando para traductora simultánea de los noticiarios de la tele al lenguaje de los de su tribu, se dedicaba a arañarle secretos a uno de los cultos más abrasivos e impenetrables de la cultura urbana, era bastante comprensible que Aliseda me pareciera una criatura enigmática.

—Alejandro, te sorprenderá saber que Aliseda no es la única sordomuda que tenemos entre los estudiantes. El pasado año nos llegaron tres, todos del estado de Chiapas. Este año tenemos seis, de nuevo chiapanecos, cuatro chicas y dos chicos. Uno de ellos no tiene una discapacidad completa, y domina el lenguaje de las manos. Le diremos que se venga, ¿qué opinas?

—¿Todos de Chiapas? ¿Y qué está pasando allí, Néstor? ¿Es que alguien ha contaminado el agua?, ¿se gritan unos a otros demasiado?, ¿o es que los gringos están experimentando con uranio empobrecido en los barrios de la periferia? —pregunté divertido, aún a sabiendas de que la tragedia histórica del sureste mexicano no daba para chistes.

—No bromees, Ale. Se dicen muchas cosas, hay rumores, pero nadie acierta a saber qué se está preparando exactamente en la frontera sur —Néstor miró a otro lado, buscando a Aliseda, apretando tercamente los labios.

Esperé pensativo, con mi arrugado vasito de plástico ya sin café en la mano, tratando de imaginar las razones por las que el cordial Néstor había endurecido repentinamente el semblante. Entretanto se habían ido acercando a saltitos anfibios tres o cuatro colegas de la Universidad. Saludaron muy animados e iniciaron una charla sobre los últimos escándalos políticos. Carlos Salinas de Gortari planeaba privatizar México con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte y los medios de izquierda vaticinaban tiempos inclementes para los más pobres, obligados a partir de ese momento a competir con los vecinos del rico norte en condiciones de desigualdad. El descontento se estaba adueñando de la gente en los estados de la república más rezagados económicamente, la indigencia de millones de mexicanos y la corrupción que presidía la política, el ejército o los tribunales, la impunidad y la consiguiente indefensión que dejaba a los miserables de esta tierra expuestos a todas las iniquidades, mientras las grandes fortunas blindaban sus privilegios y se atrincheraban en sus mansiones rodeadas de altos muros, sofisticados sistemas de seguridad y matones privados; y el rumor que hablaba de la misteriosa sombra de un ladino instruido que estaba forjando su liderazgo entre los indígenas y campesinos de la frontera sur, todo ello se amalgamaba en la conversación entre Carlos, Rosalía y Ulrich, a la que Néstor y yo asistíamos vagamente cariacontecidos.

Conocedor como pocos antropólogos de los problemas de reparto de tierras en Chiapas, Néstor probablemente intuía lo que se preparaba en el sureste del país. Meditaba sombrío sin apenas prestar oídos a los colegas que, a modo de incontinentes tertulianos de cualquier radio española, se esforzaban por competir en la presentación de la noticia más truculenta seguida del diagnóstico más cínico, sagaz y brillante. Ese estilo tan familiar de disfrazar la ignorancia o, en el mejor de los casos, malgastar el conocimiento con soporíferas parrafadas cargadas de petulancia, de combinar la curiosidad y esa distancia elitista propia del académico de salón, eso era lo que a veces me deprimía de la academia. Esperaba el momento en que Néstor avisara a Aliseda y saliéramos los tres a almorzar, pero mi buen amigo parecía volverse por momentos una criatura atrapada en el ámbar de una melancolía antigua, de una pesadumbre que lo alejaba por completo del estridente coro de afectados opinadores que parloteaban en derredor, sin dejarse respirar los unos a los otros.

Transcurrieron los minutos, con una parsimonia exasperante, a la espera de que Néstor abandonara su ensimismamiento autista y dejara de mirarse la punta de los zapatos. Su silencio y mi sonrisilla congelada, que no podía camuflar peor ni por más tiempo la incomodidad que me provocaba el coro de grillos con título de doctorado, me hicieron sentir insoportablemente fuera de lugar. Al final Aliseda se acercó, miró dulcemente a Néstor y le tomó con suavidad del brazo como indicándole que era hora de marcharnos. Pensé súbitamente que tal vez los sordomudos desarrollan una

sensibilidad especial para imantar la atención de los demás sin mediar palabra, lanzando algún flujo electromagnético o vibración paranormal; tal vez bastaba un ligero estremecimiento del cuerpo o una inclinación imperceptible de la cuarta cervical, o solo tocarse más y hacerlo más delicadamente; acaso entrenan la mirada para que transmita cualquier emoción sin necesidad de someterla a la tiranía de las palabras; puede que en alguna universidad americana hubieran estudiado esas habilidades y hasta aislado el gen en el que residen, aunque no recordaba haber leído nada al respecto y, pensado todo ello, me percaté de lo insignificantes y vulgares que resultaban mis reflexiones, a las que apenas un matiz que no lograba identificar separaban del burdo prejuicio. Al mismo tiempo me daba cuenta de que, por tercera vez, me estaba reprochando la ruindad que parecía revestir cualquier pensamiento destinado a Aliseda, como si ese críptico efluvio sin voz, todo él mirada y cabellos, hubiera logrado en apenas un par de horas situarse a tal distancia de mí que me resultara imposible acercarme a la joven sin sentirme un desgraciado, un incompetente, un lisiado emocional.

—Nos vamos, queridos míos —dijo de pronto Néstor suspirando, levantando la vista y mirando a los colegas, que interrumpieron momentáneamente su ruido—. Hoy tocan tamales calientes en el Morales y aquí nuestro invitado, la bella Aliseda y yo mismo nos disponemos a degustar esos tesoros envueltos en hojas de plátano que... ¿dónde está Alfredo? —preguntó Néstor repentinamente y mirando con impaciencia en derredor con ayuda de Aliseda.

—¿Quién es Alfredo? —pregunté.

—Alfredo puede ayudarnos cuando la plática de Aliseda se nos vuelva más difícil, lee bien los labios y ambos dominan el lenguaje de las manos, así que lo invitaremos a tamalitos y tortillas, a cambio de sus impagables dotes de traductor.

Me despedí tratando de disimular el ingente aburrimiento acumulado y en pocos minutos Néstor, Alfredo, Aliseda y yo entrábamos en el comedor de Fernando Morales. Situado a solo dos cuadras de la Universidad, el Morales era un local modesto con solo diez o doce mesitas, cada una con su gastado mantel de cuadros, su cenicero triangular de plástico quemado por los canalitos destinados a colocar los cigarrillos, su botella de Cola-Cola con una polvorienta rosa de plástico metida dentro. El suelo ajedrezado estaba parcialmente cubierto con serrín, repartido a capricho por las pisadas que los comensales habían dejado a lo largo de toda la mañana y el medio día. Pude percibir de un solo golpe el ruido de las máquinas traganíqueles junto al zumbido perezoso del ventilador del techo, la algarabía de voces y risas de estudiantes en la hora distendida del almuerzo, el aroma de las tortillas de maíz que Morales hacía pequeñitas y colocaba muy juntas y envueltas en un trapo de algodón para que conservaran el calor, dentro de una canastilla de mimbre dispuesta en cada mesa, junto a la rosa de plástico y el cenicero; las paredes amarillas desconchadas con restos del antiguo color verde lima debajo, el televisor pasando noticias del último huracán que había destrozado varios complejos hoteleros

en la costa de Cancún y dejado sin hogar a miles de gentes humildes que no habían visto un hotel de lujo más que en las telenovelas, y también a quienes, acaso más afortunados, los habían entrevisto desde el trabajo en las cocinas, las lavanderías y los retretes. Todas esas visiones, evocaciones, olores y sonidos mezclados, hacían del popular restaurante Morales algo tan compacto y argamasado como un corrido popular, un engranaje perfecto que permitía a la familia de Morales ganarse el pan, a los estudiantes conversar animadamente y organizarse en comités para cualquier cosa mientras engullían nopalitos y frijoles; a los perros del barrio merodear a la espera del hueso lanzado por una mano distraída, a los profesores relajar por un rato sus contracturados esquemas conceptuales y la afectación que las aulas imponían a sus cuerpos, y a todos componer un apretado conjunto, una sinfonía de sabores, corporalidades, conversaciones y movimientos alegres, exquisitos y grasientos a un tiempo. Me enamoré de la tasquita de Morales, ese aleph mexicano, nada más entrar.

—Y bien Aliseda, cuéntale a nuestro amigo Alejandro cómo te va con tu Tesis de Doctorado —sugirió Néstor tras mordisquear por completo los bordes de una tortilla caliente, en lo que me pareció un gesto de exhibicionismo neurótico del todo innecesario.

La chica y Alfredo acabaron sus cervezas Tecate y se entregaron a partir de ese momento a lo que me pareció una fatigosa tarea de ensamblaje gestual, conceptual y verbal, en la que Aliseda narraba con la mirada encendida su experiencia de campo, y Alfredo resumía con palabras a intervalos más o menos regulares. Ambos estaban desplegando ante mí un relato algo atropellado, pero técnicamente perfecto, de lo que entendían por el culto mexicano a la Santa Muerte. Néstor y yo los mirábamos asombrados, él siempre aferrado a alguna tortilla con sus pequeñas manos morenas de uñas impecables, y yo entregado, cómo de costumbre, a múltiples y extenuantes tareas: discernir qué parte de la información trasladaría a qué diario, entender y retener los datos producidos a partir de la experiencia empírica narrada por un testigo presencial con formación de etnógrafo, aunque paradójicamente sordomudo, sorprenderme por las destrezas de su traductor, programar el resto del día y el resto de la semana en mi grotesca, por lo informe, agenda mental. Y más, entregado también a no perder un detalle de lo que pasaba en el Morales: el televisor, la música, las conversaciones y las risas, los itinerarios lastimeros de los perros, el ventilador sibilante, la máquina traganíqueles, la caprichosa y cambiante disposición de los montoncillos de serrín, la luz sobre ellos y sobre la textura de las paredes vencidas por el tiempo, el eco de las pisadas, las voces procedentes de la calle, los fragmentos de conversaciones absurdamente superpuestos unos a otros, y lo que a su vez todo ello involuntariamente me recordaba, es decir, otras paredes, otras músicas, otros perros entrevistados entre olores parecidos, otras conversaciones troceadas, la luz posada sobre los montoncillos de serrín de algún otro lugar, antes de ayer o hace mucho tiempo, tal vez en algún sueño, mío o de otro, pero con idénticos o parecidos reflejos derramados por la ardiente luz del mediodía.

4. Lovecraft, Bacon y Waits

Diez días después de mi llegada al Distrito Federal. En medio de una pausada recogida de información referente al culto de la Santa Muerte, pronuncié una nueva conferencia, esta vez en el aula magna de la Facultad de Comunicación de la Universidad mexicana. Nada transcurrió como había previsto, y los peores presagios empezaron a desfilar ante mí. Pasé los días previos aterrado, presa de un estado de agitación mental que no era capaz de controlar, temiendo enredarme al presentar un garabato de argumentos torpes y deshilvanados, sin sentido. De hecho, casi los podía ver contorsionándose en un mar embravecido de desbarajuste discursivo. Pocas veces había tenido que enfrentar una angustia semejante, y ante un público expectante. Se anunciaba, siguiendo mis propias y poco modestas indicaciones, una conferencia en la que intentaría sopesar la validez y operatividad de varios principios teóricos contrapuestos ante el reto de analizar el culto emergente de la Santa Muerte en algunos barrios mexicanos, principalmente Tepito, que simbolizaba mejor que ningún otro territorio urbano el orgullo y la resistencia de las vecindades. Trataría de encarar la inveterada tendencia a dejar la explicación de las prácticas sociales en una pura descripción irreflexiva, sin la gracia de la paradoja y la metáfora, ni tampoco la eficacia de la explicación positivista. En concreto, argumentaría la pertinencia de considerar el impacto de nuestra propia tradición cristiana en la percepción científica de los aspectos decisivos del culto.

Pero los pocos días transcurridos desde el almuerzo en el Morales habían sido tenebrosos. No solo se apoderaron de mis noches pesadillas aún más insidiosas que de costumbre, sino que unos tipos macilentos habían tratado de robarme a punta de navaja en las proximidades del zócalo. Los asaltantes eran dos jóvenes escuálidos y oscuros, y me salvé aún no sé cómo de morir a manos de un filero cuya hilera de dientes enmarcados en oro aún recuerdo con pavor. Pero era tal la virulencia con la que me tomaban las alimañas nocturnas que los asaltantes llegaron a parecerme incautos aficionados quienes, aún de hueso y carne y formando parte de un guión todo lo real que es lo real, apenas podían competir con los seres ominosos que se adueñaban de mis noches, que asaltaban, asesinaban, descuartizaban, copulaban y se retorcían como criaturas malogradas en oníricos escenarios urbanos, desfigurados y húmedos. Entes demoníacos, lovecraftianos, que apenas podían verse por entero de una vez, que se manifestaban desmembrados, apenas iluminados, en pedazos incongruentes, para que la imaginación desatada bombeara el resto. Desdibujados y al mismo tiempo hechos de cierta geometría borrosa, como encarnaciones oníricas huidas de un lienzo de Francis Bacon. Esos pocos días, con sus tres fatídicas noches, acabaron por colgar de las paredes de mi imaginación un tríptico aterrador con las escenas que cada noche segregaba ese rincón opaco de mi mente. La sangre, las vísceras y los alaridos de Bacon, el dolor irrespirable de esos seres condenados, inertes y deformes, colgados de ganchos o sometidos a movimiento incesante y

cadencioso, recorrían las horas alargadas como sombras de cada noche interminable, dejándome al amanecer reducido a huesos, enroscado y tembloroso, envilecido por las visiones, como un niño perdido en una ciénaga.

Despertaba encharcado en mi propio sudor y escapaba a la calle con las primeras luces, espantado ante la posibilidad de que el sueño me agarrara de nuevo, aterido de frío y humedad en medio de una ciudad que se desperezaba brumosa y gris al ritmo de los repartidores de periódicos, los abastecedores de comercios y los primeros atascos del tráfico, aquellos encargados de barrer desganadamente inmundicias y quienes buscaban entre ellas algo que llevarse a la boca, los niños repeinados y somnolientos arrastrados por sus madres rumbo al colegio y los que empezaban con el ceño fruncido su cometido de custodiar bancos, casas de cambio, aseguradoras, joyerías y grandes almacenes. Eso sí, a lo mexicano, botas militares, piernas separadas, metralleta en mano. Las pesadillas nocturnas me dejaban varado como un cetáceo entre mis propios desperdicios. Cómo explicarlo. Podía verlos, sentirlos y olfatearlos hasta bien entrado el mediodía, y sabía que si la suerte me era adversa se quedarían conmigo hasta que el sol tropical cayera derribado en mitad de un firmamento en llamas, mientras la pegajosa proximidad de otra noche me afligía con un pánico irreparable. No me acostumbraba a estas entradas cíclicas en la más completa oscuridad de la mente, abominaciones que ningún neurólogo, psicólogo ni psiquiatra había conseguido no ya extirparme, sino simplemente explicarme.

Gastaba pocos minutos en vestirme, salir, echar a andar y ya en la calle recorría cuadras y más cuadras enfilando aceras con decisión y doblando esquinas al azar, acatando únicamente el elemental criterio de no detenerme ante ningún semáforo. Cruzando donde un paso de peatones sin riesgos me permitía sostener el ritmo de mi deambular desatinado, tratando de sentir sin pausa el aire en la cara, siempre al mismo ritmo, siempre el mismo aire, respirando acompasadamente el hedor húmedo con olor a gasolina de las calles de Ciudad de México. Ese hedor que mi imaginación asimilaba a la huida, el roce del cielo insondable y la caída. Si el ponzoñoso olor a gasolina quemada me liberaba era porque significaba el encuentro con otra vida que me crecía en las entrañas paralela a las estrecheces de mi biografía formal, la de un hombre casado para no verse forzado a convivir consigo mismo y que, sin embargo, se sentía siempre enfermo de soledad. Un triste profesor que envejecía entregado secretamente a sus detestables manías, a los fútiles espejismos de la profesión y al regusto a salitre que dejaron en su garganta los amores contrariados.

Y así me adentraba en las calles de México como en el útero de una prostituta envilecida, buscando poseer una vez más a la ciudad en la que una vez deseé agónicamente a una mujer. Una sola. La sombra que nunca pude hacer del todo mía, un escalofrío de la memoria, una exhalación, un vértigo. Para quienes creyeron en vano conocerla ella solo era una ramera tatuada, un animal excomulgado, un despeñadero. La quise hasta casi morir, a esa mujer que solo puede ser descrita por lo que no me dio, o por lo que imaginé que entregaba a otros y me negaba a mí. La amé

en esta ciudad y también junto al Lago Atitlán, en Guatemala. Y la perdí en San Cristóbal de Las Casas. Un triángulo que conforma la geografía de mi descenso al infierno durante largos años, una sinfonía averiada en la que todavía naufrago hasta caer desplomado en algún tugurio de mi alma donde siempre huele a alcohol barato y suena la voz profética de Tom Waits. México era la gasolina quemada y, a la vez, el oxígeno. La única ciudad del mundo en la que había llegado a amar a alguien hasta que me ardieron las venas. Hace tanto ya que mi memoria apenas si puede evocar sin severas distorsiones su perfil, sus labios implosivos, su voz de humo. Y me quedó esa verdad clandestina, ese hedor y esa penumbra. Y las pesadillas. Ni un solo día la he apartado de mi mente. Nunca he vuelto a saber de ella; no he vuelto a nombrarla. La mujer que enamoraba a todos y acaso perteneció a nadie, la mercancía de aquel sátiro de Chihuahua de cuyo aliento la arranqué. La hija de un padre loco y una madre heroica, la hembra que contenía a todas las hembras. Un crótalo venenoso, una diosa.

Pero no es verdad, no puedo culparla a ella. Llevaba tanto tiempo soportando esos derrumbes tenebrosos que me era imposible precisar cuándo empecé a convertir, sin ayuda de nadie, mi mente en un azote. No encontré a quien diera importancia a estos padecimientos inenarrables que atenazaban secretamente la vida del brillante y conocido profesor español, ese caballero elegante y erudito, siempre dispuesto a una broma inteligente, amigo de sus amigos y calvario público de sus colegas más engreídos. Ningún presunto concededor de las viscosidades de la mente humana estimaba que aquellas teratológicas criaturas que la noche escupía tuvieran en sí mismas la menor relevancia. Malditos charlatanes.

Vivía en guerra civil conmigo mismo y ellos se limitaban a prescribir miles de sesiones carísimas en las que me sugerían buscar como un indigente en el trastero de mis descalabros emocionales, asegurándome que las emociones, como el plástico, no son biodegradables. Según ellos, debía desactivarlas una a una con paciencia de artificiero, aniquilarlas como quien aplasta piojos entre las uñas de los pulgares, y hacerlo desde mi tinglado límbico, emocional, y cómo hacerlo si vivía atenazado por él. En días como aquellos, los que transcurrieron entre las dos charlas, maldije con un odio descerrajado e informe el cinismo de los médicos y mi extensa desventura privada. Le arañaba algunos jirones de alegría a la vigilia, pero en verdad malvivía agazapado en la oscuridad como unapestado, ocultándome de todos para poder soportar a solas mi particular calvario, como perro apaleado en mitad de un holocausto.

Todo ello para aclarar en qué circunstancias llegaron el día y la hora de la segunda charla. Y allí estaba de nuevo Aliseda, más luminosa aún si cabe que el primer día, más exacta y milimétrica en su misterio, con el pelo recogido en un halo y un sencillo vestido a cuadros, los mismos zapatos abotinados y la mirada ambarina, leve. Néstor, sentado a su lado en la sala, sudaba sin parar mientras explicaba algo que debía ser muy gracioso a un colega translúcido sentado detrás, tan hilarante parecía que sus risas espasmódicas le hacían levantar y bajar rítmicamente el

prominente abdomen que le habían dejado los últimos años, mientras el tipo gelatinoso con largos dedos de lemúrido sonreía con desprecio aferrado al respaldo de la silla que ocupaba Néstor, arqueando hiperbólicamente una ceja como si supiera de qué va el universo desde el instante mismo del Big-Bang. El coro de opinadores de aire importante se había sentado apiñado como un ejército de langostas. Alfredo miraba sus anotaciones solo, en un rincón de la sala, dirigiendo miradas robadas a Aliseda.

Subí a la mesa del orador y carraspeé discretamente. Abrí mi carpeta llena de apuntes, los moví a un lado y al otro, algunas gotas de sudor cayeron sobre los papeles y se deslizaron hacia los márgenes, humedeciendo la mesa de cedro. Revolví mis notas, pero no me reconocía en ellas, simplemente no sabía qué demonios decían. Empecé a respirar con dificultad y supe, allí, en ese mismo momento, o creí saber, o sospeché que algo me estaba induciendo a pensar, que estaba completamente acabado. Finado, muerto, al borde de todos los bordes, sin esperanza, norte, rumbo posibles. Experimenté una desesperación excesiva y la vista se me nubló. Un virus fulminante, un carcinoma corrosivo, un apagón multiorgánico. Lo que la muchedumbre que se agolpaba en el salón de actos interpretó como una demora debida a problemas técnicos, fue traducido rápidamente por la perspicaz Aliseda como una conmoción de proporciones fatales, lo que pude ver en el gesto de preocupación con el que me observaba fijamente. Me pareció entonces que murmuraba algo tapándose sutilmente los labios, para que solo Néstor pudiera leerlos, bajando disimuladamente la mirada, alisándose la falda, cruzando con delicadeza las piernas. Enlazó con gracilidad unos movimientos y se levantó sonriendo, me agarró con decisión del brazo y me sacó de la sala. La miré consternado, sostuve incluso la mirada, interrogándola mientras caminábamos con paso apresurado, pero ella me ignoró. Empujándome escaleras abajo me sacó a los jardines de la Facultad, entre plataneras, geranios y laboriosos colibríes, y allí me dejé caer en la hierba. Aliseda me dijo entonces, con extrema sequedad, que estaba en peligro.

—En peligro, ¿yo? —respondí fatigosamente—. Pasearse por tu país es ponerse en peligro, ya lo sé, si es a eso a lo que te refieres.

Torció el gesto y me miró con más intensidad, como si quisiera atravesarme, disecarme, enmarcarme y colgarme en la pared, y repitiendo las mismas palabras desprovistas de voz y con los labios cada vez más crispados, me sugirió despacio quedar esa noche los dos solos, para cenar y conversar.

—Sí, sí, pero ahora he de volver a la sala —repuse alarmado, mientras me levantaba dando tumbos y sacudía mis pantalones, en los que se habían quedado prendidas briznas diminutas y húmedas procedentes del pasto recién cortado.

Aliseda me empujó mientras realizaba esta operación, con una brusquedad que no habría sospechado en ella, señalando al mismo tiempo sus labios para que los leyera y exigiéndome que le hiciera caso si no quería correr más riesgos, que aquellas

pesadillas volverían convertidas en máquinas de tortura que no olvidaría en la vida y que...

—¿Mis pesadillas? ¿Cómo sabes tú eso, Aliseda? —Y los dos nos quedamos mirándonos a los ojos, empapados de una mezcla indefinida de rabia, incredulidad y lástima.

Pasados unos instantes me dejó ir, bajó la cabeza y me indicó que me marchara con un gesto inequívoco. Al subir de nuevo las escaleras que conducían al estrado del aula, mis piernas habían dejado de temblar. Sequé el sudor que aún me corría por las sienes y tomé asiento. El profesor transparente y Néstor me miraban con expresión de desconcierto, Alfredo se había marchado y el resto seguía entregado a su tarea de plaga bíblica en mitad de afectados movimientos de manos, teatrales carcajadas y miradas de complicidad mal disimuladas. Respiré hondo y comencé a impartir una clase magistral que no estaba escrita en ninguna parte. Las palabras brotaban de algún lugar que no sé localizaba dentro de los confines de mi cerebro, ni tan siquiera en sus alrededores, pronunciadas por mí como si las dictara alguien o algo completamente ajeno. Pese a mi enajenación parcial, podía observar conscientemente las caras de los asistentes. Todos parecían maravillados, si bien yo me sentía incapaz de saber con exactitud de qué demonios estaba hablando. Solo Aliseda aparentaba no compartir el entusiasmo general, y de su expresión sombría deduje que algo grave estaba empezando a suceder, si es que no había sucedido ya.

5. No hay filero peor

—Como dijo Ethan Canin, mi querido Ale, nunca he comprendido la fe. Bastantes enigmas tenemos en nuestro propio jardín. Así que solo resta sufrir y beber alguna pócima para olvidar que sufres —sentenció Jacobo, levantando muy despacio su vaso de tequila.

—Ya. Y qué crees que pienso yo, ¿eh? Tampoco es que yo ande rezando rosarios antes de irme a la cama.

—Mira Ale, digas lo que digas, no me vas a convencer de que algo numinoso y extraordinario te pasó en esa sala. Creo que deberías buscarte un loquero más competente que la suma de invertebrados con diván que te han tratado hasta el momento.

—Te digo que algo me pasó, y que Aliseda tiene que ver en todo esto. Escucha, estoy acostumbrado a toda clase de filtraciones desde mis recuerdos a mis sueños, de mis percepciones a mi memoria, a vivir sin saber si lo que veo y soy es un producto de mi propia imaginación o de la de otro, un engendro de mis cuadernos de campo, de mis diarios privados o de la novela que llevo treinta años fantaseando con escribir. Nunca me he drogado porque me basto solo para delirar. Creo que es bastante, o creía que era bastante. Lo que acaba de pasar en esa sala me preocupa más que todo eso, Jacobo.

—Pues no debería, créeme. Lo peor que puede pasarte es creer que algo te pasó. No dejarán de sucederte cosas hasta que no dejes de creer que te suceden cosas. Son las trampas de una mente fina y evolucionada, Ale. Adoptamos el bipedalismo y con él llegaron todas las desgracias. Desconfía de ella, de tu mente, no hay filero peor. Sé que para aprender a desconfiar de ella la necesitas, y eso es lo que ningún gurú de la psiquiatría te enseñará a comprender. Porque no hay nada que comprender. Con la mente hay que comportarse como una desalmada junta militar de las de estas latitudes, sin escrúpulos, o la guerra de guerrillas integrada por toda clase de seres alucinados y deformes acabará tomando el poder e instaurando la república de los locos. Suena divertido, pero los locos saben que no lo es. O no lo saben, pero son igualmente desgraciados.

—Tú y tus metáforas incendiarias. No sé, Jacobo. Ya no sé qué pensar. Tal vez debería plantearme regresar a España, alejarme de aquí, no volver a caer en los mismos cenotes del pasado, los que me llevaron a sumergirme en un inframundo que ya quisieran los mayas para sus mitos sangrientos y sus dioses desollados. Hacía tantos años que sentía la situación más o menos bajo control que ahora no sé qué hacer. Creo seriamente que me puedo estar volviendo loco, Jacobo.

—¿Cómo se puede creer seriamente que uno está enloqueciendo? Conforme enloqueces dejas de pensar seriamente en nada, digo yo. No digas tonterías, Ale: estás de hecho bastante descentrado. Desde que te conozco, y eso no es ninguna novedad. A mi también me pasa. Y a la nube de mosquitos trompeteros que pululan

por los departamentos universitarios fingiendo un positivismo a prueba de espíritus encarnados, zombis y aparecidas, que a ver si vas a pensar que los colegas de Néstor son un modelo de candor neurológico. Y a tu madre, y a tu padre, antes y después de la Guerra Civil que los regó a todos con trillones de buenas razones para enloquecer, y a los hijos que no has tenido y que quién sabe si te habría convenido tener. Paloma debió darte hijos, tú se los debiste dar a ella. Cuando te alejas de tu mujer te desquicias, quién te entiende. Por dios, el que sea, Ale. El problema lo tiene quien marca distancias con su locura y pretende entenderla, aislarla y, si se presenta la ocasión, ajustarle las cuentas.

—Vaya manera de animarme que tienes.

—Mira, en la Amazonia he conocido seres que no cabe embutir en ruines categorías tales como feliz o infeliz. Son tan inteligentes como tú o yo, pero impasibles como caballos. Tienen rituales, se sacrifican o sacrifican cosas, beben hasta el coma etílico, se abren los cuerpos para estar más bellos, o parecer más feroces, o más repulsivos, a sabiendas de que estos adjetivos que usamos como muletas no son más que componendas chapuceras para describir lo que ellos andan buscando; y sobre todo tienen sus problemas con esos nuevos mercachifles del desarrollo y con los mismos antropólogos que les enseñan a tener una jodida identidad, sentirla, gestionarla y a usarla, maldita la falta que eso les hace a los indios. Bien, los caballos...

—¿Qué tienen que ver los indios del alto Orinoco con los caballos de esas novelas que lees, vaquero? —Jacobó se quedó pensativo, mirando despacio fuera del bar la multitud de seres que fluían frenéticamente entre las arterias de la ciudad. Vendedores y tragafuegos, indigentes, policías, conductores y taxistas en sus Volkswagen color verde sin plomo, rostros apresurados de labios prominentes, frente huidiza, perfil de lámina antigua; tipos sospechosos y varoniles, mujeres espléndidas dentro de apretadas camisetas, pilotos de autobuses y voceros de periódicos, todo a punto de fundirse caleidoscópicamente en una cegadora llamada urbana. Se demoró en responder.

—Mucho, querido amigo —dijo finalmente—. Carecen de una idea compacta de identidad, se asustan cuando hay motivos y no sé preguntan si deberían dejar de asustarse o si los motivos son de auténtico peso, y sobre todo desconfían de lo que se les acerca por el lado equivocado. Cuando empezamos a racionalizar los miedos abrimos la caja de los truenos, porque comienzan a colarse terrores sin control, de todas clases, por todas las rendijas, y nos afanamos por encontrarles una maldita explicación racional. Pero mientras mantenemos ingenuamente abierta la puerta de la razón, se nos están colando los demonios por la de atrás, la que da a la calle donde se amontonan los cubos de basura, en la que una bombilla de pocos vatios ilumina las charcas pestilentes, el mendigo enroscado como un garabato bajo los cartones ronca sus mugrientas miserias, los gatos furtivos patrullan las rasas, el muro desconchado se yergue pese al olvido y...

—Eres el himno a la alegría. Me pregunto por qué no te quedaste a vivir con tus indios felices pero a su incomprensible manera, o infelices por lo ignorantes, o con tus indios-caballo, o con lo que sea que te has imaginado que son esos emplumados que se esconden en la espesura amazónica a la espera de un antropólogo tan excéntrico como tú. Somos científicos sociales, Jacobo. Debemos preguntarnos incluso por el origen de nuestro deseo de hacer preguntas. Cómo pretendes que nos acomodemos a esos miedos aceptándolos sin más y apaguemos el interruptor del análisis racional. Estás reclamando la necesidad de la fe, de la resignación, de una clase de aceptación que no es tan distinta de la de los creyentes de la religión, ¿no te das cuenta?

—Dices que estás exhausto, pero tus preguntas parecen mantenerse en plena forma.

—Sí, aquí me ves. En plena forma...

—La fe, vaya cosa te preocupa. Qué trinchera la tuya, la vuestra, la de los engreídos creyentes de la Ciencia. Vaya formación de maltrechos matarifes con escopetas de madera y pasamontañas de lana para infundir miedo; pobres diablos. La fe es buena, Ale. Mira a los creyentes de cualquier religión. Creo que hasta esas excrecencias del desierto que se revientan contra otros en los mercados, los que se inmolan en nombre de Alá, sonríen antes de morir. La fe te protege, amigo, créeme que los que hemos renunciado a ella somos unos tarados. La quintaesencia de la evolución humana, quienes se han entregado al máximo logro de la especie, su inteligencia racional y en su versión relativista occidental, para aniquilar con ella lo único que puede protegerles precisamente de ella, mantenerles a salvo de la razón misma: la fe. La fe, amigo. Créeme. Bueno, vosotros sois unos tarados, yo tengo toda la casa llena de rosarios, bastones, fintas, imágenes, medallas, cráneos, fotos de orates legendarios, cualquier cosa que me mantenga cerca de las creencias de otros, a ver si se me pega algo.

—No eres más cínico porque te echarían del país. No sé de qué país, porque en este en el que vives encaja mejor que bien tu jerga obtusa y apocalíptica. Este país que cada vez se parece más al de las Últimas Cosas, ya sabes, el que se inventó Auster. Aquel en el que una legión de pobres que pululaban día y noche por las calles de la ciudad debían atar sus harapos entre ellos para que los vientos huracanados, que nunca cesaban de soplar, no se los llevaran con todos sus huesos y pellejos a las alturas, no sé, para componer una especie de Chagall en versión siniestra. Otro optimista, ese Auster.

—Sí, solo nos queda el optimismo.

—He quedado con ella para hablar. Mañana Aliseda me llevará a los centros de culto de la Santa Muerte, en Tepito. Los de la frontera norte quedan demasiado lejos. Pero antes me quiere contar algo.

—No vayas.

—¿Qué? ¡Pero si he venido a eso!

—No vayas. Olvídate de Aliseda, cómprate una bonita Calavera Catrina en algún mercado, la cuelgas de la pared para calmar tus ansias y te quedas conmigo bebiendo tequilas.

—Vaya disyuntiva. Aliseda y sus altares o tú y tus excentricidades, tus indios desbocados y tus caballos con plumas. Si estás peor que yo. No sé qué me da más miedo...

—No bromeo, ahora no, Alejandro. No vayas. Deja en paz a Aliseda... Muda, de la frontera sur, pelirroja, atractiva, impenetrable, se dedica a la Santa Muerte, todo en ella inspira terror, por lo que me has contado. Por qué no le haces unas cuantas fotos a los altares en los que custodian a la Santa, esos que se levantan entre encajes blancos y terciopelos oscuros envolviendo un hermoso cráneo pelado. O mejor, compra las fotos a algún chiflado, no las hagas tú, te presto los pesos si quieres. O te las compro yo y te regalo una guadaña para cosechar almas, una balanza de la justicia, el reloj de arena que mide el jodido paso del tiempo, lo que quieras, y tú vas por el tequila. Y luego te inventas alguna interpretación tenebrosa. Allí se lo creerán todo, qué más te da.

—Néstor confía en ella.

—Néstor, Néstor. ¿Y quién es Néstor? Un argentino exiliado, como todos los argentinos lo son de alguna manera, cuya mayor virtud es codearse sin vomitar con esos vanidosos colegas de la academia expertos en nada que merezca la pena. Conozco a Néstor y he de reconocer que su simpatía es sincera, y que contagia su pasión por la vida. Néstor es un tipo inspirado y culto, toca el piano, baila salsa y merengue como nadie, bebe buenos vinos, tiene conversación. No me extraña que sea tu único amigo aquí, lo que no sé es cómo un hombre tan alegre te aguanta a ti. Pero en su entorno es un incomprendido. Sé que sus compañeros lo desprecian, porque él aún practica una antropología antigua, una disciplina noble, verdadera y sin aspavientos, un saber reposado que no se obceca en rebasar su modesta condición de ciencia de raíces para convertirse en una algarabía de rutas, en un chilaquile errático, posmoderno y estetizante. Él sigue con su mirada puesta en las cosmovisiones indias y se aparta cuidadosamente de los nuevos rumbos que nos están llevando a, cómo llamarlo, déjame ver, al despeñadero heurístico de las sociedades movedizas, líquidas, viscosas, desestructuradas, viajeras, globales, ya sabes, toda esa jerga rimbombante que no vale su ingente peso, porque hay que ver la de libros que se publican cargados de páginas farragosas hasta la náusea, que no vale su ingente peso en estiércol. Vamos, Ale. Néstor es un buen tipo, pero de una hermosa ingenuidad antigua que huele a barrica y a bodega vieja. De acuerdo, esa narrativa bien atada y sólida como un motor ruso puede que sea la única que todavía vale de algo, pero sabes que en cierto modo pertenece ya al pasado.

—Tus flagrantes contradicciones son más combustible para mi incipiente locura. Como alguien me apague un cigarrillo cerca entraré en combustión...

—Qué exagerado. Y eso que el andaluz soy yo.

—Puede que lo de los caballos te venga de ahí, de esas ferias y romerías interminables... Aunque es verdad que cuando hablas de caballos no me los imagino engalanados, ni mucho menos montados por ninguna moza de fino talle y mirada morena, armada con la flor en el moño y el mantoncillo de flecos, pavoneándose en la grupa del bicho, no sé por qué...

—Porque mis caballos son los de MacCarthy, amigo. Son los del norte de México y el sur de los Estados Unidos, allí donde las serpientes de cascabel llevan levitas polvorientas y mascan tabaco, donde los matones a sueldo hacen sonar sus apéndices letales cuando arrastran las espuelas, como ofidios milenarios zigzagueando en el polvo.

—Ya.

—Mis caballos galopan en la verdad de los corridos que narran historias secas de la frontera, mis caballos son otros. No llevan encima más que desilusiones, pasados turbios, destinos fatales, hambre y ansias de venganza, no flamencas de pechos erguidos envasadas al vacío y engullidas por los volantes.

—Hace demasiado tiempo que dejaste Andalucía. Deberías volver algún día para saborear de nuevo esa alegría de vivir que tanta envidia nos inspira a las gentes taciturnas y ceñudas del norte español. Bueno, español o lo que sea, porque hace falta valor para pronunciar español en según qué lugares de España. El sentido de la celebración, de la fiesta, de la alegría compartida...

—Esas gentes tan alegres también sacan a pasear cristos sangrantes y vírgenes compungidísimas siete días al año por unas calles cerradas a cualquier otro propósito.

—¿Y qué? Te vas a asombrar tú de las contradicciones...

—Es verdad que son solo siete días, pero es que pasan el resto del año organizando esos siete días, arrastrando imágenes dolientes de una capilla a la otra, coronando a no sé qué virgen y anunciando que han rehecho la canastilla de caoba con siete placas labradas en orfebrería de no sé qué mortificado cristo, de novenas, rosarios y traslados, o paseando trastos enormes envueltos en sábanas blancas que cargan costaleros espectrales por las calles semanas antes de la Semana Santa, atronando la ciudad con sus marchas agónicas.

—Me están dando muchas ganas de conocer tu tierra.

—Conste que a mi me fascina, como te dije tengo mi casa llena de objetos segregados por la fe de otros para ver si algo se me pega. Pero mi experiencia es muy diferente de la que imagináis los que jamás vinisteis, salvo de visita. Esas gentes te palmean ostentadamente la espalda con una mano, haciendo equilibrios con una copa de vino y una gamba en la otra, entre sevillanas que chillan siempre lo mismo: lo difícil que es saber qué se siente siendo de donde son ellos cuando no se ha nacido donde ellos y etcétera. Luego te dejan solo; o te tratan como a una mascota, con condescendencia y falsedad. Y te prometen esto y lo otro si conoces al compadre del que apadrina al que aconseja que ayude a la cuñada del vecino de un importante empresario que fue al colegio con tu padre y que... Estamos hechos de la misma

pasta, de puro t3pico, Ale. T3pico sobre t3pico, malentendido sobre malentendido.

—M3s vale entonces que no vuelvas a Andaluc3a, porque tambi3n de all3 te van a echar.

6. El secuestro

Aliseda no apareció, no al menos para evitar lo que el destino me tenía guardado. Antes de volver ante el público, esa funesta tarde, la joven me escribió una nota con el nombre del lugar y la hora de la cita. Nos veríamos en el Café La Habana esa misma noche, unas horas después de la conferencia, aquella en la que alguien dictó para mí un guión del que solo llegué a conocer algún detalle por Néstor. No lo he contado antes, pero tras acabar la charla mi amigo subió y me felicitó efusivamente, emocionado y orgulloso de su colega español, narrando atropelladamente los muchos aciertos y la brillantez general de mi conferencia. Comprensiblemente, no me pareció oportuno preguntar qué era exactamente lo que acababa de contarles.

—¡Los has dejado hundidos en sus sillones, Ale! ¡Están atónitos ante tanta lucidez! ¿Cómo demonios se te ha ocurrido articular una aproximación tan rabiosamente nueva a las viejas devociones a partir de un culto urbano emergente? ¡Debes darnos ese texto para su inmediata publicación! —gritaba mi amigo presa de la conmoción.

Néstor sudaba mientras me regalaba abrazos y halagos que habrían estremecido al ser más impasible. Miré por encima de su hombro con disimulo y pude comprobar que en la sala no había rastro de Aliseda. Ni de Alfredo. Me sentía exhausto, al parecer estaba muy pálido y Néstor me lo hizo saber; los brazos descarrilados a cada lado del cuerpo, empapado en sudor, hecho un despojo macilento. Solo fui capaz de emitir algunos sonidos al preguntar por Aliseda, porque apenas podía pensar en nada que no fuera aquella cita, la perspectiva de entender el origen del trance por el que acababa de pasar, el peligro inminente al que parecía estaba expuesto, la identidad del autor de aquellos papeles que leí ante un auditorio que se vino abajo con los aplausos, sobre todo ahora que me daba cuenta de que entre los apuntes de mi mesa no había una sola línea escrita que tuviera que ver con el tema de la conferencia.

Recogí apresuradamente mis cosas antes de que Néstor se percatara de nada y salí a la calle para respirar algo de aire, convencido de que unas pocas bocanadas me devolverían la lucidez suficiente para pensar. Nadie me siguió; al dejar la sala logré confundirme con la multitud de estudiantes que en ese momento se manifestaban por los pasillos de la Universidad con enormes pancartas contra el Tratado de Libre Comercio. Me quité la chaqueta y la corbata apresuradamente, lo que supuse complicaría a cualquier conocido la tarea de identificarme entre la multitud. Al llegar al final de las escaleras frente a la puerta de entrada a la Facultad, me desvié a grandes pasos hasta alcanzar la calle. Caminé tirando de la cartera y la chaqueta mientras sorteaba precipitadamente los puestecillos de comida para llevar, tamales, tortas, jugos, burritos, elotes; tenderetes en los que se podía encontrar toda clase de cosas, desde medias a *sueters*, calzado deportivo de imitación, ropa variopinta, bolsos falsificados, juguetes para niños, pilas, repuestos, CD piratas, abalorios, máscaras bailadas, animales, especias, tratando de que aquellas visiones que mi mente

centrifugaba a mayor velocidad de la que pasaban ante mis ojos, no me impidieran pensar con alguna claridad. Fue entonces cuando recordé otras palabras que Néstor también me había dirigido, entre acaloradas felicitaciones, tras finalizar la conferencia:

—¡Cómo es posible que conozcas tan bien el culto de la Santa Muerte, si has venido justamente para investigarlo! —me había preguntado con una expresión transida entre sorpresa y admiración—. ¿Cómo eres capaz de prepararte de esa manera antes de emprender una investigación, Ale? —Su mano aferrada a mi hombro y los ojos exageradamente abiertos—. Eres de verdad excepcional, ennobleces la profesión, tenerte cerca nos mejora y...

En fin, Néstor me regaló algunas ampulosidades más producto de su cariño y afabilidad sinceros, pero también de esa cordialidad tan mexicana, ceremoniosa hasta el barroquismo. Era verdad que me había marchado a Ciudad de México para explorar una devoción urbana de la que, en rigor, nada sabía. Y seguía sin saber nada, pese a que un par de centenares de universitarios me creyeran ahora un experto.

Llamé a Jacobo en medio de mi errático peregrinar y nos encontramos en una concurrida tortería a unas cuadas de la Universidad. Charlamos un rato, tomamos unos tequilas y me desaconsejó con vehemencia que acudiera a la cita con Aliseda. Ativo y brillante, Jacobo me quería como pocas personas en México. Era español, del sur de España, de la luminosa y marina Cádiz, pero llevaba unos años contratado en la Universidad Iberoamericana como docente e investigador. Había pasado media vida perdido entre varias tribus amazónicas, investigando religiones. Lo invitaron una vez para una estancia académica en México y ahí conoció a un joven introvertido, chaparro y muy delgado, poeta reconocido, del que se enamoró y por el que decidió quedarse en Ciudad de México. Compartieron un ático en Xochimilco. Más tarde la relación acabó, pero él decidió quedarse en Ciudad de México. Tomamos tortas cubanas, cervezas y algunos tequilas, y nos despedimos.

Tras el encuentro con Jacobo continué caminando con un ritmo acelerado, pero de hecho me sentía cada vez más sereno. Las ideas fueron encontrando una a una su sitio. Empezaba a entender que había experimentado una pavorosa alucinación de las que tanto me atormentaron en el pasado, antes de casarme con Paloma, pero que lo más sensato era no dar por sentado que el trance se repetiría.

Había sido el cansancio, la altitud, mi proverbial hipotensión, la paroxetina que tomaba para poder pensar y los hipnóticos para tratar el insomnio. Esa noche llamaría a Paloma y su voz me calmaría, como siempre. Tardé en darme cuenta de que ya no reconocía las calles por las que caminaba. Había doblado las esquinas con la rabia habitual, tratando de no detenerme para cruzar semáforos, tomando las calles más tranquilas, con menos tráfico, pero de hecho habían transcurrido al menos un par de horas desde el encuentro con Jacobo, y ya no sabía dónde me encontraba. Pregunté al conductor de una camioneta que permanecía aparcada en una esquina con el motor en marcha, sereno pero tratando de averiguar dónde podría encontrar un taxi de sitio. El

chico se giró lentamente y me miró con las pupilas muy dilatadas, los labios ligeramente entreabiertos, y balbuceó algo indescifrable. Estará drogado, pensé.

Pese a que las recomendaciones son en este sentido muy claras, decidí que sería más prudente no esperar a que cayera la noche en un barrio desconocido y paré al primer taxi que se me acercó con la luz verde, un destartado escarabajo Volkswagen de color verde en el que, como era habitual, el conductor había hecho desaparecer el asiento delantero para poder acomodar los bultos y equipajes de los pasajeros. Di el nombre del Hotel Moctezuma y pregunté dónde estábamos. «En Garibaldi», contestó secamente.

Sucio y con la tapicería destrozada, el taxi trotó camino de mi hotel por lo que imaginé eran varios centenares de topes de los que la gente levanta cada mañana, a fin de que los coches no tomen las calles por circuitos de velocidad, poder detener más fácilmente a un agresor, agredir ellos mismos a los que han de detenerse al acercarse a topes que a veces se levantan hasta veinte centímetros del suelo, qué sé yo. Detrás de un tope siempre hay una historia de despropósitos, accidentes y disputas que se trata de conjurar con un método expeditivo, humilde, y profundamente irritante. No podía dejar de pensar en un vehículo con alguien herido de gravedad siendo trasladado a un hospital y desangrándose al ritmo de los topes y las rancheras, o a consecuencia del inevitable retraso que acaban imponiendo a la marcha.

Caía la tarde en violentas ráfagas, oblicuas y moradas. Jirones de nubes deshilachadas se ensangrentaban de púrpura. Me encontraba a punto de romper el silencio que se había instalado entre el conductor y yo preguntándole por aquellos obstáculos de cemento que mantenían entrecortado el aliento de la ciudad, que abreviaban la vida de los coches y de los autobuses, que volvían más arriesgado el tráfico en motocicleta y prolongaban los ya pesados desplazamientos en la capital del país, pero antes de que pronunciara la primera palabra el taxi se detuvo bruscamente y dando chirridos junto a un local destartado. En pocos segundos salieron dos tipos armados y con los brazos profusamente tatuados, desde la muñeca hasta el hombro, con crucifijos y otras figuras de colores que parecían religiosas. Me sacaron del carro y me introdujeron en el local sin decir apenas nada, mientras un tercero arrojaba lo que me pareció era un fajo de pesos al interior del taxi. La única virtud de los horrores nocturnos, si es que tienen alguna, es que quien los padece puede tardar demasiado en descubrir que ha entrado en una pesadilla diurna, real y tangible, cuyas consecuencias no se desvanecerán con las primeras luces del día.

Me empujaron al interior de un habitáculo que la oscuridad se había tragado. Inmediatamente cubrieron mis ojos con un trapo que despedía un penetrante olor a humedad o a formol, tras lo cual me arrastraron hasta una silla que calculé situada más o menos en mitad de la estancia. Pude oírles mover nerviosamente lo que supuse eran cajas, susurrarse consignas entre ellos, tal vez deslizarse la voz de una mujer, e imaginé qué demonios podía estar pasándome. Es curioso, recuerdo que empecé a

urdir ridículas explicaciones sociológicas, abstractas y lapidarias, en las que enmarcar la situación. Estoy en plena configuración socioespacial producto de la interacción de fuerzas macroestructurales, me dije. Casi me dio la risa. No, me impuse, precisa más por favor, que eres un intelectual: he ido a caer en uno de esos claros exponentes de la concentración geográfica de la pobreza estructural, uno de esos espacios de los que el Estado y el mercado se retiraron al unísono. Bien, algo mejor. Volvió el inoportuno acceso de risa. Pasados los primeros minutos ya me había dado cuenta de que, por insensato que pudiera parecer, no acababa de sentirme asustado, lo que me empujó a seguir sumido en extravagantes elucubraciones mientras mis captores, que hasta ese momento imaginaba muy atareados desplazando muebles y trastos por un suelo terroso del que se desprendía, con el roce de los objetos, un espeso polvo que quedaba en suspensión, parecían ignorarme momentáneamente. Algo muy intuitivo me llevó a pensar que no me harían daño, tal vez la sencilla constatación de que aún no me lo habían hecho. Habían transcurrido varios minutos sin un solo insulto, sin demostraciones de fuerza para reducirme, ni atisbo alguno de crueldad gratuita ni nada que se le pareciera. Continué dando vueltas a la cabeza mientras trataba de descifrar qué significaba el intercambio de frases en clave, secas y cortantes, que se dirigían entre sí los que, empezaba a aceptar, eran mis captores. El escozor de los ojos resultaba intolerable.

Acudieron a mi mente fantasías diversas, mezcladas, superpuestas, veloces. La imagen de Aliseda, de Alfredo, de Néstor, de Jacobo. El llanto de Paloma, mi mujer, cuando llamara a Néstor para preguntarle por mi paradero, alarmada después de un tiempo sin noticias mías. Imaginé qué dirían los titulares de los periódicos al día siguiente de mi desaparición. Pensé en otras situaciones de peligro real en las que me he podido ver envuelto y me asaltó la imagen de corrillos en los que imaginaba a colegas de la Universidad lamentando la amarga suerte del profesor Alejandro Losada. La vertiginosa actividad de mi cerebro atónito se mezclaba con el rugido de la lluvia imponente que a esa hora de la tarde atronaba las angostas calles empedradas del remoto meandro urbano al que habían ido a parar mis huesos. Sabía que el robo armado y los asaltos violentos se habían colado en el torrente sanguíneo de la vida cotidiana en numerosos barrios de Ciudad de México, y que esta situación se había agravado con la llegada a la presidencia de la república de Carlos Salinas. Sabía que así era la vida en los muchos territorios terminales de la gran urbe, y que empeoraba a un ritmo imparable. Y que no cabe culpar todo lo que se mueve, aunque vaya armado, tatuado y carezca de escrúpulos, me dije.

Algo sabía del irrefrenable descenso de muchos barrios de la capital a las cloacas de la criminalidad que tantas veces llega con la pobreza. La crisis social, política, económica que se había endurecido al comenzar la década de los noventa, la desconfianza hacia los políticos y las instituciones que cotizaba al alza, el auge del crimen organizado y toda clase de violencias, estaban convirtiendo México en una herida que supuraba por muchas de sus costuras. Se hablaba mucho de cómo la cada

vez más violenta actividad del narco, desde las extorsiones de los grandes capos de la droga ensalzados en los corridos norteños hasta el naciente narcomenudeo, así como el secuestro que empezaba a conocerse como *express*, con o sin rehén real, se extendían por los grandes núcleos urbanos de la república; delitos amparados por unos umbrales de corrupción policial solo equiparables a los de la impunidad que dejaba sin castigo la mayoría de los robos, crímenes, torturas, desapariciones, mutilaciones o espeluznantes ejecuciones sumarias. La violencia interpersonal cotidiana, la misma violencia represiva del Estado en su lucha por ahogar lo que había emergido tras el fracaso de las exiguas políticas sociales, que apenas tapaban algunos de los agujeros dejados por las políticas económicas, que a su vez se mezclaban con las violencias generadas por un desempleo y subempleo capaces de fabricar desposeídos, parias, segregados y estigmatizados a borbotones, todo ello envuelto en la misma violencia del lenguaje utilizado para hablar de la violencia. Pero ninguna de esas abstractas formulaciones me habían preparado para este baño de realidad.

Todas estas criaturas emboscadas en la brumosa jungla urbana, presas en los diabólicos circuitos de la destitución, enredadas en las lianas de la miseria, engrosaban cada vez más un bolsón de desigualdades e injusticias que estallaba por las suturas. Yo acababa de pasar por una de ellas y allí me habían sorprendido y maniatado, por primera vez desde que viajaba con alguna regularidad a México. Daba comienzo de esta manera un siniestro episodio de mi biografía del que aún no estaba seguro que fuera a salir vivo, pensé. Una abominación previsible en la que había caído por incauto, a la que en cierto modo me habían conducido mis propios engendros nocturnos, sirviendo de engrasado gozne que unía a los atracadores del zócalo con esta nada oscura en la que unos desconocidos me mantenían reducido, en silencio y atado. No había ninguna razón para el optimismo, pensé. Aunque aún no hubieran descargado sobre mí la primera patada en el esternón, todo acabaría llegando.

Lentamente mis pensamientos parecieron maniobrar para recobrar la cordura y abandoné mi paranoica verborrea mental, ese distónico estado de abstracción, como si de repente lograra enfocar cabalmente el escenario al que había sido arrojado. Tal vez habrían pasado quince minutos, media hora, no más. Pregunté algo en voz alta y traté de incorporarme. Una mano firme me empujó de nuevo sin decir palabra y procedió a atarme con cinta aislante las manos y los pies a la silla, deshaciéndose de la cuerda de plástico que usaron a mi llegada. Finalmente alguien habló, una voz sibilante y afilada empezó a escupir frases cortas. Yo seguía con los ojos vendados. No parecía tener prisa, arrastraba algunas sílabas:

—Y bueno, ¿qué puedes tú ofrecer en sacrificio entonces, güerito? —La atmósfera se adivinaba cargada de complicidad entre ellos.

—No sé dónde estoy, quiénes sois, ni qué queréis. Si es dinero... —exclamé, ahora sí, con desesperación creciente.

—Ah, no seremos nosotros quien le hagamos ascos a la plata, ¿verdad güeyes?

—Ándale —respondían los demás a coro, riendo.

—Mira, dicen que eres profesor, ¿no es cierto?

—Sí... sí, es cierto. ¿Y quién lo dice?

—Entonces te habrán enseñado a leer y a escribir, esas pendejadas, ¿no es cierto?

—dijo, resaltando las últimas sílabas y dejando caer una fingida carcajada.

—Sí, hasta esas pendejadas llegué.

—Entonces vas a escribirle algo a la Santa. Una novelita de amor o algo, algo bien padre, bien bonito. Algo que le guste a la Flaquita. ¿No dices que sabes escribir? Pues escribe. No valdrá de gran cosa, pero a ella le agradará tu sacrificio, si es todo lo que puedes darle y hasta que consigamos algo mejor por tus pinches huesos españoles.

—¿Estáis bromeando? ¿De qué Santa habláis? ¿Y de qué voy yo a escribir? ¿Y cuánto tiempo me va a llevar eso?

—Será mejor que no tengas prisa, güero. Ándale y escribe. Aquí tenés una maquinita que mi viejo guardaba por ahí, y que como nadie sabe para qué demonios ha de servir y mi viejo ya se murió, pues a punto estábamos de botarla. Ándale y escribe.

—¿Pero escribir... de qué? Nunca he escrito ficción. ¿Qué clase de broma es esta?

—Ah, ficción, Uuuuuuh. ¿Y eso qué pinche cosa es?

—Qué más da... Ficción, no sé, nada que no sea... científico.

—Ah, científico, hójole. ¿Y eso qué cosa es?

—¡Esto no puede estar pasando! Soy... Soy antropólogo, mierda. Escribo sobre las costumbres de la gente. Observo, anoto cosas y... Joder, si queréis dinero, ya lo arreglaremos. ¿Por qué no me soltáis de una vez y hago unas llamadas? Creo que ya ha estado bien la broma.

—¿De la gente que no conoces? ¿Escribes cosas de la gente que no conoces? ¿Miras y anotas lo que hace, dice o piensa la gente que no conoces?

—Bueno, viaje para conocerla.

—Se echaron a reír. —Ah qué bueno, entonces sabes escribir ficción, güero. Ándale.

7. La santa

Ahí acabó en rigor la conversación, y no hubo ninguna otra durante mucho tiempo. Cuando se marcharon transpiraba copiosamente y me sentía muy asustado; creo que habría preferido que me partieran la cara de una vez y pidieran un rescate en veinticuatro horas a cambio de mi vida. Pero aquella plática tan sofisticada con mis captores me desarmó. Traté en vano de que respondieran a mis desesperadas preguntas: quién era la Santa de la que hablaban, cuánto duraría aquello, por qué no me liberaban del trazo inmundo que me cubría los ojos, si querían dinero y cuánto, todo ello entremezclado con insultos calculadamente soeces, porque llegado un momento comencé a temerle más a aquella calma que a las patadas y los puñetazos que, empezaba a sospechar, no llegarían.

Transcurridos unos pocos minutos más se hizo el silencio. Me quedé inmóvil tratando de captar cualquier sonido, algo que me ayudara a imaginar en qué lugar estaba y qué querían de mí, seguro de que la petición de la novelita era pura broma. Poco después entró alguien y me liberó del nauseabundo pedazo de gasa que me tapaba los ojos. Los froté con violencia, enfoqué penosamente y pude ver dónde me encontraba. Tras un rápido vistazo volví mis ojos hacia mi secuestrador, pero solo alcancé a ver una figura delgada vestida con ropas que le quedaban demasiado holgadas, cubierta por un pasamontañas casero confeccionado a partir de una media de lana. No habló. Se volvió hacia mí y me ofreció una papilla espesa con una cuchara, que naturalmente rechacé, después de lo cual el tipo se marchó sigilosamente tras liberarme de las cintas en manos y pies, y depositar el plato con la papilla en el suelo. Pude oír varios cerrojos a mi espalda, y luego solo el silencio.

Me detuve a estudiar la estancia en la que estaba encerrado. Un cubículo de cuatro metros por tres, suelo de tierra, paredes desconchadas con signos de humedad que un día estuvieron pintadas de verde lima, y antes de azul claro. Un par de sillas (en una de ellas estaba sentado yo), una mesita pequeña con una desvencijada máquina de escribir y media docena de papeles a su lado, un colchón alineado junto a la pared más larga y un viejo par de sarapes cuidadosamente doblados sobre él. Pero lo más sorprendente era la imagen que se erguía, siniestra e imponente, sobre una mesa plegable de plástico colocada junto al colchón. Era una figura descarnada de la Santa Muerte, portando una guadaña y cubierta de pies a cabeza por un manto largo y polvoriento de terciopelo negro. A sus pies un montón informe de rosas de plástico. Detrás dos jarroncillos con margaritas frescas. Y flotando en el aire una presencia, la más inquietante de todas, el olor de los elotes asados que llegaba desde algún lugar más allá de aquellos muros.

Superado el primer acceso de terror, sopesados todos los factores que jugaban en mi contra y analizadas las inquietantes características del lugar, comencé a pensar con la velocidad, el desbarajuste y la aflicción inherentes a la extravagante situación en la que me encontraba. Pensé en gritar hasta quedarme afónico, pero no sabía qué había

del otro lado de la puerta, tal vez mis captores se emboscaban allí y resolví que sería mejor no enojarlos. Todo indicaba que había sido secuestrado, probablemente se trataba de un secuestro en toda regla aunque, eso sí, había sido ejecutado limpiamente, sin violencia, acaso por gentes de alguna secta satánica, o del narco, o traficantes de órganos, quizás simples delincuentes comunes, o todo a la vez, pero sin duda sabían quién era yo y habían ido a por mí. Es probable que me hubieran seguido por media ciudad, mandado al taxista con el encargo de merodear sin levantar sospechas detrás de mí hasta que, perdido y con la noche encima, yo decidiera regresar en taxi. Pero ¿qué agentes del lumpen más macabro me conocían a mí en aquella enorme urbe a la que siempre había llegado para dar unas conferencias, asistir a congresos, intercambiar con colegas de la Universidad, o simplemente para pasear cientos de horas a solas siguiendo mis más atávicas manías? Mis investigaciones en el país se habían desarrollado en los estados de Chihuahua, Sinaloa, Chiapas y Oaxaca, desde luego no en el Distrito Federal. El taxista cómplice dijo que estábamos en Garibaldi, y eso está cerca de Tepito, pensé con creciente temor. La confusión y el miedo empezaron a provocarme un dolor punzante en el pecho que, siguiendo mi también atávica hipocondría, atribuí a la inminencia de un infarto, de manera que pensé que lo más prudente sería serenarme.

Mientras respiraba con metódica regularidad para evitar morirme, miré de nuevo en dirección a la imagen que gobernaba toda la estancia. Fue entonces cuando me di cuenta de que era ella, la Santa Muerte. La coincidencia, en caso de que lo fuera, no podía resultar más inverosímil, ni más paradójica. Todo me llevaba a pensar que había acabado expuesto a los designios de los herméticos seguidores del culto que había venido a investigar. Recordé entonces los tatuajes que me había parecido ver en mis captores, y comprendí que eran imágenes espeluznantes y barrocas de la Santa las que cubrían por completo sus brazos, visibles porque los tipos vestían solamente vaqueros y unas camisetas raídas, grasientas y sin mangas. Eran los tatuajes con que se adornaban prostitutas y delincuentes para cumplirle a la Santa, justo cuando el culto a esta tenebrosa imagen empezó a expandirse desde los altares privados de algunos barrios populares como el de Tepito, iniciando así su aún breve trayectoria como la más transgresora y radical devoción del catolicismo popular mexicano, considerada diabólica por las iglesias católica y protestante, y proscrita por el Estado mexicano que se negaba a reconocer oficialmente un culto cuyos seguidores propagan conductas criminales.

Había quienes veían a la Señora como una reinención a partir del culto a su antecesor mexica, Mictlantecuhtli, el dios de la muerte prehispánico con cara y cuerpo descarnados, transmutado para cumplirle a los destituidos modernos, a los delincuentes de medio pelo, a las ramerías, a los humildes de la gran jungla contemporánea y a quienes arriesgan su vida, o acaban con la de otros. Gentes que imploran una muerte no violenta ni dolorosa, protección, suerte en el amor o daño a terceros. Se decía también que brotó del animismo prehispánico cruzado con el

santoral católico, o que había sido engendrada como un híbrido oscuro nada menos que del dios mexica y de la mismísima Virgen de Guadalupe; o que había que buscarla en el reverso de la elegante Calavera Catrina, esa Muerte vestida de gran señora criolla que pasea airosamente por el parque del brazo de alguien, tal y como fue inmortalizada por el artista mexicano Guadalupe Posadas. La verdad es que, pese al estado de éxtasis en el que seguramente aún permanecía mi audiencia de esa misma mañana, poco más sabía de aquel complejo imaginario espiritual que parecía estar cobrando fuerza desde más abajo que abajo. También sabía que se trataba de un culto sin organización formal, sin intermediarios, sacerdotes, chamanes o pastores de clase alguna, es decir, que allí podía yo morirme de desesperación si nadie me rescataba, de modo que pasados unos años mis propios huesos de antropólogo, ataviados de negro y rematados de encajes, podrían servir para abrirle una nueva franquicia al culto.

Calcular que, transcurridos unos días, Néstor o Jacobo llamarían a la policía era ingenuo. Nadie en su sano juicio recurre en Ciudad de México a la policía para que resuelva un caso. Eso en el supuesto de que mis amigos no pensarán que me había sobrevenido uno de mis ataques de aislamiento y, en pleno cataclismo emocional había partido rumbo a Guatemala, adelantando así la investigación sobre San Simón que también tenía previsto hacer. Esta posibilidad me aterró y maldije mi manía por la soledad, el regusto de la clandestinidad, el vicio del silencio y esta habilidad con la que había conseguido que todos respetaran mi manera de ser con encomiable discreción. Había sabido rodearme a lo largo de mi vida de personas capaces de entender, o al menos de aceptar sin aspavientos redentores ni paternalismos, que hay quien no sabe estar rodeado de multitud todo el tiempo y busca la soledad como el ahogado el oxígeno. Ahora podía estar a punto de pudrirme lentamente en esta celda a causa del cuidado que he puesto toda mi vida en lograr que me dejen en paz.

Volví a mirar a la imagen de la Santa Muerte, ligeramente inclinada, asimétrica, enlutada. La observé pausadamente. Dicen que pena por un trabajo duro pero inexorable, que se representa sobre todo como mujer porque de ella venimos y es ella quien nos lleva. La horrible mueca de sus mandíbulas, algo desencajadas, conformaba al mismo tiempo una metáfora burlona de mi propia existencia. De nuevo volvieron a mí imaginarios titulares de periódicos: «Experto en extravagancias muere de inanición y enfermedad tras un largo cautiverio perpetrado por una calavera polvorienta», «célebre antropólogo especializado en cultos fetichistas y epistemologías malsanas es encontrado comido por las ratas en un barrio de Ciudad de México, con un libro de Wittgenstein en la mano derecha y una balanza en la izquierda»... Como llevado por el efecto de una droga que mi propia sangre produjera, el humor lograba trasladarme por unos instantes preciosos lejos de aquella ratonera y experimentar las formas más embriagadoras y épicas del nihilismo, de la fatalidad.

Empecé de nuevo a reírme de mí mismo y en esas estaba, mirando a la Santa y

masculando unas risas tristes y desesperadas, cuando de nuevo alguien entró. Otra vez encapuchado, de nuevo la misma figura menuda y delgada y, como antes, sumida en un mutismo impenetrable. Sin mirarme, se dirigió hacia donde estaba depositado el plato mugriento de papilla, removi6 nerviosamente su contenido viscoso y coloc6 a su lado una botella de plástico llena de un líquido que, me atreví a suponer, era agua. Antes de que pudiera dirigirme a mi captor para que me explicara qué estaban pensando hacer conmigo, los cien cerrojos a mi espalda me volvían a sepultar con su fantasmal y estridente coro de chirridos.

8. Una enorme migales

Solo de nuevo. No sentía hambre, pero sí curiosidad por el puré amarillento con leves trazos negros que descansaba en un rincón de la habitación. Me dirigí hasta él y en cuclillas tomé la sucia cuchara de plástico acercando la nariz a una porción pequeña de la papilla, con la precaución de quien maneja un cultivo de bacterias radioactivas. El persistente olor a humedad, el polvo en suspensión que se colaba por cada poro cada vez que me desplazaba dentro de la estancia y, suspendido del aire como una presencia, el aroma caliente de los elotes asados que llegaba desde algún lugar en la calle, parecieron confabularse para impedirme captar de qué estaba hecha aquella papilla. Tomé cuidadosamente con las dos manos el platillo y lo acerqué a mi rostro una vez más. Plátano, parece papilla de plátano, me oí decir en voz alta. En el momento en el que mi precaria actividad cerebral conectó el color, el olor y la textura para acabar concluyendo que se trataba de un puré de plátanos, todavía tuve que lidiar con el hilo de racionalidad que, desde mi percepción cabal de aquel lugar, me dictaba la orden de no probar bocado mientras estuviera allí. Quién sabía qué seres letales como pirañas microscópicas podían ocultarse en aquella cosa. Pero por otro lado llevaba ya al menos tres o cuatro horas en aquel zulo, no podía saberlo porque me habían despojado de mi reloj nada más entrar, y empezaba a sentirme acosado por el hambre y la sed. Probé con el borde de los labios aquella viscosidad blancuzca y el sabor dulzón de lo que, ahora comprobaba, era sin duda plátano triturado, me resultó agradable. Continué comiendo hasta acabar el plato y luego abrí la botella de agua y también me la bebí. Pensé que podía caer envenenado, pero era absurdo esperar que mis captores, si habían decidido acabar conmigo, tuvieran algún escrúpulo en darme un tiro o asestarme unas cuantas puñaladas. No iban a matarme de una manera tan ridícula y enrevesada, por dios, o por la Santa, o por la Virgen de Guadalupe, a base de puré de plátanos.

Pasé las horas siguientes tratando de averiguar si al otro lado había alguien o algo. Acerqué la oreja a la cerradura de la puerta y solo entonces supe que aquella plancha era de hierro, frío y ligeramente oxidado, áspero. Salté hacia atrás como si hubiera sido el roce, y no el descubrimiento de aquella dificultad añadida, lo que me alarmaba. Volví a acercarme y pude distinguir los ladridos lejanos de algunos perros, rezos de mujeres y, sobre todo, la intensidad aún mayor con la que me llegaba el olor de elotes. Desde mis primeros años en México, cuando diversas investigaciones me habían llevado a la ciudad de Oaxaca y a los Altos de Chiapas, el olor del maíz crepitando en las esquinas, manejado por las manos de indias zinacantecas y chamulas ataviadas con sus huipiles y tocadas con esas largas trenzas color azabache, su olor acre y los pies recortados y morenos, descalzos o embutidos en sandalias de plástico rajadas por todos lados, esa esencia llenaba las calles y se volvía más penetrante con las lluvias que arreciaban cada tarde desde las densas nubes de plomo, oscuros cúmulos en espiral que ascendían informes y luego se arremolinaban hasta

descargar con furia sobre las viejas calles adoquinadas. Las mujeres indias huían entonces cubiertas con un plástico improvisado y levantaban el asador de elotes como podían, los niños enredados entre sus piernas. Nadie quedaba cerca, tampoco yo, para registrar en todos sus detalles la complejidad de esta laboriosa operación cotidiana que se ejecutaba en pocos segundos. Pero en la calle permanecía suspendido ese perfume triste que hablaba de pobreza y supervivencia, de vidas acaso embrutecidas al límite de lo imaginable. Pese a ello, o tal vez por ello, siempre encontré cercano y tibio ese olor de las mazorcas tostadas, atravesadas en su extremo por largos palillos de madera de sección cuadrada, los mismos que servían para ensartar los mangos abiertos a cuchillo en forma de flor que los niños saboreaban como el más sabroso de los dulces de la tierra.

Experimenté entonces un ligero mareo que atribuí a mis periódicas bajadas de tensión. Como llevaba mucho tiempo tratando de captar alguna voz al otro lado, pensé que se me habían dormido las piernas, o las cervicales, o directamente el cerebro. Con pasos inseguros me dirigí hasta la silla para sentarme pero no pude alcanzarla, porque me desplomé sobre el suelo polvoriento antes de poder sujetarme al respaldo. Poco antes de cerrar los ojos presa de un cansancio insoportable, pude ver las cuencas de los ojos de la Santa que, incapaz de mirarme con unas pupilas que no tenía, vigilaba mi desdicha con una mueca sardónica.

Desperté. Pasado un tiempo indefinido abrí los ojos, pesadamente, y todo era silencio a mi alrededor. Me di cuenta de que apenas podía moverme, mucho menos pensar en incorporarme, y de que me encontraba en la misma posición en la que había caído derribado minutos, horas o días atrás. Miré a mi alrededor levantando un poco la cabeza y pude ver que alguien había debido entrar, porque a mis pies había más platillos conteniendo lo que me parecía era arroz, frijoles y un aguacate. Habían llenado la botella. La comprobación de todo ello me dejó aún más cansado y, como quien acaba de inventariar la biblioteca de Alejandría, volví a dormirme.

De nuevo abrí los ojos y una luz blanquísima me cegó por completo. Primero tuve la certeza de que ya estaba muerto, que aquello era el túnel y que en breves momentos vería imágenes de mi vida desfilando en rápidas diapositivas, y finalmente algún embajador del infierno vendría a por mí y me arrastraría hasta las llamas eternas. Bien, por fin todo acabó, me dije. Pero no, mis ojos se acostumbraron a la intensa luz que les llegaba atravesando los párpados, pude abrirlos de nuevo y allí estaba la imagen cerúlea de la Santa Muerte recordándome que no había muerto, todo un mordaz juego de inversiones. La estridente luz provenía de un ventanuco en el que no había reparado hasta entonces, porque cuando me llevaron allí debía estar tapado con un trapo gris que no dejaba ver las portezuelas de madera vista y el cerrojo de forja, el mismo trapo que ahora colgaba de una de las hojas de madera. Alguien, de nuevo, había entrado mientras el sopor me mantenía inmóvil y había abierto el ventanuco. Tal vez estaban seguros de que tardaría en despertar del todo y que, cuando lo hiciera, las minadas fuerzas me impedirían llegar hasta allí arriba. Y tenían

razón. Antes de cerrar los ojos de nuevo tuve una visión, fugaz, pero vívida. Me arrastraban por un pasillo con las paredes forradas de insectos, al final del pasillo aparecía la estación de autobuses de San Cristóbal de Las Casas, y al llegar yo estaba muerto. Todos me miraban, pero yo sabía que estaba muerto. Entonces no podía imaginar que era solo la primera de las muchas alucinaciones que se sucederían a lo largo de las semanas y los meses que siguieron. Tampoco sabía entonces que aquellos tipos me estaban drogando, que escondido entre el amasijo de plátanos, luego entre el arroz y más frecuentemente en los tazones de pozole que me daban, había hongos alucinógenos de Oaxaca que trituraban hasta dejar irreconocibles. Psicoactivos de la sierra mazateca. Caí preso de un sueño que deseé interminable.

Volví a despertar despacio y me pareció que mis músculos comenzaban a responder a la urgencia de levantarme para comprobar que no había fallecido aún. Así lo hice y logré ponerme en pie, tambaleándome. Me sentía débil y hambriento, de manera que me lancé sobre aquellos platillos hasta devorar por completo su contenido. Al arroz, los frijoles y el aguacate habían añadido más puré de plátano. Lo comí todo a sabiendas de que cometía un error, y bebí de dos tragos la botella de agua. Allí seguía la Santa mirándome con su cráneo un poco ladeado y las mandíbulas desencajadas. Alguien había cambiado las flores y colocado algunas rosas naturales en recipientes con agua. Despedían un olor que en circunstancias menos truculentas me habría parecido delicioso y evocador de momentos felices, pero allí resultada premonitorio y siniestro. Sentía el estómago revuelto y no tardé en caer al suelo y vomitar con todas mis fuerzas. Las lágrimas del esfuerzo se mezclaron con las inmundicias que mi cuerpo arrojaba y con el sudor que toda la operación me produjo. La garganta ardía por la brutalidad de la expulsión, la sentía más descarnada que la maldita imagen a la que parecía atado, y el cuerpo me temblaba de debilidad. Empecé a sospechar que tenía fiebre y busqué el colchón para tumbarme. De nuevo el sueño. Todo se pobló de gentes mitad descarnadas y mitad encarnadas, vestidas elegantemente de domingo, que charlaban entre sí. Unas mitades en huesos conversaban animadamente con otras mitades con carne, pero estas últimas tenían cortes no sangrantes en piernas o brazos, según tocase, que dejaban ver músculos, venas, arterias, tendones, como en un viejo tratado de anatomía o en una de esas láminas en las que varios ilustrados se asoman solemnemente a un cadáver abierto para conocer de cerca los secretos del cuerpo humano. Quienes tenían rostro y pelo, y no las cuencas de los ojos y el cráneo pelado, aparecían tocados con ricos sombreros cargados de frutas tropicales y plumas de quetzal, las caras de ellas y ellos pintadas, los labios cubiertos de carmín brillante, cigarrillos en los dedos por los que asomaban algunas falanges, discretamente.

Desperté sobresaltado y sediento. Me arrastré hasta el lugar donde aquella gente me venía dejando el alimento y bebí las dos botellas de agua que encontré. Debían tener calculada la sed que me atenazaba, porque habían doblado la dosis. Luego la emprendí a bocados de carroñero con una pequeña porción de carne al pastor y bebí

el pozole. Caí de nuevo de bruces y solo recuerdo fogonazos intermitentes que provenían del ventanuco de nuevo abierto, las negras cuencas vacías de la Santa, más flores recién cortadas, una música de acordeón que llegaba de algún lugar, unos ladridos, visiones de tragafuegos, más tarde de espectros vivos, predicadores, tahúres, cientos de cadáveres con tocados diversos, una multitud de indios venerando a un santo de palo, obscenas prostitutas ofreciéndose, criaturas informes mordisqueando un cuerpo en el fondo negro de un lago, y de nuevo el olor de los elotes asados. Antes de desfallecer del todo mis ojos encontraron la máquina de escribir, negra, descascarillada, encogida, y quedaron fijos en ella hasta que de repente, como quien cambia bruscamente de diapositiva, en su lugar un enorme arácnido desplegó súbitamente las ocho patas y se abalanzó sobre mí alcanzándome el rostro y restregando sus pelos hirsutos por mis ojos. Empecé a gritar y me cubrí el rostro con las manos, revolcando mi cuerpo en el piso de tierra con desesperación mayor de la que hasta ese momento recordaba haber experimentado en la polvorienta celda de mi cautiverio. Lo último que recuerdo esta vez es que dos personas entraron apresuradamente y tras varios minutos de forcejeo lograron despegarme las manos de los ojos. Solo escuché la voz de una mujer que decía «cuidado, el último se saco los ojos en esta fase».

Una música de corridos norteros, que narraba la desventura de Julián, un tipo de Laredo, y Margarita, una traficante de Tijuana que cumplió su venganza después de descubrir que él la engañaba con otra, fue sacándome del sueño en el que me había despeñado quien podía saber cuantas horas antes. Antes de abrir los ojos comprobé que mi cuerpo olía a demonios y que tenía los labios cubiertos de restos de saliva coagulada tiempo atrás, la boca muy seca y con un sabor a zulo inconfundible. Me dolía cada hueso y empecé a sospechar que llegaría un momento en el que ya nadie distinguiría mi cuerpo del de la Santa, esa imagen que ahora miraba sinceramente estupefacto porque la encontraba en mejor estado de salud que yo mismo. Al menos no había empeorado como probablemente lo había hecho yo. El amasijo de mis ropas, una camisa blanca que ahora lucía del mismo color que el suelo de la estancia, con manchas y relieves indefinidos, una manga casi desprendida y los puños mugrientos; unos vaqueros rígidos a causa del sudor seco, el vómito y todo lo que se me había ido derramando desde fuera o desde dentro de mis entrañas en las últimas horas o días; los zapatos con costras formadas por la papilla, el vómito y la tierra, con los cordones sueltos; el cabello, que ese tiempo llevaba largo y atado a la nuca, ardía en picores antiguos de mendigo desahuciado. Todo ello acabó precipitando un sentimiento estremecedor de desgracia, miseria y sinrazón. Comencé a llorar con estruendosas convulsiones, pero esta vez nadie debió alarmarse, porque de hecho nadie entró en la habitación. Seguramente, pensé, está previsto que me eche a llorar de manera incontenible en esta fase del experimento, o lo que quiera que esto sea. Acudirán de nuevo cuando el protocolo prevea que intentaré suicidarme ahorcándome con un cordón del zapato, o cortándome las venas con un platillo de plástico, o

apuñalándome repetidamente con una falange de la Santa.

Me moví con penosa lentitud dos metros más allá, donde reposaban los platos recién llenos de arroz y pozole. De nuevo me sentía hambriento, preso de una necesidad irresistible de llenarme el estómago hasta hacerlo reventar. Bebí y comí todo aquello sin pensar en nada, resignado a mi inevitable caída en este desgraciado lado del azar. Poco a poco, y pese a que sentía el cerebro embotado y solo pensaba en forma de destellos incoherentes y fugaces, empezaba a tener claro que aquella comida contenía algo. Qué más podía darme. Comí y bebí todo lo que me habían dejado algunas horas antes, a juzgar por la sequedad del arroz ya frío. Fue entonces cuando me atreví a mirar de nuevo la máquina de escribir, cautelosamente, por encima del hombro, temiendo la aparición en escena de la descomunal migales peluda, pero esta vez no llegó. Me sorprendí mascullando la plegaria de los devotos: «Santísima Muerte de mi salvación, no me desampares de tu protección». Coloqué la silla ante la mesita, me senté en ella con cuidado, como quien dispone de toda la eternidad para cumplir su misión, e introduje un sucio papel en el tambor. Lo giré, suspiré y comencé a escribir.

9. El desmayo de Aliseda

Sentado en la puerta de mi librería creo poder divisar el mundo entero. Es lo único que me importa y todo lo que me queda. A veces sostengo entre mis manos algún libro de poemas, una revista literaria o alguna novela cualquiera y finjo leer con interés, mientras entorno los ojos y dejo que la música de la enigmática San Cristóbal de Las Casas me transporte por las calles, las tiendas, plazas y casas, recorriendo, como una exhalación sin rostro ni pasado, cuartos, pasillos, cocinas, patios, acelerando mi imaginación hasta palpar con sus yemas cada pliegue de una ciudad recreada a la medida de mis deseos y de mis miedos. Lo hago a menudo, sobre todo a primera hora de la tarde, cuando los clientes habituales de la librería aún se demoran en el Café El Puente, leyendo los periódicos del día y discutiendo los enredos de la agria política local. Luego vendrán a interesarse por las novedades, aún a sabiendas de que solo una vez a la semana entra algo nuevo, y que de cada veinte o treinta libros, caen con suerte uno o dos que valgan algún desvelo. Los observo acercándose desde la esquina del zócalo, justo por donde el sol comienza a bajar cada tarde, precedidos por sus sombras alargadas como enjutos cipreses conversadores, seguidas de las voces y las risas que anticipan la alegre entrada de mis amigos en el El Candil, ese mínimo habitáculo repleto de libros que acoge esta existencia mía, agazapada y estéril.

Ese preámbulo de la larga tarde es el único aliciente para levantarme cada mañana y empezar el nuevo día. A un hombre en mis circunstancias no le sobran los estímulos. Cuando la claridad tibia del amanecer y el olor del café alcanzan mi catre solitario, cuando el estrépito de los carros surcando el empedrado en la calle de atrás y las conversaciones de las dos hermanas encargadas de la pensión en la que me alojo me anuncian que este sur desangrado se despierta un día más, hago frente a mis viejos temores de siempre refugiándome un poco más debajo de las dos cobijas y con la dulce perspectiva de la primera hora de la tarde. Esos ratos tan a solas son el alma de mis historias. He ido tejiendo cientos de ellas, algunas acaso fueron reales una vez en la existencia de otro hombre; otras son abandonadas por la marea en un rincón impreciso de mis recuerdos, y las hay que se entreveran de ficciones microscópicas inspiradas en lo que contemplo desde la puerta de mi librería. La mayoría son relatos inacabados de un pobre fabulador que jamás se atrevió a escribir nada sobre un papel, al que todo le sucede en algún punto indefinido entre las entrañas y la cabeza. Ese soy yo, Denis Dubois. Un hombre acobardado por el terror de la escritura y que, sin embargo, no puede dejar de presentir que todo lo que ocurre a su alrededor no es más que parte de una extensa ficción urdida por su mente. Un librero apresado en la telaraña de esas historias que brotan atropelladamente como la sangre de un tajo en el cuello, amasijos de palabras que arrojó como el aliento y se desvanecen en el aire, una gramática hecha de humo que jamás ha sido capaz de posarse en el papel. Y entretanto busco, compro y vendo las historias que escriben otros. Es una ironía solo

a medias dolorosa, pero sobre todo es el único bálsamo para esa herida siempre supurante que es la fabulación y la búsqueda del verso, el ritmo, la sentencia, la medida, la cadencia. Ese soy yo, ese era yo, la sombra de un hombre con una vida robada a la literatura. Un tipo soñador y razonablemente feliz al que un día algo le arrebató la vida que suponía suya. Eso ocurrió años atrás, cuando tuvo que abandonar una acogedora ciudad de la vieja Europa en la que creyó tener una identidad, una mujer y un hijo, y venirse a México.

Soy Denis, el librero francés. Vivo en un barrio bullicioso del sur de San Cristóbal desde hace algunos años, carezco de puntos de referencia fiables en los que apoyarme para precisar cuántos. Tuve una vida anterior a todo esto, al menos sus trazos desvaídos deambulan dentro de mi cabeza como fantasmas sin rumbo. Habrá quien se sorprenda al saber que considero esto bastante consolador a estas alturas, cuando apenas puedo estar seguro ni del suelo que piso. Sé que mi vida ha sido fabricada en otro lugar, y que ese lugar no es ninguno de aquellos en los que me parece haber vivido hasta hoy. También sé que se acerca el final de esta existencia improbable y atroz, pero antes quiero dejar constancia de mi historia, sea esto lo que sea. Trataré de explicarme mejor.

Nací y viví en Lisieux, Normandía. Recuerdo viñedos bañados por el sol, rosales trepando los muros de ladrillo visto acariciados por la luz aterciopelada de la tarde, pan blanco y galletas de almendra hechas por las manos de una mujer buena, probablemente mi madre. En Francia conocí a Eva, una hermosa mujer hija de franceses pero nacida en Madrid. Bilingüe, Eva se había dedicado profesionalmente a la traducción. El aprendizaje de un par de idiomas más la persuadieron de que no podría ganarse mejor la vida que traduciendo textos y acudiendo a congresos científicos, bienales artísticas y encuentros diplomáticos para ejercer de traductora simultánea. Traducía cuentos infantiles para una editorial muy solvente, Algagrama, y ganaba un buen dinero con ello. Las malas rachas eran esporádicas, y solo entonces aceptaba encargarse de algún tedioso manual plagado de instrucciones crípticas para entenderse con engendros tecnológicos de última generación. No le habría faltado el trabajo jamás de haberse consagrado a esta poco excitante tarea, pero ella prefería volver a los cuentos infantiles en cuanto la penuria económica se disipaba.

Una noche me presentaron a Eva en la inauguración de una exposición de fotografías urbanas, una mirada silenciosa y audaz a la cotidianeidad en las grandes megalópolis. Entre misteriosas imágenes en blanco y negro mostrando rascacielos de São Paulo tomados por el graffitti, técnicos reparando antenas de televisión en los tejados de Buenos Aires, miserables ranchitos en Caracas y estaciones de metro de Ciudad de México, me acarició la luz de Eva. Súbitamente quedé hechizado por su voz de caverna, su mirada valiente y sensual. Ella pasaba largas temporadas en la que había sido la casa de sus padres, cerca del famoso balneario de Lisieux. Yo me había desplazado desde mi apartamento, en las afueras de Caen, ese lluvioso fin de semana para ver de cerca las imágenes de Jean Pierre Delon, el gran fotógrafo bretón. Eva

hablaba con todo el cuerpo, poseía un exquisito sentido del humor y era al mismo tiempo explosiva y reservada, tímida y desinhibida, discreta y buena. Desde el primer momento me pareció que en ella se fundían trazas de metales distintos, jirones de diferentes seres, y sin embargo Eva era una criatura que derrochaba armonía entre las partes de las que estaba hecha. Un amor suave y cadencioso tomó mi alma, se fue apoderando del ritmo de mi respiración volviéndola una balada tierna, enseñándome a mirar con los ojos de Eva, a vivir mecido por su inteligencia y su rara melancolía. La quise más que a nada en este mundo que sin saber cómo aún habito, y creí enloquecer de dicha cuando ella quedó embarazada pocos meses después de empezar nuestra vida juntos. Pasé semanas arrullándola en las cálidas noches de verano, posado como un pájaro dócil a su lado, velando sus sueños de musa transparente, acariciando incrédulo su vientre prominente, níveo y perfecto, desordenando los rizos de su cabellera y bebiéndome a tragos sus carcajadas que me bañaban como una unción cuando de pronto abría los ojos y me sorprendía absorto en mitad de mi devoción. Vivía para ella. Cada mañana contemplábamos el amanecer a través de la ventana de nuestro dormitorio, amarrados el uno al otro, dejando que la brisa acariciara el tul blanco de los visillos y alcanzara, tan ávida de poseerla como yo, el cuerpo desnudo de mi mujer. Después le preparaba con esmero el desayuno antes de que partiera rumbo a su despacho, en la sede francesa de la editorial para la que solicitó trabajar cuando comenzamos la relación. Al marcharse ella me quedaba en casa ordenando las cosas, hacía la compra y dejaba algo preparado para la cena. A media mañana me iba a la Universidad, donde impartía clases de literatura norteamericana tres veces por semana. Nuestra vida no podía ser mejor.

Pero en los primeros días del mes de septiembre, pocas semanas antes de que naciera nuestro hijo Leo, tuvo lugar un tenebroso suceso que lo cambió todo para siempre. De la existencia de mi mujer y de ese hijo nuestro nada he vuelto a saber. Nadie puede imaginar de qué manera puede un hombre enloquecer ante circunstancias tan abyectas. Eso que ocurrió nos rompió la vida para siempre, al menos mi vida, porque ya no puedo estar seguro de que Eva llegara a existir. Un reconocido postestructuralista de la Sorbone, Jean-Claude Lefebvre, pronunciaba una conferencia en la escuela universitaria donde yo daba mis clases. Desde hacía unos años los aprendices de teóricos andaban empeñados en poner patas arriba el marxismo, de manera que aquel día acudieron centenares de alumnos, profesores y no pocos curiosos que sabían del conferenciante no tanto por sus numerosas publicaciones en revistas especializadas, sino sobre todo por los celebrados artículos periodísticos en los que desvelaba la lógica mercantilista de las producciones mediáticas. Me acerqué al salón de actos casi arrastrado por los que corrían para conseguir un asiento que les permitiera ver de cerca los surcos en el rostro del venerado pensador. De repente una joven pelirroja y con el rostro cubierto de pecas anaranjadas cayó derribada delante de mí. Llevaba el pelo suelto, zapatos abotinados, una falda ceñida a la escueta cadera y una rebeca casi del color de los cabellos. A

punto estuve de caer sobre su cuerpo, empujado por los que me seguían, pero grité a tiempo advirtiendo del percance y rápidamente se hizo un círculo alrededor de la joven cuyos cabellos, abundantes y ondulados, se esparcían por el suelo del pasillo que conducía al salón de actos. Todos pasaron de largo menos Matilde, la experta en morfosintaxis de las lenguas mayas, y yo mismo. Nos arrodillamos tratando de reanimar a la joven, que yacía pálida y con el pulso muy débil. La tomé en brazos para llevarla hasta los jardines de la entrada, mientras Matilde llamaba desde su celular al servicio de urgencias hospitalarias.

Al alcanzar el jardín deposité su cuerpo liviano sobre el césped y coloqué mi abrigo doblado bajo su cabeza. Le tomé la mano y me senté a su lado esperando noticias de Matilde, pero entonces la joven abrió súbitamente los ojos, se incorporó con brusquedad, echó una mirada rápida alrededor y, cuando hubo comprobado que no había nadie cerca, me agarró con fuerza del brazo y tiró de mí mientras gesticulaba y se agitaba susurrándome que no había tiempo que perder, que debía seguirla inmediatamente, que no podíamos esperar más. Traté de soltarme pero ella se aferraba a mí, una y otra vez, llevada por una urgencia demente. Sus cabellos flotaban en el aire como algas nerviosas. Al fin y tras algunos forcejeos logré frenarla y le pregunté quién era, si ya se encontraba bien y qué quería de mí. Si ya estaba recuperada, como parecía, podía marcharse y dejarme en paz. Pero la joven no parecía escucharme.

Ante mi insistencia acabó confesando que había fingido el desmayo para provocar nuestro encuentro, porque necesitaba hablar conmigo a solas. Discutí los métodos y le reproché el susto que nos había dado a Matilde y a mí pero, presa de la agitación, no parecía interesada en nada que yo pudiera decirle en aquel momento. Volvió a tirar de mí con violencia y me suplicó que la acompañara a un lugar apartado, porque era muy necesario que hablásemos. Lo repitió tantas veces que acepté seguirla. Empezamos a recorrer la ciudad insensatamente, con rumbo desconocido porque ella no reveló el destino en ningún momento, siguiendo un itinerario completamente errático, o al menos eso me pareció. Alternaba las aceras constantemente y sin criterio aparente, entraba y salía de algunos portales, miraba asustada a todas partes, se pegaba a las paredes antes de doblar las esquinas, como si temiese la súbita aparición de alguien o de algo; gemía de un modo extraño y se lamía mechones de aquel cabello rojo mientras su mirada recordaba la de alguna criatura solo vagamente humana acosada por un peligro desconocido. Después de dibujar dos absurdas espirales, varios centenares de metros zigzagueantes, dar tres o cuatro carreras para las que yo no encontraba razón alguna, tropezar dos docenas de veces con objetos diversos y soportar con estupor varios accesos de llanto, llegamos a un pasadizo subterráneo en las afueras de la ciudad, en medio de un desolado polígono industrial. Estábamos rodeados de almacenes y naves laberínticas de altos techos cubiertos de chapa, cuando la joven repentinamente se adentró en un destartado y sucio local alumbrado apenas por un par de bombillas. Las paredes de aquel zulo indescriptible

estaban cubiertas con centenares de papeles emborronados y pegados con cinta adhesiva, clavados con chinchetas, agujas y algunos hasta con tornillos. Un polvo finísimo se me colaba por todos los poros con cada movimiento descontrolado de su cuerpo. Una mesa plegable, una cama minúscula con un sarape mugriento, dos sillas y un fregadero, todo igualmente cubierto de papeles escritos, se repartían por la estancia. Una vieja máquina de escribir, muchos lápices y bolígrafos, toallas, sábanas viejas y decenas de paquetes de galletas empezados, formaban montones desordenados en los cuatro rincones de la estancia. Tardé en digerir la visión de aquella madriguera, en la que Aliseda —en algún momento y ante mi insistencia me había confesado su nombre— llevaba meses viviendo en la más inenarrable de las miserias. Una fotografía recortada de un periódico en la que se podía ver la imagen de la Santa Muerte mexicana, ataviada con negros ropajes y las mandíbulas ligeramente desencajadas, completaban un escenario lóbrego.

Le pregunté qué quería de mí, cada vez más alterado traté de excusarme y salir de allí, dos, tres veces, pero sus ojos acorralados y sus lágrimas enormes como perlas sucias me disuadieron. Y una fuerza descomunal que emanaba de Aliseda y que, he de confesarlo, me detenía. Entonces ella me rogó que tomara asiento, sacudió los papeles de una de las sillas y me empujó suavemente para que me sentara. Se acurrucó en el suelo, frente a mí, y empezó a hablarme. Era tan penetrante el hedor a fruta en descomposición y orín, fueron tantas sus incoherencias y balbuceos, que en algún momento llegué a sentir ganas de vomitar. Aliseda me escrutaba de una manera indescifrable, emitía sonidos al mismo tiempo que hablaba, se agarraba una mano con la otra, apéndices crispados y violáceos que parecían los de una de esas extrañas hembras de Egon Schiele, como si temiera que escaparan de sus brazos y cometieran alguna insensatez. Mi estupor era cada vez mayor y, percatada de ello, trató de tranquilizarme y hacerse entender. Me explicó que todos esos papeles los había escrito ella. Vivía sola y escribía, escribía primero cada noche, más tarde robándole horas al día, y finalmente a empezó a escribir a todas horas porque ya no conocía otra manera de vivir. Nadie sabía que estaba allí, aseguraba que nadie la había seguido nunca. Malvivía sin hacer ruido en aquel cuchitril abandonado a las afueras de la ciudad y salía solo por las noches, solo si no había luna llena, cuando las naves textiles y las largas chimeneas quedaban silenciosas, sus siluetas recortadas en la penumbra violácea. Escapaba de su refugio cuando nadie podía verla y vagaba por los alrededores durante horas hasta que encontraba alguna tienda abierta en la que conseguía algunos paquetes de galletas, cada día en un sitio diferente, para que no la reconocieran. Escribía porque era lo que le habían ordenado unas voces turbias que se le agitaban por dentro. Todo eso tuve que escuchar. Y aún más.

Yo era profesor de literatura y mis alumnos me apreciaban. Decían de mí que era bueno, sensible, inteligente, distinto a los rutinarios bustos parlantes que les impartían conocimientos con la misma pasión de quien pica carne para hamburguesas. Algo podría hacer por ella, me imploró. Le dije que no la entendía, que yo mismo no

escribía y que no era capaz de comprender aquella obsesión suya, que necesitaba ayuda de algún profesional que supiera de neurotransmisores y serotoninas, no de Twain, Pynchon o MacCarthy; que no podía ayudarla, que estaba a punto de ser padre y que todo lo que deseaba era que me dejara en paz. No me escuchaba. Dijo que me esforzara por ponerme en su lugar, que tenía que hacerlo porque aquello también me afectaba a mí. Fue entonces cuando supe que Aliseda conocía detalles privados de mi vida, sabía que amaba a Eva, que ella estaba embarazada de un varón y que teníamos pensado llamarle Leo. Ahí creí desfallecer. Eva y yo habíamos convenido no decir nada acerca del sexo de la criatura, y mucho menos revelar su nombre. Era nuestro secreto, como el de tantas parejas que juegan a tener el mismo inofensivo secreto cuando están a la espera de un hijo, buscando llenar con más emoción esa expectativa compartida, nada extraordinario. Sentí que no podía moverme. Comenzaron a dolerme las articulaciones de todo el cuerpo, luego los músculos, tendones, ligamentos, las sienes parecía que fuesen a estallar hacia dentro destrozándome el cerebro como una bomba de racimo. Me palpé el pecho buscando, quería verificar una y otra vez que todavía estaba allí. Con la sangre helándose dentro de mis venas, me levanté de la silla y creí tambalearme. Impulsado por una rabia comprensible, aunque he de reconocer que desproporcionada, me abalancé sobre ella y la zarandé mientras le gritaba preguntándole cómo demonios sabía todo eso. Y de nuevo se echó a llorar, ocultando con fatiga su rostro entre los dedos nudosos que se aferraban desordenadamente a los cabellos.

Escapé corriendo de aquel agujero nauseabundo, aturdido y muy asustado, dejando a la desgastada Aliseda sola entre sollozos y gemidos de otro mundo. Si era eso a lo que se referían quienes hablaban de realidades paralelas que existían simultáneamente y de mundos inventados en las cabezas de otros, lo que sin duda correspondía en ese momento era correr lo más rápido que mis entumecidas piernas me permitieran para salir cuanto antes de allí y alcanzar el lugar que me pertenecía, y al que pertenecía. Yo era feliz con Eva, Leo estaba en camino, ambos disfrutábamos de un trabajo estable y una buena posición, algunos amigos, una bonita casa con porche blanco y un jardín en el que se erguían retorcidas dos higueras preciosas, con lirios, rosas, madreselvas y... Me sobresalté de repente, ¿teníamos nosotros en realidad todo eso? Corrí hasta dar con la primera cabina de teléfono que encontré, justo en la confluencia de dos sucias avenidas desiertas, y entonces llamé a casa. Sonó el teléfono largo rato mientras contemplaba inquieto la titilante luz de las farolas, y finalmente escuché la suave voz de un niño. Al fondo se oían música y gritos de fiesta, tal vez celebraban un cumpleaños, pensé. Me disculpé, porque obviamente me había equivocado de número, y volví a marcar. Esta vez no contestó nadie. Marqué por tercera vez el mismo número y al otro lado escuché la temblorosa voz de una anciana, que también me confirmó mi error no sin antes preguntar si no era yo el fontanero que llevaban días esperando. Antes de marcar por cuarta vez traté de recordar el número de casa y me di cuenta de que ya no podía. Llamé al servicio

de información y me dijeron que no había ningún teléfono en la ciudad a mi nombre, a nombre de Denis Dubois.

Traté de pensar con calma y decidir qué podía hacer. Eché a andar apresuradamente. Caminaría hasta encontrar lo primero que me recordara a la ciudad en la que vivía y luego tomaría un taxi que me llevara a casa. Si procedía con cautela, aquella pesadilla habría acabado para siempre, después de... ¿cuántas horas? Era ya noche cerrada. Desorientado y exhausto, aún podía recordar que la conferencia de la que aquella criatura me sacó con sus retorcidas argucias estaba programada para las 9.30 de la mañana. No habían podido transcurrir tantas horas desde que me topé con la desdichada Aliseda, pero así era. No llevaba reloj, pero calculaba que en las noches de verano el sol no se ocultaba antes de las 9.00 de la noche. Un taxi apareció doblando lentamente la esquina, sus luces amarillas giraron y me enfocaron, le hice señas y paró. Le expliqué la dirección a la que quería que me llevara, hizo un ademán indicando que me había entendido y arrancó sin hacer ningún comentario. Recorrió todavía una siniestra jungla de avenidas jalonadas de farolas oxidadas, muchas de las cuales habían sido apedreadas a conciencia, de manera que dejaban largos tramos en la más completa oscuridad. Algunas fogatas se alzaban salpicando las aceras, pero nadie buscaba calor en ellas. Podía verse una abundancia de desperdicios repartidos por los márgenes de la carretera, desde grandes bidones de plástico a latas de aceite y comida, basuras, electrodomésticos herrumbrosos, algún sofá desvencijado. Entramos en la ciudad por un distrito que no había visitado nunca antes y, media hora después, el taxista me anunciaba que entrábamos en mi calle. Suspiré tranquilo, le pagué dejando una generosa propina y me dirigí a casa. Reconocí mi puerta, abrí con mi llave y entré en nuestro amplio salón con las paredes pintadas de verde lima, en el que Eva me esperaba recostada en el sofá. El corazón me iba a estallar de gozo, me invadió una alegría que apenas podía contener dentro del pecho, la dicha de quien se ha visto rodeado de abismos fatales, pero que al final logra regresar a casa y ponerse a salvo. Eva me rodeó dulcemente con sus brazos y sentí cómo sus senos tersos, sus axilas y su vientre hinchado me buscaban.

Pasaron algunos días en los que la normalidad hizo que me olvidara de aquel pobre animal, la pelirroja Aliseda, de sus harapos y del tugurio lúgubre en el que malvivía refugiada entre las historias garabateadas por su arruinada mente. Llegué a esbozar más de una sonrisa pensando en aquella locura que me hizo dudar de mi propia realidad, que me llevó a una aterradora ciudad paralela, una extensión sórdida y desesperada de mi ciudad que tal vez ni siquiera figuraba en los planos, evocando —por qué no admitirlo— el terror que me inspiró aquella niña perdida. No habían pasado tres semanas desde que se produjo el desmayo fingido de Aliseda a la entrada del salón de actos de la Universidad, cuando Eva llamó desde la editorial, pasadas las siete de la tarde, para decir que se retrasaría un par de horas. Al fin había llegado el nuevo chico contratado para sustituirla antes del parto, que ya se avecinaba, y debía explicarle algunos detalles referentes al trabajo que le aguardaba. Le dije que de todas

maneras la esperaba para cenar. De vuelta a la cocina, donde me disponía a preparar un buen asado con lombarda y miel para celebrar la baja por maternidad que Eva iniciaría a partir del día siguiente, vi unos sobres que el cartero había arrojado por debajo de la puerta. Me extrañaron dos circunstancias. Una, que se trataba de la puerta de servicio, y nuestro cartero siempre dejaba la correspondencia en un casillero que habíamos instalado junto a la puerta principal de entrada a la casa. Dos, que el correo siempre nos llegaba por la mañana temprano, y ya estaba oscureciendo. Me agaché para recoger los sobres y vi que no habían escrito ni el nombre del destinatario ni el del remitente. Me senté en el sofá y me dispuse a abrirlos.

Lo que siguió anunciaba la suma de fatalidades con las que puede escribirse mi final. No tardé en averiguar que era Aliseda quien enviaba los sobres, que contenían lo que a primera vista parecían varios relatos breves, ordenados numéricamente del uno al cinco con rotulador rojo y prendidos con un clip metálico. Solo el primero llevaba título: El Candil. Aún quedaban en ellos las señales de los tornillos con los que fueron clavados en la pared, por lo que deduje que habían sido arrancados sin mucho cuidado antes de introducirlos en el sobre. Los leí deprisa, como tratando inútilmente de cerrar aquel capítulo maldito de mi vida, de acabar con ese terco sueño que se abría paso incomprensiblemente contra toda lógica, sin darme cuenta todavía de que ni esa había sido mi vida, ni volvería a serlo nunca más. Aquella loca narraba allí con lujo obscuro de detalles mi encuentro con Eva en la exposición, nuestra historia de amor y el embarazo. Sabía cosas que ni siquiera Eva conocía, emociones que ella me inspiraba, como los absurdos celos que me poseían cuando la veía leer abstraída la poesía de Yeats. Allí narraba cómo la besaba y le hacía el amor a mi mujer, el terror de Eva a los caracoles de cualquier tamaño. Describía la cicatriz rosada que le recorría la cara interna de su muslo, su tatuaje lumbar, la rectilínea historia de su familia, su melancolía y su bondad. Comprendí, presa de un desánimo indescriptible, que todos éramos personajes nacidos de su delirio, y que a él nos debíamos. Cómo podía la realidad estar de parte de algo así, un alma atormentada que vivía entre despojos inventando las vidas felices de otros. Allí estaban mis alumnos, los colegas de la Universidad con los que trabajaba y el equipo de investigadores con el que desarrollaba un proyecto sobre la presencia de la filosofía pragmática en cierta literatura norteamericana del siglo xx. Allí estaban el taxista que me trajo a casa y Leo, que nacía justo en el momento en el que yo tomaba un avión rumbo a una tierra remota más allá del atlántico. Arrojé los papeles al suelo y llamé a Eva. En la editorial me dijeron que ya no estaba allí, que había salido con una joven que vino a recogerla. En vano pregunté cómo era esa joven, porque ya lo sabía. Aliseda me estaba arrebatando a Eva, me despojaba de mi hijo Leo y reservaba para mí un destino desconocido en otro lugar.

Pasé dos días llamando a la policía, a los hospitales, aeropuertos, estaciones. Supliqué a gentes que me parecían llenas de indiferencia que me dejaran colocar copias de una foto de Eva, en la que aparecía sonriente y tocada con una boina negra,

en los cristales de los escaparates. Subía y bajaba las calles del intrincado hervidero urbano a todas horas, escrutando plazas, cafeterías y bulevares. Buscaba en cada entraña de la ciudad y entré varias veces en la editorial. Eva no regresó a casa ni aquella tarde ni en los días que siguieron. En la editorial no sabían nada de ella, pero al tercer día ya ni siquiera recordaban quién era Eva. Al cuarto día llamaron a la policía para que sacara de allí a un tipo desquiciado que molestaba a todos preguntando por una mujer que nadie conocía, llamada Eva. Lo peor llegó cuando mis alumnos no me reconocieron, mis compañeros me tacharon de impostor y el profesor de literatura norteamericana me pidió que dejara de hacerme pasar por él, que resultaba patético. Me encerré en casa y eché todas las llaves, pero fue inútil. Pronto echaron la puerta abajo los que se decían dueños de nuestro hogar, de Eva y mío, de nuestra casa, el jardín, las madre selvas y las higueras. Se trataba de un matrimonio joven de origen argelino con dos hijos pequeños que me miraron como a un cerambícido que hubiera caído en su sopa. Pero antes de que me expulsaran de mi propia casa alcancé a leer las últimas páginas del quinto relato que Aliseda me había hecho llegar. Allí decía que a Denis Dubois le aguardaba una nueva vida en un lugar llamado San Cristóbal de Las Casas, en el sureste de México. Que allí sería testigo de una revolución alimentada con demandas ancestrales. Que nada le quedaba por hacer en esa ciudad francesa en la que se empeñó en vivir una vida que ya no era la suya, con una mujer que había dejado de pertenecerle y un hijo que jamás conocería.

Desde entonces no he podido dejar de fabular. Me siento en la puerta de mi pequeña librería y espanto mis miedos a veces con las manos, tejiendo ficciones con la diligencia y la resignación de estas indias mayas que se acuclillan frente a su telar de madera para bordar universos en miniatura. He guardado silencio hasta hoy, pero ya no tiene sentido seguir callando. Yo soy el producto de la visión de una joven desdichada, ella me imaginó tal y como soy ahora, ella decidió quién era yo y cómo sería el resto de mi vida, si es que lo que viví con Eva puede ser considerada mi primera vida, que no lo sé. Y ahora soy yo aquel a quien ha sido otorgado el extraño privilegio de ver qué va a pasar a toda esta pobre gente que custodia cabras famélicas y saca santos en procesión. Llevo ya muchos años en Chiapas y he aprendido a leer todas las señales que hablan de la sangre que pronto correrá por las calles de la antigua ciudad colonial, mi suerte ya no me importa. No sé qué vida estoy viviendo y hay días que tengo un miedo gélido, o me embarga el rencor y el ansia de venganza, o me compadezco de mi triste carne y de los huesos que inexplicablemente todavía me sostienen. Entonces me siento en la puerta de mi librería y espero a que mis amigos acaben su café diario en El Puente mientras el sonido estridente de los carros, los vendedores gritando su mercancía, las tormentas que en estos meses de verano descargan cada tarde torrentes de agua que revientan las calles entre rugidos bíblicos, y el olor penetrante de los elotes asados, me llevan muy lejos urdiendo mis historias. Suelo estar muy distraído, como ausente. Pienso en Eva, en Leo, en mis compañeros de la Universidad, y no puedo estar seguro de tener derecho a esos recuerdos, así que

¿quién en mis circunstancias no estaría ensimismado y distante? Tal vez por eso dicen algunos que para ser un intelectual parezco muy propenso a ver señales extraordinarias, que a veces desvarío porque creo que la gente que está enfermando y las mariposas, negras como banderas enlutadas, que surcan el cielo de esta antigua ciudad desde hace algunas semanas, son una y la misma cosa. Otros dicen que tal vez me creo un oráculo, pero eso no es cierto. Soy un hombre que ni siquiera posee una vida propia, cómo iba a saber yo nada que valiera la pena a nadie en este mundo. Así hablan de mí. No obstante me quieren, quieren a Denis, el librero francés. Después de todo, no soy tan diferente de todos ellos. Yo mismo empiezo a sentir ese dolor en las mandíbulas de los que han callado demasiado tiempo, hay días en los que permanezco mudo durante horas, y estoy perdiendo peso.

Y veo pasear a esa mujer que parece tan sola, Camelia dice llamarse. Me ha contado que llegó de Chihuahua y a veces me compra libros. La sigue un tipo al que ella llama Hugo, al menos es ese el nombre con el que se dirige a él en voz baja, para que nadie se de cuenta. El tipo ha perdido la cabeza, no se me ocurre otra manera de describir a un hombre que colecciona mitades. La acosa, ha debido hacerle daño, porque me he fijado y creo que ella lo mira con amargura. Nadie más ve a ese hombre, ya he preguntado y nadie más lo ve. Camelia me tiene aprecio, pasa por aquí cada día, toma café allí enfrente. Anda con unos y con otros, pero sé que busca a alguien. Ella supone que yo escribo cosas, estoy seguro, pero algún día le diré que solo las veo. Veo a Marcela, la mestiza de hombros oxidados que lleva pobremente la pensión en la que Camelia duerme cada noche. Veo los muertos que han de llegar. Camelia sabe que algo está pasando, pero aún no puede imaginarse que una guerra va a estallar, para mí, para ella, para todos. Pronto estas calles de San Cristóbal de Las Casas se vestirán de llanto y muchos de nosotros acabaremos, como recuerdos vagos y descoyuntados, barridos por el viento del sureste.

10. Cosas a medias

Las rendijas de la persiana filtraban unos cansados hilos de luz sobre la mesa de la cocina. La tarde se desvanecía fundiendo los tenues amarillos hasta acomodar uno solo, sucio y oxidado, preludio del intenso frío que traería la noche nortea. El bullicio de la polvorienta Chihuahua se desvanecía dando paso a las calladas luces espectrales sobre la catedral, el parque frente a ella y las amplias avenidas flanqueadas de farolas y frondosas araucarias. Me levanté para tratar de ver, entre las rendijas de la persiana, las colinas leves como gasas desdibujándose a lo lejos. Imágenes de un paisaje brumoso que se repartían en segmentos regulares, fragmentadas y diminutas, como viejas diapositivas, hasta que se hizo la oscuridad completa sobre ellas. Solo entonces encendí, como hago cada anoche, la lamparilla de la encimera y me dispuse a ordenar las etiquetas. Aún debía revelar las fotos de mi último reportaje, redactar los textos al pie explicando cada imagen, componer un relato apropiado, contundente, expeditivo, para transmitir qué es el corrido nortea. Pero podría hacerlo más tarde, después de la cena. A fin de cuentas, no resultaría demasiado arduo seleccionar las letras de tres o cuatro corridos para ilustrar lo que significa la música del norte: el desgarramiento del laconismo fronterizo, el dolor sencillo de una tierra agostada por la sed, que siempre sangra por alguna herida. Me será fácil, aunque para ello deba desempolvar algunos de los viejos cassettes que yacen desparramados en un cajón del aparador de la salita. Pero eso podía esperar a la noche. En este momento era necesario poner orden en esa marea de botes desubicados conteniendo toda clase de sobras de alimentos.

Y ahora que mi niña Camelia había decidido tomarse un tiempo para pensar, si bien yo no me siento capaz de imaginar qué es lo que tanto le atormenta, ahora que se ha marchado sin importarle cómo me siento o lo mucho que la voy a echar de menos, ahora que solo puedo esperar a que su aura y su voz regresen algún día conmigo, me quedará algo de tiempo para organizar esta jauría de botes con sobras y recortar las etiquetas para su identificación. Solo temo las voces. Desde que ella se marchó escucho ese aullido interno que la llora todo el tiempo. Dónde estás amor, mira cómo me has dejado, dime si es esto lo que quieres para nosotros, esta muerte a medias, este desvalimiento, este sollozo oscuro de mi alma. Camelia mía, te me has llevado la mitad de todo.

Pero prosigo. He de poner orden entre tantas mitades. La media enchilada de ayer aún podría conservarse un par de días más, me dije. Claro que los frijoles y el queso perderán parte de su sabor, tal vez se vuelvan correosos y algo compactos, pero si lo cubro todo llegado el caso con más láminas de queso y lo horneo bien, me servirán de cena para la noche posterior a la recepción de mañana. Dos botes más para el mole. Los chilaquiles que me trajo ayer Ernesto no aguantarán. Es una porción pequeña, puede que lo cene ahora mismo acompañado de unas tortillas de maíz que aún conservo y una cerveza. El auténtico problema son los yogures empezados y las

ensaladas, sobre todo las ensaladas. La verdura pierde su tersura y, caso de llevar cebolla, todo fermenta hasta convertirse en un amasijo nauseabundo. Pero ¿qué puedo hacer si me alimento estrictamente con lo que mi organismo necesita? ¿Quién podría censurarme el rigor y el método que empleo para registrar milimétricamente mis niveles de acidez o saciedad, controlar mi peso, los flujos biorrítmicos y las proporciones de mi cuerpo? Casi siempre queda algo en los platos, sobras, restos que a ti, mi Camelia idolatrada, te parece que almaceno como un maníaco, oh, cuán injusta eres a veces conmigo. Mira bien cómo lo ordeno todo dentro del frigorífico, observa las primorosas etiquetas que, a partir de ahora, nos facilitarán clasificar los restos de una manera más eficiente y racional. Si sobran, sobran, mi amor. Y desde luego no podemos botar los alimentos en un país de pobres. Qué digo en un país, en un maldito mundo sin misericordia poblado de pobres por todos sus lados.

Te has ido pero sigues aquí dentro de mi pecho, niña quebradiza. Regresa tu voz una vez y otra como un gemido alto y sostenido, como la única nota de una elegía que no cesa, un aullido que atraviesa el páramo frío en el que se han convertido mis días. Mi corazón es un erial sin vida, lleno de despeñaderos y surcos secos de ceniza. Un animal atropellado cuyas vísceras yacen esparcidas por el asfalto. Dónde estás amor, dónde me tienes, qué me estás haciendo. Desde dónde me hablas. Cinco años juntos, acaso no me has querido, es que acaso te arrepientes de algo. Mira qué estás haciendo con Hugo, cómo me has dejado, en qué me voy a convertir. Acabaré tan amortajado como esas sobras que conservo en botes con etiquetas en el exterior. Hecho restos, sobras de lo que fui, fragmentado, amputado, roto, decapitado, sin entrañas con las que darté ese calor que necesitas. Y qué delgada estás, qué demacrada, cómo no voy a cuidar de ti. Deja que te mime, quédate conmigo, qué haces, por qué me estás abandonando. Tesoro, diosa mía, mi niña frágil. Dónde te vas, por qué otra vez al sur, qué te dio el sur sino un pasado obscuro que nuestra historia en común casi llegó a borrar de tu memoria infinita. Si me hubieras dejado estar contigo, si me hubieras permitido seguirte, si no te marcharas ahora negándome tu pelo y tu frente ancha, tu voz de noche y de caverna, tus susurros y las sedosas yemas de tus dedos. Tus pechos breves y tu alma a la intemperie, como una membrana desgarrada. Por qué te vas. Dónde estás que no te alcanzo, dónde que no me llega ya tu humedad de almíbar y la sombra de tu alma peregrina, casi mía.

Pero prosigo. Fue esta mañana cuando mi Camelia se marchó. No he podido dejar de fumar pitillos de marihuana desde entonces. Hizo sus maletas, o tal vez solo era una maleta bien grande, o ninguna, no la miré, y se marchó. Despeinada y rogándome que no la siguiera. Yo la amo perdidamente, pero no he de permitir que la circunstancia de su inexplicable partida, por deprimente que resulte, me desmotive por completo. Además, es muy probable que vuelva antes de lo que ella misma se imagina. Tal vez se desahogue contando alguna pena metafísica de las suyas a alguien más joven que yo, aunque estoy obligado a creerla más inteligente que todo eso, después de todo ella es obra mía. Sí, es fuerte y asertiva, sensata, tanto que a

veces hasta resulta previsible; anodina, diría yo. Pero no creo que se arroje en los brazos del primer desgraciado de pene joven y erecto que decida prestar oído a sus frustraciones conmigo. No lo veo, no. Sería vulgar, y yo jamás me podría enamorar de alguien así, y decididamente por ella estoy loco. Lo mejor será que acabe pronto con esta minuciosa labor de Entomólogo de las Sobras para elegir los corridos norteños que ilustrarán mi artículo, cene los restos de enchilada acompañados de una buena cerveza fría y me acueste. Mañana lo veré todo más claro.

Mañana. Tal vez acuda a la recepción en el periódico la torrencial Anastasia, la novia de Ernesto, hembra voluptuosa, desmedida y sensual. Su único defecto es estar casada con el insípido, incoloro e insustancial de mi mejor amigo. Porque Ernesto es el mejor de mis muchos amigos, pero qué duda cabe que resulta ideológicamente tal estimulante como una coliflor. No sé qué vio Anastasia en él, una mujer de grandes y potentes senos duros, acorazados; ojos verdes, rasgados, lentos, atardecidos. Una mujer de bandera, que a veces hasta parece de izquierdas. Es verdad que solo a veces. Pero le he escuchado defender con pasión la causa solidaria de alguna ONG sin fronteras, asegurar con turbadora ingenuidad que colabora activamente con ellas, que le encantaría marcharse a algún país lejano azotado por el hambre, las enfermedades y la violencia porque seguro que aprendería a valorar mejor su privilegiada vida. Más o menos esas vienen a ser sus palabras. Yo siempre le explico, tratando de no resultar condescendiente o ruin, que ese país es México, que no hace falta que se mueva mucho para encontrar lo que busca, que bastaría un paseo por Ciudad Juárez, solo unos metros más al norte, y que haría bien en no usar la desgracia de los demás como coartada propia de manual de autoayuda. Esto último lo dejo caer con humor no exento de unas dosis homeopáticas de crueldad. En verdad no se lo digo muy en serio, pero ella se enfurece de manera contenida, crispa los labios turgentes y baja sus ojos llenos de pestañas, sus mejillas se encienden como las hogueras de un campamento gitano y esa belleza tan suya parece perturbada por entero, lo que la vuelve aún más deseable. Muy profunda no es Anastasia, la verdad, pero se esfuerza por no resultar banal. Y es bellísima. Esbelta y sinuosa como un junco del que penden sueltas y libres las esferas más jugosas con las que un hombre pueda fantasear, coronadas por unos pezones que imagino pardos bajo las veraniegas camisolas floreadas. Entre las mujeres que pululan por esta destartada ciudad, Anastasia es un acontecimiento.

La verdad es que Ernesto no ha hecho el menor mérito para merecerla. Se casó con una editora de sofisticados libros de arte hace años, poco tiempo después se divorciaron, y pese a que somos muy amigos jamás supe a ciencia cierta a qué se debió la ruptura. Yo por entonces comenzaba mi relación contigo, mi niña Camelia, y estaba demasiado absorbido tratando de que aquello no naufragara como para preocuparme por Ernesto. Sabes que lo nuestro nunca fue fácil, tesoro mío. Tratamos de coser nuestras dos vidas muy apretadas, pero los puntos se soltaban con tanta facilidad que resultaba una tarea extenuante. Sin embargo, te llevabas tan bien con el

estúpido Ernesto, quizás por ese lado tuyo mortificado y sombrío que siempre nos hizo tanto daño, y él te confesó que la relación con Elvira, su primera mujer, había dado en ninguna parte. Ella no parecía muy dispuesta a darle hijos, ni entonces, ni luego. Qué raro que te buscara para compartir contigo este farallón en el que parecía encallada su insignificante vida, porque es verdad que tú tampoco querías hijos, aunque eso a mí nunca me ha afectado como le afectó a Ernesto, desde luego. De manera que trataste de explicarle a nuestro común amigo que traer hijos a este mundo había dejado de ser el único horizonte de muchas mujeres. Podían temer cosas muy distintas, desde perder libertad a averiar su cuerpo, acabar enterradas para siempre con un solo hombre o delegando el cuidado de los pequeños en algún cuidador ajeno a la familia, hacer de esos pequeños no hijos, sino rehenes indefensos de una pasión pulverizada a causa de la corrosiva rutina de los mil días idénticos a sí mismos. Dejar de navegar sin rumbo, desterradas de sí, desenfocadas, clavadas con alfiler a una vida de sacrificios y renunciadas. Podían incluso no temer nada, simplemente podían no desearlo sin ver por parte alguna la necesidad de justificar que el deseo no llegó. Mucho menos interpretarlo como una tara, una desviación o una mancha. Me lo explicaste tantas veces que casi me parece estar reproduciendo tus palabras exactas, aunque si te soy sincero creo que algunas de tus metáforas más brillantes eran mías. El caso es que Ernesto siguió sin aceptar la negativa de Elvira y, unos meses, unas mujeres y muchos vasos de tequila después de aquella separación, conoció a Anastasia. El largo tiempo que había rumiado en soledad le agudizaron la tristeza de su carácter, aletargando esos ojos grandes como murciélagos que se le derramaban despacio sobre las mejillas atolondradas, pero he de reconocer que, a su manera, seguía siendo un tipo guapo. Anastasia, sin embargo, saltaba como un cascabel, brillaba como un cascabel, sonaba como un cascabel. Y quería hijos.

Trato de enhebrar los hilos de esta historia, pero me llegas otra vez como una vaharada, mi tierna Camelia. Me embriaga el tibio olor de tu nuca perfumada de cilantro y limón. Solo nos quedará la tierra amarilla de Chihuahua, que permanecerá cuando ni tú ni yo estemos ya, ni nuestros hijos, ni los hijos de nuestros hijos... Pero qué me estás diciendo, de dónde me vienen estas palabras, quién las susurra a mi oído, dónde estás, qué quieres, quién eres. ¡Cállate puta! Nunca quisiste hijos, decías que son una herida abierta en la que todo el mundo hurga, que nunca reunirías la vileza necesaria para traer hijos a este podrido mundo. Pero este mundo está ahora sin ti, hueco, vacío, estrepitosamente silente, solo, acabado, descosido, deshilvanado, gris, malva, ocaso y solo ocaso. Esos hijos nos habrían salvado, y tú decías que no. Esos hijos que nunca tuvimos nos habrían dado la vida que nos quitamos a dentelladas secas, y tú decías que no. Los oigo jugar en el parque de atrás, podrían ser los nuestros, Camelia mía, gritan y se ríen a carcajadas, su alegría despreocupada se cuelan por las rendijas de las persianas, me llega cada tarde llenando de sonido y colores pastel esa vida que nunca tuvimos. Se cuelan en haces finos por las rendijas de la persiana, mezclados con la luz moteada del polvo en suspensión, una luz

anciana, usada muchas veces, una luz apenas luz. Y ahora te has marchado, y me estás hablando desde alguna parte. Creo que me volverás algo peor que loco.

Pero prosigo. Dejaré los tamales rellenos de carne de res y pasta de maíz cuidadosamente envueltos en su hoja del elote y bien atados. Los conservaré en la gran caja de plástico que guardo en la despensa, llena a su vez con otras cajas de menor tamaño y colores variados, susceptibles de una clasificación versátil y paralela en la que aún debo pensar. Sacaré los frijoles con arroz para almorzarlos mañana y guardaré los tamales, porque horneados aún estarán sabrosos dentro de un par de días. Podré invitar a Ernesto y a Anastasia con tantas sobras, justo lo que tú tanto odiabas, mi niña caprichosa, desordenada como un garabato. Pero ahora no estás, así que no me importa mucho. Las etiquetas ya están recortadas, y creo que usaré mi pluma de cristal de Murano, un delicado objeto punzante de color oliva y violeta en cuya punta unos surcos bien tallados dejan gotear pausadamente la tinta durante, calculo, un largo par de minutos. Nada de etiquetas impresas por ordenador. Ahora que tengo tiempo hasta que regreses a mi lado lo haré a mano, con gracia de escribano antiguo, como un gesto romántico y audaz contra este mundo tecnológico, demasiado veloz e impersonal. Casi siempre cocino los mismos platos austeros y compro los mismos ingredientes, modestos y baratos, así que ingeniaré una veintena de nombres genéricos e iré añadiendo más a medida que me vaya haciendo falta, si fuera el caso. Es cuestión de tener siempre una reserva de tinta y cartoncitos para las etiquetas. Burritos chihuahuenses, tacos, carne asada, frijoles charros, chilaquiles, tamales, enchiladas, ensalada 1, ensalada 2, y así varias más. Restos de Fruta, especial para el mango, papaya, melón; Yogures (también 1, 2, 3... para los distintos sabores), Carnes: de Res, de Pollo; Aguacates. Creo que necesitaré más de veinte. La verdad, haciendo un inciso, es que no me hago a la comida nortea. Prefiero la del Altiplano Central y, sobre todo, la del Bajío. Y recortaré al mismo tiempo las tiras adhesivas para pegar las etiquetas a los botes. Esto estará listo antes de la media noche.

Aún no he contado que, además de ocuparme de gestionar los fluidos corporales y altibajos emocionales de Camelia, trabajo para un periódico. Se trata de La Jornada de Chihuahua. Colaboro de manera eventual, pero me pagan bien y apenas necesito completar mis ingresos. Y están los restos, las sobras, lo poco, que unido a mis hábitos austeros en lo referente al consumo en general, me ayudan a ganar libertad. Por lo común les propongo varios temas cada semana, y ellos eligen el que mejor encaja en el semanal del domingo e incluso me sugieren qué podría interesarles para la semana siguiente. Es un trabajo amable y poco exigente en el que encaja bien mi manera individualista y un punto anárquica de ganarme la vida. También soy fotógrafo, así que no necesito llevar a ningún pendejo afectado a cuestras para realizar mis reportajes. Yo mismo retoco las fotos en mi ordenador y las hago llegar a la redacción con el texto, los pies de foto, todo. Me atraen especialmente los temas sociales, la denuncia, la oportunidad que tengo desde mi modesta tribuna de clamar contra la injusticia, la destitución y la desigualdad, es cierto. Soy de México, tierra

saqueada. Me aguardan un filón de desgracias con solo poner un pie en la calle, así que cómo podría encontrar un tema más oportuno. Nací en Sinaloa, aunque no llevo ni bigote caído, ni espuelas, ni me rompió la madre ninguna mala mujer, como reza el tópico. Tú siempre dijiste que aún habiendo nacido en Sinaloa, yo no era mexicano. Aún no he entendido a qué te referías con eso, tal vez a la ausencia de bigote, cicatriz en la mejilla y un pasado turbulento golpeado por media docena de tragedias. O puede que te molestara mi alergia a los burritos chihuahuenses, eres tan trivial a veces, mi pequeño colibrí desvencijado. Ya viniste de España con la cabeza llena de pájaros, buscando esencias y tópicos de saldo, con un México esquemático y mentiroso en tu imaginación. Qué niña has sido siempre, qué inocente y qué, cómo llamarlo, unidimensional. Tuviste suerte porque me fijé en tus senos suaves, es verdad que no tan aguerridos como los de Anastasia. Fuiste afortunada porque me enamoré de ti y logré mejorarte esas maneras pueriles de ver el mundo. Y de sacarle algún partido a tu cuerpo, mira qué bien hemos vivido hasta ahora. Tú y tus mitos. Capricho tuyo ha sido este reportaje sobre la música del norte, sobre el corrido revanchista y canalla, y mira ahora qué solo me has dejado escribiéndolo. Te recuerdo emocionándote hasta las lágrimas con los sonos de la frontera, memorizando esas letras sobradas de geografías dolientes, de ajustes de cuentas, de tahúres limítrofes. El desgarrar de las voces nasales te arrancaban perlas de los ojos que te rodaban por la cara hasta gotear al confluír en tu mentón delgado. Tú, una hembra que presumía de indómita y brava, canturreando esos vulgares tópicos sobre hombres que se apuestan su mujer en una turbia partida de póker, sobre putas que viven del hueque y mujeres traficantes que lo arriesgan todo para poder casarse con su chulo, y luego acaban abandonadas a su suerte entre Laredo y San Antonio. Quién sabe qué pasado te llevaba a comulgar con esas pependencias.

Tú, mi Camelia, desconcertante e incierta, soneto egoísta, escuálida y muda. No sé qué más querías de mí, por qué te empeñabas inútilmente en desarmar mis argumentos para demostrarme que era un maníaco, un manipulador, un triste payaso homosexual. Cómo podías. Un chulo, qué delirante, cuando los dos estábamos de acuerdo en sacar algún rédito de tu dulce perversión, mi vida. Qué maldades has llegado a descargar sobre mí. Fingías la fortaleza que nunca tuviste, mirabas con una dureza surcada de lagartos que no te pertenecía, atada como estabas a cada minúsculo crujido de tu alma y de tu piel tan blanca. Camelia, niña casquivana y contradictoria. Todas lo sois, aunque me tengo por un progresista que reconoce las verdades del feminismo, es verdad que todas lo sois. A crueldad no te ganaba nadie, y eso que no me la debías, que nunca te golpeé o te insulté, ni tan siquiera habrá quien me haya escuchado gritarte. Perdías la cabeza con facilidad y te debatías como un coleóptero plateado que alguien volteara, ante mis ojos estupefactos. Menos mal que luego podía tomar tus pedacitos llorosos con mis dedos y hacerte el amor en nuestro lecho, despacio y muy adentro entre tus blandos aductores de algodón dulce, como siempre me pedías. Después de cada embestida te lamía la sal de las lágrimas que aún

quedaba en tus mejillas, y en ese momento te sabía mía y solo mía.

Mi puñal, escúchame: no sé qué le has visto a ese sur plomizo que te me está robando, si tu México es el del norte seco. Esos empedrados resuenan en tus oídos hambrientos, el olor de los elotes asados te arrebató y hechizó tu razón. Te equivocas conmigo, tesoro. Ni soy celoso, ni manipulador, ni obsesivo. Solo te quiero, te necesito, vente conmigo, estoy solo y huelo a marihuana y a lluvia de tanto seguir tus pasos por esa ciudad colonial, ven que te abrace, me recordarás penetrando entre tus pliegues perfumados y ya no podrás apartarte de mí otra vez. Laberinto mío. Recorro contigo esas calles empapadas para traerte de nuevo conmigo, Camelia, a este norte de leyenda. El que cabalga, al que le lloran las espuelas tristes. No volveré a reprocharte tus mitos y tus fetiches. Tu México fronterizo que sangra, ese que solo habita en tu cabeza, mi niña, mi tierna niña española, tan ciega, tan muda, tan sola. Abatida te veo por esas calles de San Cristóbal, y hablas con Denis Dubois, el fantasma francés. Qué habrás podido ver en un espectro sin pasado, en un alma en pena que ni recuerdos tiene, en una invención, en un trozo de papel garabateado por una alimaña desquiciada. Él sabe quién eres, porque sabe más que tú, mi luciérnaga ignorante y desahuciada. Caerán entre tus piernas todos los insensatos que se te pongan en el camino, dormirás abrazada a ellos, crearás amarlos, te traicionarán y me recordarás, me llorarás. Luego tratarás de apartarme de tu camino, pero Hugo no se desgarará de ti hasta el final, mi amor, mi flor, mi daga.

Pero prosigo. Ahora solo queda colocar los botes, según tamaños y colores, en los estantes de la alacena y en el frigorífico, según proceda. Algunos podrán conservarse fuera del frío, porque aguantan bien las temperaturas que podemos alcanzar aquí durante las horas del mediodía. Ahora que están todos colocados sacaré con cuidado de la hilera los chilaquiles que Ernesto me trajo ayer, esos no aguantarán otro día más, y los cenaré acompañados de una cerveza fría. Creo que esto ya lo he dicho. Ernesto se acercó ayer a casa para almorzar conmigo, y se trajo la mitad de los chilaquiles que él y Anastasia habían preparado la noche anterior. Quería hablarme de ti, lo que al principio me extrañó. Que tú me hablaras de Ernesto era cosa casi frecuente, para mi eterno tedio, pero qué diablos podía saber Ernesto de ti. Para él no habías sido otra cosa que el trapo con el que enjugar las lágrimas que derramaba desahogando sus soporíferos problemas con las hembras. No creo que jamás haya escuchado una sola palabra sobre tu vida con interés sincero. Tú no le importabas lo más mínimo, mi criatura imposible y poliédrica, solo buscaba el bálsamo de tu presencia, esa paciencia beata que siempre tuviste con todos menos conmigo. Vino sabiendo que no estarías, de eso estoy seguro. Es probable que recordara tus encuentros de los miércoles con un grupo de amigas. Vio la maleta hecha a medias en el sofá de la sala y la miró sin expresión, creo recordar que no llegó a preguntarme nada y yo no le di importancia a su mal fingido desinterés. De hecho yo mismo todavía pensaba que no llegarías a marcharte de verdad, para siempre. No sé qué maleta te llevaste, me confundes tanto amor.

Esto fue lo que sucedió. Colocamos una parte de los chilaquiles en el horno para recalentarlos y abrimos dos cervezas Tecate, puse los platos y cubiertos en la mesa de la cocina y comenzamos a charlar como si tal cosa sobre la recepción a la que ambos acudiríamos dos días después. El periódico La Jornada de Chihuahua se engalanaba para celebrar por todo lo alto sus treinta años de andadura y los jefes habían preparado un evento de lujo en el que participarían algunos periodistas veteranos. Le pregunté como quien no quiere la cosa si Anastasia iría, y me dijo que aún no estaba seguro. Ella trabajaba en una agencia inmobiliaria y a veces no lograba salir hasta muy tarde. Suerte que aquello acabaría pronto, en cuanto ella quedara embarazada dejaría el trabajo para ocuparse de la casa y los niños. Los que vinieran. Querían tres o cuatro. Le recordé la edad de Anastasia no sin cierta malicia, y Ernesto encogió los hombros despreocupadamente mientras masticaba unos cacahuets, como si aquello no fuera con él.

No disponíamos de mucho tiempo, así que nos sentamos a almorzar. Mientras elogiaba los sabrosos chilaquiles me percaté de que el semblante de Ernesto se endurecía. Miré tu maleta de nuevo, allí en mitad de la sala, hecha a medias. Algunos pares de calcetines, camisetas de algodón, dos o tres novelas, un sombrero de fieltro. Pensé si de verdad te conocía, si reconocía tus cosas, si había sido mía aquella mujer que se largaba con todas sus metáforas baratas, que me reprochó estar harta de mitades, sobras, restos, y que no quería esperar a ver si aquello era solo la mitad de una pesadilla, y que se iba y tal; si conocía a esa mujer vanidosa que creía poder abandonarme o si lo que se alejaba de mi era un espectro, una elucubración, una apuesta malograda, un mal sueño. Quién había vivido conmigo todo este tiempo, porque esa que se iba se acostaba con otro, se dejaba penetrar, succionar y morder por otro, discutía con otro, lloraba por otro. Yo tenía que ser otro para ella, distinto del hombre que soy, porque de haberme conocido cabalmente habría aprendido a amarme como yo la amaba y a apreciar devotamente lo que hacía por ella. No podía ser verdad, ella no existía, ella y yo nunca nos habíamos conocido; dos extraños se encontraron, lucharon por entenderse y fracasaron. Y todo ocurrió muy velozmente, sí, casi no llegué a conocerla. Qué pensamientos tan negros, me dije. Volví de nuevo la cabeza al escuchar murmurar algo a mi lado. Después de un par de largos silencios Ernesto empezó a hablar.

—No sé si sabes por qué se va, Hugo. Algo muy serio le está pasando, algo que ni tú ni yo somos capaces de entender.

—Vamos Ernesto, no se va a marchar a ninguna parte. Me necesita como el plano al arquitecto.

—Deja de fingir, porque la pierdes. Ella me confesó cosas, Hugo. Cosas muy extrañas que le han pasado, que ella siente, cosas que está buscando todavía. Sus recuerdos tienen sonidos, texturas y olores, son de los que no se extinguen. Los lleva dentro y la están arrastrando. Se la llevan.

—¿Qué te ha dicho de mí, eh? ¿Te ha hablado de nosotros?

—No seas paranoico, Hugo. Qué más da eso ahora, además no hacía falta que me hablara de ti para saber que las cosas entre vosotros no iban bien. Olvídate de mezquindades y habla con ella. Se va a Chiapas y...

—¿Cómo demonios sabes tú eso?

—Lo sé, qué más da por qué. Me lo dijo ella. Chiapas está a punto de entrar en combustión, amigo. Huele a guerra, lo dice todo el mundo, a la izquierda y a la derecha, y créeme que a ella le puede pasar algo. Y no me refiero solo a que la secuestren, la hieran o la detengan. Hugo, creo de verdad que la puedes perder para siempre.

Ernesto miró la maleta de reojo y siguió masticando despacio, con los ojos de hurón triste derramados sobre las mejillas inconexas, como ausente o algo parecido. Qué había pasado entre ellos, qué sabía de ti que yo ignoraba, o el muy imbécil tal vez trataba de provocar mis celos, aprovechando mi debilidad, lo herido y vulnerable que me sentía ya sin ti. Eso. Fingiendo que sabía cosas extraordinarias y secretas sobre tu persona, que habíais hablado de asuntos íntimos, que conocía las supurantes rendijas, las suturas y remiendos de nuestra relación, tramaba una venganza por mis indisimulados coqueteos con Anastasia. Lo pensé y empecé a desear de una manera violenta y dislocada sus pechos erguidos, el cuello terso y esos labios jugosos y entreabiertos como la línea que rasga el cielo al amanecer. Sentí la llamada de sus caderas, su pubis que adivinaba protuberante y perfumado, abierto en canal para mí con todos los vapores escapando, un follaje negro herido de púrpura en su centro. Me enfurecí, golpeé la mesa, tal vez perdí los estribos. Empecé a gritarle a Ernesto, arrojé los chilaquiles contra el sofá, cayeron sobre la maleta y ensuciaron tus cosas. Los golpes y los insultos me parecían en cierto modo desproporcionados, hiperbólicos, acrobáticos. Pero esta consideración que filtraba despacio alguna parte de mi razón no pudo contener mi ira, que sentía crecerme por dentro como una gigantesca verga retorcida, cruzada de venas y a punto de eyacular a borbotones sobre los blancos pechos de Anastasia. No pude detenerme. Le dije que era un frustrado hijo de puta, que deseaba a mi mujer porque Anastasia le quedaba grande, y porque mi niña era la única que escuchaba sus pendejadas, que estaba enfermo de celos porque yo dormía con una y podría hacerlo con las dos si me lo propusiera, entrando como un descomunal miembro bífido en los cuerpos tendidos y entregados, abriéndome paso con ambas manos hasta agarrarles desde abajo el palpitante corazón. La cerveza se derramó por el mantel de cuadros y más allá, alcanzó el suelo, las paredes, y me alegré al ver el pantalón de Ernesto manchado, los chilaquiles esparcidos por las mangas de su camisa, la chaqueta de franela gris, la elegante corbata color de rata a rayas. Pero allí seguía, con macilenta expresión de muerto, sin perder el sosiego, sin arquear una ceja, sin respirar casi. Inmóvil. Y cuanto más quieto Ernesto, mayor se hacía mi inquina. El rencor me recorría los brazos hasta palpitarme en las yemas de los dedos. Inexorablemente me alcanzó un veneno caliente que volvió humo mi conciencia y que ensartó uno a uno mis sentidos hasta no dejar opción a nada más. La

sangre me cegaba la mirada y podía sentir su sabor dulzón en los labios, incapaz ya de detenerme. Ernesto se hizo pequeño, su rostro perdió el color, sus manos traspasaron el mantel sobre el que reposaban. Hasta que desapareció sin que yo pudiera ver, en mitad de mi furia bíblica y de mi propio cataclismo, por dónde había escapado. Simplemente se esfumó, después de quedarse quieto, gris y frío. O yo dejé de verlo.

Ahora paseo detrás de ti por los húmedos empedrados, entre góticas mariposas negras, como una exhalación errante que te sigue los pasos. Escucho murmurar a quienes hablan de guerra, quienes se emboscaron en la selva espesa, quienes esperan. Son cientos de soldados, tal vez miles y no odian. Tienen hambre, dicen que de justicia y dignidad. Viejas consignas abusadas. Yo solo veo que te pierdes, que te has ido con los gigantescos y terroríficos lepidópteros y estás oculta entre las alas de uno de ellos, que te llevan, que te acunan. Te cantan cerca de la nuca y te llega el aliento tenaz de las descomunales polillas, como cuando tu padre te cantaba, Camelia mía, abrazado a ti en las amorosas tardes de tu infancia. Te estoy perdiendo, ahora sí. Mucho me temo amor que nos pierdes a los dos, que me voy contigo, mi esposa, mi flor, mi puñal. Te veo acercarte a un círculo de muertos. Ruge el polvo, huele intensamente a elote, sangre y lodo, lloran sin consuelo los indios de maíz. Lástima que no te des cuenta del largo viaje que he hecho solo para morir contigo. Solo para morir contigo, lágrima mía, y así tenerte para siempre.

Pero prosigo, a tientas. Ernesto ya no estaba en la cocina. La pesadumbre me oprimía el pecho. Estaba solo. Puedo decir que un largo escalofrío me recorrió y no mentiría. Ernesto había tratado de decirme algo importante y yo lo había insultado, por envidia, por desprecio, por mis celos, por los celos que imaginaba en él, y que se mezclaron con los míos. Los vi revolcarse juntos hasta confundirse con las sobras que escapaban de los botes rotos. Esa mujer, Anastasia. Al parecer, ya no necesitaba tenerla enfrente para perder la cabeza, ni poseerla para que ella me poseyera a mi. De nuevo una mujer era responsable de mi humillación. El caso es que aquí estaba ahora, rodeado de cristales y plásticos, de etiquetas con la tinta corrida y salpicadas con los alimentos que estaban llamadas a clasificar, de sobras, de salsa y cerveza derramada, con tu maleta a medias sobre el sofá, tus cosas manchadas y sin saber nada de ti desde que te marchaste esta mañana o hace dos mil días. Me pregunté, entre toda la inmundicia y la sangre, de qué urgencia habría brotado ese modo atropellado y ciego de irte, que ni maleta llevabas. Algo te vi entre los brazos, es verdad, pero no puedo asegurar que fuera una maleta. Parecía un bebé, pero debo estar delirando, porque no hemos tenido hijos. Creo que fue en mitad de esas ideas arrancadas con esfuerzo a mi memoria reciente, cuando sonó el teléfono, y pude oír la voz de Anastasia al otro lado.

Me preguntó por Ernesto muy alterada, me dijo que sabía que pensaba almorzar conmigo y que lo esperaba desde hacía más de veinticuatro horas. Medité en silencio mientras me llegaba su voz sensual, agitada pero cálida. Tal vez estaría desnuda, o

envuelta en una escueta toalla, los pechos húmedos y turgentes apretados con un suave lazo de felpa anudado en el centro. No dije nada mientras la oía reprocharme que no se había fiado nunca de mí. Callé. Bajé los ojos para comprobar sin sorpresa que el suelo de la sala estaba regado de sangre, mis pantalones goteaban sangre y mis manos olían a sangre. Paseé la lengua por las comisuras de mis labios y, antes de desear otra vez los blancos frutos de Anastasia, cuya voz me alcanzaba como los rayos de un sol indeciso, percibí un inequívoco sabor a sangre. La corbata color gris rata colgaba de mi cuello. Supe entonces que no llegaría a ordenar del todo los botes conteniendo cosas a medias, que no acabaría ese artículo sobre la música del norte, que no volverías, mi flor, mi lirio, mi puñal. Llamaron con violencia a la puerta. Anastasia seguía gritando en el auricular. Echaron la puerta abajo. Respiré hondo, escuché voces alarmadas. Cerré los ojos y colgué el teléfono.

11. Ernesto y el sur

Cuando me bajé del autobús que me llevó hasta San Cristóbal ya estaba muerto. No lo supe porque mis pies hubieran dejado de tocar el suelo al caminar, de hecho los arrastré a conciencia en la explanada de la estación hasta levantar una polvareda que provocó miradas de desaprobación entre los viajeros. Tampoco llegué a esa conclusión porque de repente comprobaba que me había vuelto transparente o algo así. Si me miraban con desdén por mi comportamiento impertinente, era porque debían verme. Traté de atravesarme el cuerpo con las yemas de los dedos, a la altura del estómago. Hundí los dedos en la carne con fuerza, hasta hacerme daño, pero no conseguí atravesar mi piel. De alguna manera todavía existía, pero estaba muerto. Como gentes de Rulfo, en otro tiempo. Tampoco puedo asegurar que aquellas manchas de sangre en mis pantalones tuvieran algo que ver con la causa de mi defunción, porque parecían ya secas y cuarteadas. Lo que ocurrió para que aquellas manchas llegaran hasta allí debió pasar hacía días, tal vez semanas. Y yo había muerto recientemente, según unos cálculos improbables que acaso no estaba en condiciones de hacer. Es probable que ocurriera durante las largas horas de viaje al sur, en el asiento de aquel autobús, camino de ti.

A qué he venido. No es común que un muerto ande tomando decisiones sobre la vida que ya no tiene. Al menos eso es lo que nos enseñan mientras aún estamos vivos y no hay razón, fuera de los desvaríos de la religión, para pensar lo contrario. Yo nunca me consideré creyente antes de morir, en el supuesto de que esté verdaderamente acabado. Anticlerical, pues tampoco. Estar contra los curas y la Iglesia solo procede si uno está a la vez a favor de alguna otra cosa que guarde relación con ellos, y con respecto a la cual ellos son una farsa. De lo contrario sería como estar contra las directivas de los equipos de fútbol sin ser previamente un aficionado de ese deporte o, no sé, un defensor de su pureza. Tiene sentido estar contra los curas si de algún modo se está del lado de Dios, y yo desde luego no estaba del lado de Dios, aunque a veces me pareciera que Dios sí se ponía de mi parte. Por ejemplo cuando te encontré, en uno de mis momentos más tristes, y me tomaste la mano bajo aquel inmenso laurel del parque. De repente comenzó a caer una lluvia fina y caliente, hubo una estampida de insectos diminutos y la tierra polvorienta enmudeció. Dios debía estar escondido entre tus pestañas, enredado en tu cuello, acechando desde tu voz de sombra y de caverna. Ahora puedo decir estas cosas obtusas o contra la lógica porque estoy muerto y la coherencia ha dejado de interesarme, pero nunca me atreví a hablarle en versos a nadie mientras estuve vivo. A nadie excepto a ti, Camelia.

Por eso he hecho este viaje hasta el final, ya sin vida, solo para buscarte y reunirme contigo aquí en el sur. Llevo semanas añorando tus manos delicadas y sabias, que siempre sabían procurarme el consuelo, conjurar la lástima que he sentido por mí mismo desde que supe que nunca podría hacerte mi mujer. Hugo no logró

cambiarte, ese demente. Se jactaba de haberte descubierto, de haberte enseñado todo lo que sabías, de dictarte las metáforas. Solía decir que no entendía nuestra amistad, que yo no era más que un tipo gris y malogrado, y tú su obra. Afectado imbécil. El hombre de las cosas a medias era, qué paradoja, un completo cretino. Le irritaba que me quisieras y me consolaras, las horas que dedicabas a escuchar a este cúmulo de chatarra, a este fracasado, al iluso simplón que solo quería ser feliz, pero a tu lado. Y tú, querida mía, cansada de la complejidad ruin y desalmada de Hugo, lastimada a fuerza de estrellarte contra su hierática frialdad, sola y tan llena de verdad, cuántas veces habrás buscado mi pecho para recordar quién eras. A salvo del feroz y taimado Hugo, el mariguano. Cuando lo conociste ya fumaba durante el tiempo que otros emplean en respirar. Marihuana norteña, la mejor. Liaba pitillos muy finos con sus dedos cortos y lentos, guardaba silencio durante largos minutos y miraba desconfiado a quien estuviera delante de él. Hasta que encendía el cigarro de hierba y se recostaba despacio entre sus pensamientos y el humo denso, con la actitud de un cazador. Desde que lo viste por vez primera te quedaste clavada a su mirada verdosa y a las bellas arrugas que le marcaban el rostro. Pegada como un insecto a una de esas telas adhesivas que la gente cuelga de las puertas ardientes en verano. Te recuerdo como el más hermoso e intenso de los insectos, agitando las alas membranosas, arrancándose los élitros de desesperación, luchando por su vida minúscula, debatiéndose ante el altar del sacrificio, llorando de rabia por no saber morir de otra manera que en brazos de un sicario moral que parecía encontrar su mayor distracción en hacerte saltar para esquivar las balas bajo tus pies. Envidié mucho a Hugo solo viendo cómo lo amabas, pero jamás habría querido ser él para tenerte con toda su vileza.

Es curioso, porque nunca trató de agredirte o te levantó la voz y nadie le oyó, tampoco tú, ofenderte con palabras. El dolor que Hugo te daba provenía de los fondos turbios de vuestro vínculo. Te llegaba como esas zarzas que arrastra el viento del desierto norteño. A veces era un latigazo que se hacía esperar largamente, como el que sentías cuando se levantaba tras una argumentación cuya cuidadosa elaboración te había dejado exhausta, y volvía impasible con un pitillo de marihuana en una mano y el mismo reproche, súplica o reflexión absurda que desencadenó una discusión de horas, en la otra. Y te miraba con esa sonrisa tan suya esperando que empezaras de nuevo. Y mostraba estudiadamente sus dientes, esa hilera perfecta de mentiras. Y tú volvías torpemente a reconducir tus argumentos, mientras él fumaba hipnóticamente. Te reducía a polvo, dejabas de existir hasta que Hugo te recogía del suelo y te convertía de nuevo en su juguete, un juguete cada vez más averiado, como un viejo trasto que poco a poco va perdiendo las ruedas, el volante, la cabina, el remolque, hasta convertirse en el espejismo arruinado de una camioneta. Cuántas veces me habrás contado episodios como ese, sobre todo en los días finales de vuestra relación. Una agonía que Hugo nunca llegó a aceptar, y que tú te empeñabas en explicarle día a día hasta que decidiste escapar apenas con un par de bolsas apesuradas en las manos, y una pequeña maleta que preparaste a hurtadillas, dejando otra más grande con unas

cuantas ropas desparramadas en vuestro sofá. Ya no eras capaz ni de urdir una estrategia convincente, tu puesta en escena era un desvarío, pura incongruencia. Fue entonces cuando me buscaste para despedirte y cuando pude ver que de ese viaje ya no volverías.

No eran hijos lo que yo quería, Camelia, era a ti. Traté de olvidarte con Anastasia, pero antes de ella dediqué muchas horas a borrarte de otras maneras, tan inútiles como trágicas. Comencé escribiendo sonetos. Llegué a acumular cientos de ellos, galimatías con rima fija, locuras trituradas en verso, tú encerrada en decenas de endecasílabos, fracturada en cuartetos, amor, te escribí de mil maneras y ninguna de ellas te abarcaba. Me encerraba solo a beber y a escribir, hasta que la poesía llegó a parecerme la encarnación misma de mis despojos. Así que cambié de táctica y comencé a emborronar papeles en prosa, narraciones cortas y tan insustanciales como los versos con los que trataba de engañar, abducir, conjurar la pasión que me rompía por dentro. Tampoco te merecían. Lo único que conseguí tratando de volcarme en el papel fue producir hordas de espectros tullidos que acababan tomando cuerpo y movimiento en mis pesadillas nocturnas, que al cabo se alimentaban de mis propias criaturas literarias. Los seres que describía en mis lóbregos relatos se congregaban y volvían tridimensionales cada noche, o era al revés, y eran esos seres de la noche quienes pasaban a existir en el papel y de ahí volvían a mi cabeza para ganar un hálito feroz en mis peores sueños. Llegó un momento en que bebía más de lo que escribía tan solo para olvidar lo que escribía. Llegó otro momento en el que pensé que exorcizar mi fracaso contigo castigándome con mi propia oscuridad era algo que, esta vez, puede que no me mereciera.

Entonces comencé a jugar. En la esquina de la calle 32, frente a mi casa, había un tugurio infame que los borrachos frecuentaban y que funcionaba como licorería, salón de juegos de azar y miserable prostíbulo. Desde mi balcón había observado muchas tardes el rítmico ir y venir de las almas perdidas, gentes desgarradas y sucias, entrando y saliendo de la pequeña cantina. La pared encalada junto a la entrada estaba tan mugrienta que resultaba inútil tratar de imaginar cuál había sido el color primigenio, y la puerta verde de madera que daba entrada al lugar emitía un lamento prolongado al abrirse que el paso de los años no había mitigado. Calculé qué pieza de la bisagra podía tardar tanto en desgastarse, cómo podía un alarido metálico sobrevivir a un par de relaciones sólidas aunque malgastadas, tres o cuatro romances huecos, doscientos sonetos, mil litros de tequila y toda la ingente soledad de los últimos cinco años sin tenerte, no al menos de la manera en que yo deseaba hacerte mía. Un día bajé y me dispuse a entrar en la cantina La Ennogada, el nombre dulce y poblano que dieron a aquel lugar inhóspito. Flotaba densamente en el aire la alegría quejumbrosa del mariachi, sus violines y acordeones mezclándose, como una sustancia más, con el humo de tabaco y el sudor de los cuerpos carcomidos por el alcohol. Entrar en aquella atmósfera hedionda era, de todas maneras, como entrar en el mundo y dejar fuera una mala copia. Y el hecho mismo de percibir así aquel

infierno poblado de perdedores barbudos e hirsutos era más perturbador que el lugar mismo. Pero era mi sitio, al menos en el canal de mi vida que llevaba algún tiempo sintonizando, y que solo aquí parecía emitir con nitidez. La cantina de los hermanos Gonsálves era una vieja veterana entre los agujeros podridos de la ciudad. Se había fundado en 1898, la era de los exilios.

Dentro de la cantina el aire parecía invadido de algo peor que el olor acre de todo un siglo de cartas y ajustes de cuentas, las mesas de madera ennegrecidas y desgastadas por los codos de varias generaciones de tahúres, tantas apuestas que al alba acababan en peleas a cuchillo, el roce de las ásperas barajas y el de las miradas ávidas de los observadores que cada partida congregaba. El aire olía a enagua húmeda, a guaro y a la transpiración de los cabellos ahogados bajo viejos sombreros de ala ancha; a cuero enmohecido, tabaco, botas de reptil grabadas, sangre seca y orín. El hedor encanallado del lugar al que solo se desciende cuando el tormento ha dejado de experimentarse como algo pasajero, una viscosidad lejana que nada tiene que ver con uno, el lodo que se agarra como una zarpa al alma, pero que se disipará con la luz del nuevo día. Si te quedas unos minutos allí, escuchando las voces roncadas de los tipos que, pegados a las paredes y a la barra, parecen llevar ebrios y vencidos desde la fundación del lugar, oyendo esa música norteña que suena en alguna parte desgranando historias secas y directas con la ternura embaucadora del acordeón, percibiendo como una oración el tintineo hipnótico de los vasos al chocar entre sí y contra la madera astillada del mostrador, y ese murmullo casi místico que cose el conjunto tan apretado que es imposible discernir los diversos ingredientes sonoros, si te quedas unos minutos allí, hechizado por esa melodía compacta que mece el aire como un maleficio, puede que ya no abandones el lugar nunca más. Da igual que regreses al catre en el que duermen tus huesos.

Ramiro, el brasileño, me habló una madrugada de los tipos que fundaron la cantina, unos españoles refugiados en México, mientras frotaba con un trapo hediondo la barra y chasqueaba la lengua de la manera que solía hacerlo, arrugando los ojos y encogiendo la nariz, todo al mismo tiempo, en una mueca compleja que se repetía a intervalos regulares mientras hablaba. Llegaron a Chihuahua y encontraron un calor que les recordaba al de algunos pueblos del occidente andaluz, de manera que se quedaron en aquella región seca de la que una brizna de sensatez habría aconsejado marcharse. El negocio no prosperó y entonces arribaron, ya a comienzos del siglo, los brasileños hermanos Gonsálves, para reconvertir el cándido pero ruinoso rincón de gastronomía española en un refugio de tahúres de toda condición. Eran nordestinos, de un pueblo próximo a Fortaleza, en el estado de Ceará. Unos asiduos de las tierras secas, y se acostumbraron pronto a la aspereza de Chihuahua.

Frecuentaba La Ennogada casi cada noche, y perder todo mi dinero no fue lo peor que pudo pasarme. Apostaba fuerte, pero como lo hace quien busca coartadas para perderse, no hacer dinero. Sabía que nunca podría ganar nada jugando contra aquellas

huestes que me aventajaban en todo lo que podía hacerse allí dentro. Apostaba, no lo sabía entonces, para perder. Solo lo supe cuando me quedé sin blanca y una sonrisa triste asomó a mis labios. Montones de pesos acabaron desapareciendo por el sumidero de mis desdichas, me estaba apostando el alma cada noche, y cuando me alcanzó la ruina seguí jugándome lo que aún poseía, mi casa, el carro, algunas joyas que mi madre me legó y que pertenecieron al único antepasado ilustre que al parecer he tenido, un hacendado henequenero que hizo una gran fortuna en Yucatán, entre Mérida y Celestún, junto a las cálidas playas del Golfo de México. Su imperio tropical se vino abajo cuando el henequén, el oro verde, sucumbió a la codicia de los hombres y a los embates de la fibra sintética. Un ocaso como el del oro negro amazónico, pero con la transparencia luminosa y el verdor de las selvas bajas de Yucatán.

Una noche empezaron a reclamarme las deudas, y yo no pude responder. Mi descenso a las cloacas, supe entonces, no había empezado aún. Me seguían, encontraba matones apostados a la entrada del periódico en el que trabajaba, notas en la puerta de mi casa con amenazas inenarrables y animales desollados. Fueron semanas en las que bebía constantemente para burlar el pánico, en las que conciliar el sueño consumía todas mis fuerzas. No conseguía descansar un minuto, obsesionado con la irrupción repentina de unos sicarios dispuestos a molerme a palos. En la redacción empezaron primero a preocuparse, luego me advirtieron con buenos modales, por último me amenazaron con el despido si mi rendimiento en el trabajo no remontaba. Apenas lograba entrar en el periódico a la hora fijada, no entregaba a tiempo los materiales y, cuando lo hacía, me llegaban de vuelta salpicados de correcciones. Todo se me iba de las manos, enfermé, creí y deseé que el fin estuviera cerca, traté de mantenerte lejos de mí, que no me vieras en ese estado, hasta que un día Anastasia me encontró. Fue en una recepción del periódico a la que acudí sin ganas, solo para aparentar que aún no estaba del todo acabado. Es probable que ella se sintiera atraída por el intenso olor a desgracia que debía despedir mi presencia, el aire de abandono casi suicida, la promesa de algo distinto a lo que solía encontrar en sus insulsos ambientes de trabajo, entre sus eficientes y tediosamente previsibles compañeros de la inmobiliaria, entre los clientes a los que cada día explicaba con una sonrisa ortopédica las incontables ventajas de aquel ático abuhardillado para esa vida bohemia con la que soñaban, del funcional apartamento de soltero para el recién divorciado, de la alegre casa con el jardín ideal para los columpios de los niños. Acudió invitada por Lupe, amiga suya y una de las colegas de la redacción, y aquella noche la fui descubriendo en el transcurso del lento movimiento de cámara con el que me abría paso indolentemente entre la multitud allí congregada. Ella estaba apostada en una de las pretenciosas columnas dóricas de la sala de convenciones, un antiguo palacete colonial que los fundadores del periódico habían reformado parcialmente con impagable mal gusto. Anastasia sorbía lentamente un cóctel color ámbar en el que flotaban algunos hielos, envuelta en un vestido de seda azul, acaso demasiado

vaporoso para sus redondeces, el pelo suelto y ondulado, las pestañas cuidadosamente impregnadas de máscara negra enmarcando una mirada oscura, rotunda; labios carnosos pintados de violeta y caderas abundantes embutidas en un fajín de raso de un azul algo más oscuro. Unos altísimos y finos tacones de charol completaban el retrato de aquella mujer que escuchaba con aire distraído a un tipo escuálido y levemente grasiento, con expresión de relevancia e ínfulas de experto en todo lo que ella necesitara saber.

Anastasia se me acercó anunciada por un perfume que, en pocos segundos, nos había envuelto a los dos. Olía a jazmín y me pareció majestuosa como un albatros. Yo no estaba en situación de sentirme merecedor de una mujer así, de manera que me había limitado a contemplarla con calculado disimulo, tratando de que no se diera cuenta. Pero ella no debía encontrar en aquella sala otro motivo de distracción que este tipo escurrido y ojeroso que era yo, alguien escondido bajo un holgado traje sastre y que probablemente no encajaba de ningún modo en aquella amalgama de reporteros gráficos y editorialistas de prestigio, escritores, ensayistas, columnistas, críticos y otras afectadas gentes de lo que se conoce como el mundo de la cultura. Se acercó a mí cimbreándose con una copa en la mano, como quien abandona una película de cine negro al descubrir algo más apetecible fuera del guión, probablemente al acecho de alguna emoción de las que valen el nombre, una de las que se sacrificaron en el camino de una vida sensata, rectilínea y estable. Conversamos y bebimos hasta que la recepción acabó, y luego le propuse acompañarla a su casa.

Nos besamos sin demasiados rodeos en la despedida, o para ser precisos, ella me besó a mí y yo le correspondí discretamente. Consideraba mi propia persona demasiado inmunda para soñar el asalto a una sensualidad tan dueña de sí. Prometimos llamarnos para salir juntos en los días siguientes. Pero durante el trayecto de regreso a mi casa un puñado de tipos cubiertos con capuchas y armados con cuchillos, salieron de alguna de las oscuridades de la noche nortea y se me echaron encima. Me insultaron y apalearon, rematando la faena con un par de certeros navajazos que pude sentir perforándome el blando abdomen de manera casi indolora, pero mortal. Caí desplomado y ellos se evaporaron en la noche. La sangre comenzó a manar caliente entre los dedos que agarraban la herida. No fui capaz de recordar nada más en mucho tiempo. Eso pasó hace semanas, tal vez meses, de manera que la sangre reseca que llevo en los pantalones no puede deberse a este funesto episodio de mi caída definitiva en el abismo, porque después de eso todavía tuve a Anastasia. No mucho tiempo, pero recuerdo que la tuve. O puede que lo soñara mientras la vida se me escapaba del cuerpo en aquel sórdido callejón. Soñada o no, sé que no pude desecharla ni un solo día como te deseaba a ti; que Hugo se enamoró de ella y que discutimos varias veces porque sabía que no podría tenerla mientras la misma Anastasia no reconociera otro afán que transformar esta ruina de hombre, el pobre y devastado Ernesto, en algo con lo que ella pudiera compartir su vida.

Debí recuperarme de aquello, y sí viví fue milagro. Anastasia me cuidó y prometió averiguarlo todo, pero logré convencerla, en los fugaces momentos en los que abría los ojos y me parecía recobrar la conciencia, medio ciego por la luz que se colaba desde un ventanuco alto, de que lo dejara estar. Los matones no volvieron a por mí. A los pocos días dejé mi casa y me fui a vivir con Anastasia. Recuerdo que la mayor parte del tiempo lo dedicaba a descifrar qué razones podían llevar a una mujer como ella, sagaz, cariñosa y muy atractiva, a compartir su vida con un desecho de hombre, incluso a arriesgarla por él. Tal vez le atraía el misterio que encerraba toda mi distancia, que inexplicablemente ella nunca interpretó como desamor. Quería ser amada por mí, y a veces ese reclamo era como una plegaria infatigable que me llegó a asfixiar. Me miraba largamente a los ojos hasta hacerme sentir unas ganas irreprimibles de abofetearla. Desprendía una generosidad que administraba con meticulosidad, de hecho me hacía el amor con una destreza casi pedagógica, como si quisiera mostrarme el camino para reinsertarme de nuevo en el mundo a través de su atlética vagina y de los calculados recorridos de sus manos sobre mi torso desnudo, adiestrarme en las rutinas de un amante satisfactorio, en las frecuencias esperables de los encuentros sexuales, convertirme en la clase de hombre con el que poder casarse y tener hijos. Por mi parte, está claro que deseaba tenerla cerca; de algún modo me hacía aparecer ante los demás como un montón de estiércol con posibilidades, un tipo no del todo desahuciado, porque alguien a quien una bella mujer como ella quería a su lado con ese afán no podía estar tan malogrado como se rumoreaba. A veces era yo el que la miraba a los ojos y le preguntaba si todo aquello nos estaba pasando de verdad, y entonces ella entornaba los ojos, sonreía y callaba. Hugo no perdía ocasión para recordarme mi fortuna y hablar con asombro de Anastasia, de la increíble oportunidad que la vida me había regalado con esa mujer, mientras yo guardaba silencio atisbando en su interior y tratando de descifrar lo que en verdad sentiría él por ti, Camelia. Con Anastasia todo era fácil. Deseaba tener hijos y de hecho lo intentamos durante unos meses, hasta que, en algún momento indefinido que ahora, desde mi nueva y dudosa condición no logro poner en pie, desaparecí de su vida para siempre.

Fue un mediodía caluroso. Había quedado con Hugo para almorzar. Llegué a vuestra casa y vi tus cosas en el sofá de la sala, esparcidas sobre una maleta abierta, y pregunté a Hugo por ti. Se echó a llorar y me suplicó que le escuchara, porque el tormento en el que vivía iba a llevarle a cometer alguna necedad —creo que esas fueron sus palabras exactas—. Me dijo que te amaba más que nunca y que estaba dispuesto a dejarlo todo para buscarte en el sur, porque sabía que era allí, en San Cristóbal, donde te habías refugiado para poner tus emociones en algún orden reconocible —creo que esas fueron las palabras que él te atribuía—. Supe entonces que sus coqueteos con Anastasia no pasaban de inocuos entretenimientos sin ninguna trascendencia, y empecé a reconocer con amargura que mis argucias para salir juntos los cuatro y que entre ellos se abriera una confianza mayor, al amparo de la cual

podría yo acercarme más a ti, no habrían llegado a nada. Sollozó con el rostro sepultado entre los pliegues de una pasmina tuya color aguamarina. Quién sabe si fingía o no; tal vez la marihuana que fumaba constantemente lo mantenía fuera de sí para poder soportar tu ausencia. No puedo precisarlo porque repentinamente una furia mayor que todo lo que me había poseído hasta entonces invadió cada arteria de mi cuerpo, transportando el odio a una velocidad demoníaca que sitió mi voluntad. Me levanté de un salto y arrojé la mesa sobre él, los chilaquiles y la cerveza Tecate saltaron por los aires impregnando su cara atónita y húmeda, manchando las paredes de la cocina, alcanzando tus ropas sobre el sofá. Proferí todos los insultos que conocía, los que había venido almacenando contra ese tipo que pasaba ante todos por ser mi mejor amigo, espoleado por el rencor que me provocaba el que te hubiera dejado ir de aquel modo. Nos ensarzamos en una pelea desigual, porque estoy seguro de que mi odio era mayor que el suyo. Y luego vino la sangre, en abundancia. Y luego el silencio.

Hasta hoy. No sé cuánto tiempo ha transcurrido, ni tan siquiera puedo estar seguro de que sea ese el orden en el que tuvieron lugar los acontecimientos. Las evocaciones de lo que acaso no sean más que recuerdos de algo que nunca pasó y acaso solo imaginé o deseé acaban ahí, hasta que he despertado atónito en un autobús Galgo cuando anunciaban la entrada en la ciudad colonial de San Cristóbal. Entonces he recordado súbitamente que estoy aquí para buscarte, Camelia, y llevarte a casa. Vengo sangrando por alguna herida, recuerdo vagamente que estuve con Hugo y no sé si ese desgraciado ha acabado conmigo o si he sido yo quien terminó con su vida. Mis pies levantan una enorme polvareda en la estación y alguna gente mira en mi dirección, molesta con mi conducta inapropiada. Un cadáver que huele a alcohol, poco considerado y manchado de sangre seca, no debe ser espectáculo de gusto para nadie. Los hay que se santiguan y bajan la mirada murmurando alguna consigna ultraterrena. Quieren perderme de vista cuanto antes y aceleran el paso cuando se van acercando, o cambian de acera.

Es media mañana y un gentío laborioso tiene tomadas las calles. He dejado la estación de autobuses y echado a andar a grandes zancadas por las angostas aceras de la ciudad, tratando de discernir de qué modo exacto habré dejado de estar vivo, y en que forma estoy muerto para la gente harapienta y cariacontecida con la que me voy cruzando. Indios descalzos transportando leña, desarrapados trabajadores de la ciudad, campesinos imposiblemente cargados con mercancía variopinta, turistas vestidos con ropa típica que casi se tropiezan conmigo porque para ellos sí soy completamente invisible. Con giros rápidos de mi torso consigo esquivarlos sin apenas variar mi rumbo, después de haberlos identificado a distancia entre la multitud. Pasean tan alegres, rubios y despreocupados, superpuestos como pústulas adhesivas a una realidad con la que nada tienen que ver. En las esquinas de cada cuadra las indias menudas, con largas trenzas y ropas esculpidas en colores, asan elotes que despiden un olor penetrante y húmedo, pero no siento hambre. Mejor así,

no creo que sea buena idea alarmar a nadie deseando, como si de un vivo cualquiera se tratase, hundir los dientes en el caliente maíz dorado.

Entonces doblo la esquina norte del zócalo central y me llegan en oleadas unos cánticos que parecen pertenecer a gente congregada por alguna clase de fervor común, y luego unos aleluyas apocalípticos como cuchillos lanzados al aire, emitidos por una garganta bronca y convencida. Se pueden escuchar nítidamente por encima del rumor de algún mercado próximo. Sigo la llamada de aquella voz tomada por el delirio y, al girar en la esquina de un ensanche en el que se venden toda clase de artesanías de la región, donde una muchedumbre de indígenas ataviados con ropajes bordados se afana por disponer su mercancía en los puestos, me adentro en una calleja en obras flanqueada por un muro de ladrillo visto en muy mal estado. Pertenece al atrio de una iglesia colonial en ruinas y conduce derecho a un modesto templo evangélico de nombre Maranatha, justo el lugar del que escapan los alaridos bíblicos. El edificio se levanta pobremente, con un tejado a dos aguas y altoparlantes a cada lado de la puerta, que permanece abierta lanzando a las calles de San Cristóbal la música más desgarradora del mundo, atravesada en ráfagas por los llantos de los fieles y las súplicas feroces del predicador. Entro y el pastor, un orate altísimo con los ojos muy abiertos caídos a los lados de la cara, el rostro desencajado y huesudo, las largas ropas remendadas, me hace señales con una mano de tamaño desproporcionado para que me acerque y tome asiento. Para mi sorpresa de muerto, el pastor de la congregación no solo me ve y reclama con cierta teatralidad, sino que además es español como tú, Camelia mía. Esa esfinge en movimiento se llama Lisías, en honor —como luego me explicó— a un remoto antepasado brasileño.

Se acerca a mi dando saltos de anfibio con una ligereza impropia de su apoteósico tamaño, evitando caer entre los cuerpos de las mujeres que tiemblan presas del trance y yacen esparcidas sobre el suelo, mientras se agarra con las manos los largos ropajes de arpillera y esboza una sonrisita mefistofélica con sus dientes graciosamente apiñados y sin dejar de mirarme. Brinca entre quienes han sido derribados por la desmesura del trance, el exceso de fe o la predisposición genética a los desmayos epilépticos, que a mi entrada parecen extenderse como una epidemia entre las decenas de fervorosas derribadas en torno a él. Me explica, agachándose hasta donde se ubicaba mi oreja, que se llama Lisías, que ha vivido una vez en España y, lo realmente extraordinario, que está invadido de tumores, cientos de ellos, y que el arrepentimiento de sus muchos pecados podría bastar para frenar su crecimiento, pero que no siempre es suficiente y que había días en los que podía sentir los carcinomas de todos los tamaños modificando una a una las células de sus tejidos, royéndole sus órganos, alcanzando con un rumor de termitero los tendones de sus manos, que extiende ante mi sin que yo pueda ver nada extraordinario en ellas, salvo su descomunal tamaño. Sin darme tiempo a presentarme se gira sobre los talones, da el culto por terminado con media docena de citas bíblicas proferidas con amplios gestos teatrales, y me saca de allí rodeando mis hombros con un brazo pegajoso y frío como

el vientre de una pitón. Caminamos juntos por las aceras de la ciudad mientras continúa explicándome, de modo incoherente e hiperbólico, que conoce a cada puta de la ciudad, que ha estado con ellas cientos de veces para escuchar de cerca cómo ruge la depravación y cómo cruje la carne sometida al vicio y al pecado, pero que no puede extenderse en los detalles porque empieza súbitamente a sentir la pulsión amarilla de sus tumores en la garganta, en los intestinos, en los testículos, en las yemas de los dedos, que vuelve a mostrarme, y hasta en las cuencas de los ojos, que abre desmesuradamente.

—Me arrepiento, quebranto mi cuerpo, me las follo a todas y contemplo cómo se funde, alrededor de mi miembro erecto, la carne humillada y vencida por el pecado. Además escribo, amigo. Lo hago para mantener a raya la degradación interna de mi cuerpo, porque, ¿sabe usted? El arrepentimiento, primera fase de mi purificación, no me basta.

—Pero ¿es usted algo que se parezca a un cura? Perdone, no entiendo mucho de religión...

—No amigo, no se confunda. Soy apóstol, profeta, orador, mesías y espíritu encarnado. Apocalipsis 16 nos conmina a estar prevenidos, porque estamos cerca de Armageddon, el momento en el que la Bestia y Cristo se enfrentarán. Un día de estos se oirá un viento helado y el hijo del Hombre llegará, como ladrón en la noche y... Pero vayamos a lo importante.

Lisías empieza en este punto a toser de un modo estertóreo y acaba vomitando en una acera, para de manera inmediata preguntarme si yo escribo también. Le digo que no, optando por eludir aquel episodio de mi vida anterior que llené de sonetos y relatos, y que acabó dando con mis huesos en la cantina de los brasileños. El profeta Lisías se limpia histriónicamente la boca con la manga deshilachada de su hábito, momento en el que puedo verle las uñas mugrientas, curvas y largas, y hace un ademán para que le siga. De nuevo veo cómo la muchedumbre me esquivo o se persigna al verme, mientras a él lo miran de soslayo y murmuran al paso entre gestos de visible temor. Lisías me lleva a su humilde choza con piso de tierra, donde pueden verse un sarape en el suelo tendido sobre una estera y algunas cacerolas en un hornillo, algunos libros y un gran crucifijo hecho con dos troncos de madera atados con cuerda y apoyado pesadamente en la pared. Hay platillos de plástico en el suelo, y botellas grasientas que parecen llenas de agua. Uno de los platos contiene una especie de pasta de plátano, oscurecida y cuarteada por el paso de las horas, o los días, a saber. Huele a plátano en la estancia, a plátano y a los elotes asados de la india que aguarda, en la esquina frente a la casita, la llegada de algún bienvenido cliente.

—¿Qué es esto, Lisías? Pregunto asombrado ante una imagen, situada sobre una mesa al fondo de la estancia, que no había visto jamás.

—Es la Santa Muerte, amigo. Aquí en el sur la Señora no es muy querida, así que yo le rezo cada día en silencio y le pido perdón por los pecados de mis feligreses, los hermanos, que nada saben de ella porque son unos evangélicos deprimentes que no

soportan las imágenes. Yo tampoco, recuerda que soy su pastor, pero ella es distinta. Mírala, amigo, mírala bien.

Un escalofrío me recorre la nuca, como si el aliento de aquella calavera vagara por la estancia enloquecido, separado del ensamblado de huesos cubiertos por un tosco manto negro. Veo apilados en el suelo de tierra montones de papeles garabateados, y antes de que logre agarrar el primero Lisías me detiene, me explica que no tenemos tiempo que perder, que debo escucharlo con atención.

—Dicen los católicos que la Señora es el abyecto fruto bastardo de un malentendido teológico, porque Apocalipsis 20, 13-14 nos anuncia lo siguiente: «Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos y fueron juzgados cada uno según sus obras», y luego dice, escuche bien amigo, «Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda»... ¡Divino, divino! ¿No parece de Poe? Pero es bíblico, amigo.

—Ya.

—Bueno, vayamos al grano. Está muerto amigo, se lo digo sin rodeos porque usted lo sabe, así que no tienes demasiadas opciones —me recuerda.

—¿Y tú?

—Usted, hábleme de usted, si no tiene inconveniente. De estar en alguna parte, estamos en México, y aquí la gente no se tutea así sin más.

—¿Y usted? No me negará que tengo motivos para pensar que comparte mi condición, de hecho estoy muerto pero usted me ha visto, además hay que considerar el extraño lugar en el que vive y que, seamos sinceros, usted no inspira mucha confianza. Y, aún más, déjeme decirle que no sé yo si estoy muerto del todo, ¿ha visto cómo nos miraban esas gentes en la calle?

—Amigo, usted no sabe nada de nada. Debería ir a ver a Denis, el librero francés, antes de que sea tarde. Él le explicará. Desconozco cuánto tiempo estuvo usted en ese autobús, porque sé que llegó en autobús hace unas horas, todos los saben. Bueno, no todos, solo quienes le ven, esos que murmuran. Llegaron todos de la selva, han tomado Las Margaritas, Ocosingo, Oxchuc, Huixtán, Chanal. Aquí hay una guerra, buen momento para venir, amigo. Una guerra entre indios de papel y matones del gobierno, paramilitares, sicarios, vendidos, corruptos, chivatos, pendejos y putos de toda condición. Contra indios de papel, un combate desigual, mi amigo. Esos que se cruzan con usted y que se santiguan están tan muertos como lo está usted. Muchos se sientan durante días en la estación a ver llegar a los viajeros de otros estados, a los turistas siempre radiantes y tan afanados en disfrazar su condición de gentes del mundo rico calzándose botas viejas, dejándose el pelo a greñas, tatuando alguna cosa en un lugar visible de su cuerpo. Hacen por unas semanas como que malviven, se solidarizan y funden con la tragedia de este país. Luego regresan a sus mullidos países salpicados de bolsitas para las cacas de los perros. Sé de lo que hablo, vengo más o menos de ese mundo. Nací en España, sé de lo que hablo.

Escucho atónito al predicador, que repentinamente parece un tipo lúcido que sabe muchas cosas de esta tierra a la que he llegado buscándote, Camelia. Me explica que vivió en España una aventura extraordinaria con una multitud de mujeres a la vez, y que solo una de ellas era real, la madre de su única hija. Tuvo que dejar a la niña cuando aún era casi un bebé, aunque amaba la pelusa de su cuerpecillo menudo más de lo que jamás había amado nada. Se echa a llorar.

—Mire amigo, escribía mucho en aquellos años —susurró mientras se enjugaba las lágrimas con las mangas manchadas del vómito anterior—. Más exactamente casi no hacía otra cosa. Y créame, eso siempre trae problemas. Jugar a ser Dios, a precipitar mundos probables, puede tener consecuencias fatales. Invocar a los espíritus con un vaso es un juego de niños, los verdaderos espíritus solo aparecen cuando algún incauto se sienta a escribir... Yo escribía historias de mujeres, amigo, de mujeres, cuentos irreverentes y blasfemos en los que las putas mostraban sus muslos apretados y sus botas de charol, los labios tórridos y húmedos, las nalgas blancas y redondas como planetas riveteados de encajes y volantes, hembras de Toulouse-Lautrec con la sensualidad de la delicada Valentina de Crepax, descritas con voluptuosidad en centenares de páginas que el mundo literario celebraba. Obtuve varios premios por mi raro talento para refinar la abyección y mi obra se alzó como el referente más sublime en el mundo de las letras, fíjese usted qué modo de llamarlo, hasta que empecé a multiplicarme en planos paralelos y llegó el horror. Una de aquellas mujeres, créame, saltó de mis propias páginas como un vampiro y me hizo suyo. No voy a entrar en detalles porque es demasiado doloroso y porque, aunque usted no sea más que un muerto que pasea por una ciudad en guerra y se asombra de que haya más muertos en las calles y de que se persiguen a su paso, no me creería. Enloquecí y casi acabo con la madre de mi hija. Me sacaron de España la cólera y el arrepentimiento, y desde entonces nunca más he pronunciado sus nombres. He jurado no hacerlo, porque ni eso merezco. La madre de mi hija probablemente ha muerto ya, soy profeta y también vidente, y medium, yo sé que la mató un tumor en el estómago. Mi hija, ahí he de reconocer que mi don de nada me vale. No sé de ella desde que acaricié por última vez la tímida pelusa de su cabeza —y acercó una nariz protuberante a su mano, como tratando de invocar el perfume de aquella criatura.

—Así que todos muertos, bueno, casi todos.

—Sí. Y dígame, ¿a qué ha venido usted? Ya, ya, no me diga nada —dijo agitando la mano y entornando afectadamente los ojos. Busca a una mujer—. Es lo que hacemos todos, toda la vida. Habrá que empezar a preguntarse qué es lo que buscan ellas. Son demasiado inteligentes para buscarnos a nosotros, ¿no cree? Lastimeros falos azules rodeados de los despojos de un príncipe. O a lo peor no, igual somos todos igual de pendejos y estamos embarcados en la misma extenuante idiotez del amor romántico, ellas y nosotros. Déjeme decirle que conozco el revés y el envés del amor, y que es mejor un suicidio a tiempo, amigo. Yo mismo lo intenté en cuatro o cinco ocasiones, y sospecho que si fui rescatado en todas ellas fue porque buscaba ser

rescatado en todas ellas. Entonces, cuando me di cuenta de que no era un suicida sino un patoso con ínfulas de autodestrucción, acepté la medicación para lo que me diagnosticaron como trastorno bipolar severo. Bueno, esos médicos entrometidos que te hurgan las entrañas y te chulean la mente, ya sabe usted. He de reconocer que a partir de ahí todo empeoró. Eso sí, no traté de quitarme de en medio nunca más, he debido morir de alguna otra manera porque no recuerdo haberme suicidado más. Primero se me echó encima una de mis putas de la ficción y luego enloquecí, o tal vez enloquecí antes, y casi acabé con mi mujer, y me marché sin decir nada, y llegué aquí de algún modo que no recuerdo y alguien más loco que yo hizo de aquel montón de huesos un devoto evangélico de los miles que crecen como frijoles en esta tierra, y luego empecé a predicar y más tarde sentí el llamado del Señor y me hice pastor, y vi con estupor que podía curar imponiendo manos a estas pobres gentes que ves mendigar en las calles para poder enterrar a un hijo muerto de una simple diarrea, y me dije que tal vez curando procure más consuelo del que da nadie en esta tierra, aunque curar, amigo, lo que es curar, aleluya y gloria a Dios, no curo, pero sanar, amigo, creo que sanar sí sano; y después me encuentra la Santa, me la encuentro de golpe un día, aquí en mi humilde chamizo, apoyada junto al crucifijo que está de pie, porque fue ella la que me buscó amigo, y ahora estoy sitiado por cientos de tumores que mantengo a raya bien escribiendo, bien orando para el perdón de mi pecado original —que es la escritura— y, sobre todo, follando a todas horas con las putas de esta ciudad convencido, como estoy, de que a todas me las he inventado yo. Amén.

Estas son las últimas palabras que escucho decir a Lisías. Mientras mira con sus ojos extraviados en dirección a la imponente imagen de la Santa, las manos como sábanas callosas levantadas al infierno, salgo sigilosamente de aquella hedionda madriguera. Aún no he cerrado la puerta desvencijada cuando veo a la india que vende los elotes asados cruzar la calle con una rápida carrerita, agarrándose el huipil bordado y el corte de lana oscura con las manos, y tratando luego de retenerme con sus diminutos puños cerrados asiendo mi camisa, sin decir nada, con los labios apretados en una mueca pétrea y una mirada rasgada y negra, enmarcada en profundos surcos. Logro liberarme sin esfuerzo y entonces me llega un rumor de disparos y gritos. Oigo que Lisías vocifera a mis espaldas, pero no me vuelvo para mirar. Todos corren y yo, convencido de que ya no puedo extinguirme mucho más, deseando tan solo verte una última vez antes de que se desvanezca este hilo de conciencia que me hace parte del mismo mundo que Lisías habita, corro en la dirección contraria a sabiendas de que solo me cruzaré con los cuerpos de los ya difuntos, que probablemente no sean demasiados porque habrán decidido no correr, seguros como están, como estamos, de que si algo nos viene sobrado es el tiempo. En cambio yo acelero con la impaciencia del que arde en deseos de tenerte, camino de ti, mi amada y blanca Camelia, hasta que una marea de mariposas negras y pesadas como la obsidiana me derriba. Y ahí quedo, tendido sobre el frío empedrado de Real de Guadalupe, mientras las ráfagas de metralleta y los gritos de los heridos se

acercan.

12. Sara y Lisías

Me llamo Sara y voy a confiarles mi historia de amor. Antes debo dar cuenta de algunos detalles para frenar la previsible incomprensión que desatará en ustedes, y así evitar que ahora, después de muerta, aún caigan sobre mí más reproches de los que me asediaron en vida. Nací en la ciudad de Frankfurt, corazón de la Alemania industrial, hace cincuenta o sesenta años. Un cáncer acabó con mi vida no hace tanto, pero poco importan las fechas a una mujer ya muerta. Mis padres habían emigrado desde una ciudad del sur de España, como otros tantos españoles, a finales de la década de los años cincuenta, y pese a las extenuantes jornadas de mi padre como encargado en una fábrica de embalajes, y las de mi madre sirviendo desayunos en una cafetería situada en los bajos de una empresa de textiles, no reunieron más que para la entrada a su regreso de un inmueble modesto y mal iluminado, un piso del que aún recuerdo las agrias ventanas enmarcadas de aluminio dorado pero, eso sí, con primorosos visillos blancos rematados de encajes al estilo alemán.

Mi hermano mellizo y yo empezamos a asistir a un colegio religioso hasta alcanzar la edad de trabajar. Los estudios universitarios eran una entelequia que no entraba en los planes que mis padres reservaban para nosotros. Nunca quise olvidar el alemán, que encontraba una lengua circunspecta y sensual. Mi hermano, tan distinto de mí en casi todo, trató de desprenderse del idioma del exilio como si se tratara de una enfermedad infectocontagiosa. Pocos años después de nuestro regreso a España mi padre empezó a envilecerse con el alcohol de manera irremediable, y yo a urdir planes noche y día para escapar de aquella celda que había dejado de ser la mía. Apenas sin estudios, con un padre enfermo de rencor porque quise conservar la lengua del país en el que había malogrado su vida, y una madre consagrada a esculpirse el rictus más amargo que nadie haya visto nunca, huir se acabó convirtiendo en mi gran obsesión. Entraba en la adolescencia con un padre brutal que acaparaba psicosis diversas, todas ellas muy tóxicas para quienes sobrevivíamos a su alrededor. Fumaba de manera compulsiva, habría bebido alcohol de 97 grados si se lo hubieran ofrecido en la barra del bar, y en esos momentos cantaba en alemán y la emprendía a golpes con lo más próximo. Era tabernario y adúltero, aunque yo no pudiera imaginarlo más que con ramerías gastadas por la droga, y perdía lo que no lograba ganar en toda clase de lo que llaman juegos de azar.

Fui sacando mis pocas pertenencias de manera imperceptible y una tarde, la misma que cumplía los dieciocho años, me instalé en casa de mi buena amiga Malena. Ella era solo dos años mayor que yo, pero le sobraban muelas en el revólver. Es un modo de decirlo, jamás mató a nadie. Pero había robado, provocado varios escándalos por liarse con hombres casados, bebía con regularidad y no le hacía ascos a la cocaína. Con todo eso, o quien sabe si por todo eso, Malena era una criatura maravillosa. Una mujer libre de artificios, de una inteligencia exquisita, lectora voraz y amiga generosa. Le gustaban las fiestas y se esmeraba mucho para no

escatimar en excesos; pasaba días imaginando la atmósfera de la celebración, envolviendo primorosamente las lámparas de la casa en papel de seda rojo, verde o morado; colocando esferas de espejos diminutos por los rincones, llenándolo todo de inmensos almohadones que invitaban al abandono y al sexo, perfumando las estancias con esencias exóticas y evocadoras. Cuando cumplió los veinte años quiso organizar una fiesta de las memorables, y la verdad es que no sé si quiero saber de dónde sacó el dinero para pagar tanto lujo, porque sus únicos ingresos oficiales provenían de las clases particulares de griego y latín que impartía en domicilios particulares. De manera casi inverosímil para quien no la conocía, Malena tenía un talento endemoniado para las lenguas, no solo las más húmedas, sino también las muertas.

Fue en aquella fiesta donde conocí a Lisías. La sola mención de su nombre convoca escalofríos en mi cuerpo ya inexistente, el mismo que sin embargo escribe apasionadamente estas líneas. Recuerdo que llegué tarde a la fiesta porque, en esos días, los operativos clandestinos para sacar mis escasas pertenencias de la casa paterna me dejaban poco tiempo libre. Los acordes desgarrados de Hendrix me golpearon la cara cuando Malena abrió la puerta embutida en un vestido elástico y negro de diva, rematado con largos flecos de mantón y unos taconazos imposibles de charol rojo. Llevaba el pelo cardado y los ojos pintadísimos, emulaba a uno de sus personajes favoritos: aquella replicante rubia de Blade Runner que interpretaba una jovencísima Daryl Hannah. La felicité por su conseguido estilismo y le entregué su regalo: un conjunto de bragas y sostén negros hecho de encajitos muy finos y con apretados remates verdes y lilas, y le rogué al oído que no lo mostrara a todo el mundo. Malena y yo habíamos tenido algunos encuentros en la cama, juegos de un erotismo distinto, hechos de inocencia y desenfado, en los que ambas nos limitábamos a llevar unos metros más allá, sin asperezas, culpas ni compromisos, aquella feliz complicidad que la vida nos había regalado. Y aunque ninguna de las dos nos habríamos definido como lesbianas, aún hoy recuerdo con toda la ternura esos pocos metros.

Me colé entre un magma de brazos, piernas, torsos y caderas en constante movimiento, una muchedumbre lasciva y acompasada con copas en las manos, surcada de risas lentas, espaldas descubiertas perladas de sudor, caderas furtivas, miradas sinuosas, olor a tabaco, sándalo y ron oscuro de caña. Fui a servirme algo de beber sin dejar de pensar en los pocos días que restaban hasta mi fuga, transpirando y con el pulso trastornado, vestida con unos simples vaqueros que había rescatado entre las ropas que me restaban hasta asalto final y un collar larguísimo de perlas color champán que había comprado en el Rastro durante mi última visita a Madrid. Me abrí paso hasta la larga mesa en la que se amontonaban las bebidas y cerré los ojos unos minutos, tratando de dominar la aceleración dañina de mi mente y quedar en un estado algo más vacante y perceptivo. Respiré hondo en aquella atmósfera cargada y abrí los ojos dispuesta a servirme una copa.

Al fondo del salón, con una larga copa de vino en la mano, alto y pétreo, se alzaba una figura condescendiente, rara, fracturada. Nunca antes había visto a aquel hombre que se erguía como un tótem, estampado contra la pared a trazos rápidos y gruesos. Vestía de negro y conversaba con una mujer con largas uñas pintadas de color rosado, tacones de altura inverosímil y mirada inexpresiva. Julio, un muy querido amigo común obsesionado con el psicoanálisis desde que su novia lo cambió por una psiquiatra maciza y veinte años mayor que ella, se me acercó bailando, me agarró por la cadera y señaló en dirección a Lisías preguntando a voces si aún no nos habían presentado. Antes de acabar la pregunta Julio ya me arrastraba hasta el rincón en el que la esfinge se apoyaba muy quieta, con el inmenso torso en pose relajada y una mano jugándole distraídamente en el bolsillo. La chica de las largas uñas de aye-aye me miró despacio como una gata en celo que se descubre repentinamente demasiado extenuada para sacar el rosa de las uñas, retirándose finalmente con largas y afectadas zancadas de garza común. Las lentejuelas que brillaban adheridas a sus nalgas divinas fue lo último que atrapó mi atención antes de que la mirada y el silencio de Lisías me taladraran violentamente.

Unos minutos o unas horas después, no veo cómo precisarlo tras el tiempo transcurrido desde entonces, salimos al balcón buscando el aire fresco. Era de noche y una luna llena flanqueada de estrellas diminutas estalló ante nosotros como una deflagración. Su altura y mi delgadez, su barba puntiaguda y mi melena rizada, la desmedida sed de ambos. Solo sus grandes manos, imponentes y lentas como olas en alta mar, parecían saber con precisión cómo envolverme. Me agarró la nuca y tumbó mi cabeza ligeramente hacia atrás, lo justo para mirarme muy de cerca y susurrar mi nombre como una plegaria: Sara, Sara, Sara...

Empezamos a salir, o como quiera que pueda llamarse lo que hacíamos dos o tres veces por semana, algunas semanas ninguna vez, otras veces cada día. Cuando lo llamaba a la vieja y aristocrática mansión en la que por entonces aseguraba que vivía con su familia, un lugar misterioso en el que nunca llegué a entrar, me parecía que Lisías se desenvolvía en medio de un ejército de clones suyos, enjutos y elevados, como resueltos conquistadores extremeños. A todos les imaginaba el mismo porte señorial de Lisías, porque todos poseían, de hecho, su misma voz. No podía esquivar un cierto vértigo imaginando que el que me contestaba era siempre él, desde algún sillón aterciopelado, rodeado de muebles antiguos, viejos instrumentos de navegación y una corte de gatos persas, y que jugando a ser otro me daba largas con alguna excusa, inventaba lugares en los que debía estar en esos momentos, o proponía un tugurio y una hora siempre absurdos para vernos. No sabía si deseaba ese juego al que Lisías me sometía y esa incertidumbre dejaba al descubierto una zona oscura en mí que me aturdiía.

Cuando sus padres murieron en un desgraciado accidente de tráfico, Lisías pasó a vivir en un modesto piso de las afueras con los muchos objetos transportados desde la mansión de sus padres, que fueron repartidos entre sus seis hermanos varones y él.

Hasta el día en que se celebró el funeral no supe que Lisías jamás había mentido en lo referente a sus hermanos. Eran seis y, en efecto, eran como él, tenían su voz y, hasta cierto punto, sus mismas maneras pausadas y elegantes. Vendieron la mansión por muy poco dinero a cambio de inventar cuanto antes alguna normalidad, temerosos de que al ser tantos aquel trágico episodio pudiera despertar codicias dormidas y eternizarse, y cada uno compró un piso sencillo en el que vivir. Como el único fetichista enfermizo, declarado y reconocido de los seis era él, se llevó decenas de cuadros, grabados, enciclopedias, colecciones de objetos diversos, animales disecados, plantas exóticas, piezas arqueológicas procedentes sobre todo de Centroamérica, jarrones que yo imaginaba de diez mil improbables dinastías, pilas vertiginosas de libros de viejo, cajas de fotos, maletas de discos de vinilo, un inmenso terrario con una iguana a la que llamaba Schopenhauer (para qué cualquier nombre imbécil pero breve, si ella jamás responde, solía explicar) y hasta una gran cabeza de jade de origen maya que su madre trajo una vez de Guatemala.

Fue en ese piso convertido en un útero enfurecido a causa de la proliferación de cosas, donde yo empecé mi deriva con Lisías. Había abandonado el piso de mis padres y ellos no habían movido un dedo para recuperarme, cristalizados, inmóviles, atrapados en la irreparable demencia de mi padre. A veces me invadía la melancolía, cuando evocaba entre lágrimas a mi familia y pensaba en mi madre, en sus sueños provincianos y aún así tan contrarios a lo que acabó siendo su vida. En esos momentos Lisías trataba de consolarme, me abrazaba con sus brazos largos y acariciaba mi pelo con toda la dulzura, a veces me recorría con un solo dedo el surco de la espalda desde la base de la cadera hasta la nuca, y puedo decir que es lo más cerca que he estado de besar la eternidad. En ese piso forrado de objetos supe que había estudiado medicina para complacer a su padre, pero que él era de hecho escritor. Escribía todo el tiempo, escribía como otros respiran. Eran las historias de un prestidigitador que subvertía toda lógica formal, producto de un don que solo él tenía. Era un hombre inverosímil. Digo era pero no sé si estará muerto, y menos ahora, en este limbo indescriptible de mi último naufragio. En este estado hueco y ahogado del que ya no voy a regresar y en el que apenas me es dado saber si soy dueña de estos pensamientos, o si son ellos los que me tienen a mí. En este silencio que ruge. En esta locura. Nadie hay ya, nadie, para apiadarse de mí.

Cuando compartíamos el lecho, en los largos atardeceres que teñían de acuarelas rojas aquella estancia disminuida por el número y el tamaño de las cosas, solíamos recostarnos en las almohadas para mirarnos muy de cerca sin pronunciar una palabra, solo respirando y consumiéndonos. Hambrientos de complicidad. Yo quedaba prendida de su rostro atormentado, de su cuerpo desnudo majestuoso y de largos miembros blanquísimos, un conjunto pálido y agitado por el deseo, un precipitado de miembros en desorden que alguien o algo parecía haber esculpido al borde de un acantilado batido por el viento y una abundante cabellera caoba con algunos mechones canos que solía anudar detrás, en la larga nuca, recogidos con una cinta de

terciopelo negro. Me enamoraba su rostro, esa media docena de ángulos imposibles repartidos atropelladamente y la mirada extraviada, de un profundo color azul naufragio, su rostro, ese desorden de ramas y moluscos rotos dejado por la resaca de una gran marea.

Lisías me quiso mucho, pero no fui yo por quien murió. Porque es verdad que no sé si está muerto, pero sé bien que el desamor lo redujo a escombros de cadáver. Me consta que el hombre con el que conviví y que me amó lo bastante como para hacerme la hija que ya conocéis, mi Camelia, estaba enamorado de otra mujer. Dicen que era una mujer, aunque yo nunca la llegué a conocer. No sé de hecho si alguien la conoció. Él mismo me contó su historia antes que se marchara, una tarde de invierno, un ocaso negruzco y frío en el que tanto lloraba que no pude no perdonarle. Tanto le amaba todavía que le sostuve entre mis brazos su cabeza imponente de mechones largos, de un rojo y un blanco metafísicos, cuando convertido en un despojo de mirada azul vidrioso, me dijo que la pérdida de esa mujer le había dejado en la oscuridad. De alguna manera tuvo la certeza de que ella nunca podría pertenecerle, y a partir de entonces cambió tanto su carácter que habría sido imprudente seguir considerándole el mismo hombre. Al final de aquel atardecer en el que mi vida quedó varada, Lisías me miró durante un instante, me tomó las manos, me acarició los brazos penosamente, me besó los ojos y simplemente se fue. Se marchó lejos, hay quien dice que a un pueblo remoto del Atlas marroquí, otros que a México, nadie lo sabe con certeza, nadie más lo vio. Poco antes de que yo empezara a darme cuenta de que estaba muerta, de que había entrado en el olvido de todos, que me hacían a un lado, dejaban de mirarme o me conjugaban en pasado, recuerdo que ya solo quedaban algunos rumores malos, comentarios capciosos y crueles que todavía me herían, tantos años después.

Hoy sé que ella era un fantasma. Pero esa existencia etérea, esa irrealdad, la volvió aún más letal. Algo hizo a Lisías, algo le dijo o inoculó; y desde luego maldigo el día en el que mi amante creyó encontrar en ella los placeres que al parecer yo ya no podía darle. Una mujer perversa, según cuentan quienes afirman, siempre sin pruebas, que la llegaron a conocer. Otros decían que era solo una mujer demasiado desgraciada, que había sido obligada por sus propios padres a prostituirse. Luego logró rehacer la fachada de su vida, pero por dentro se moría. En fin, aseguran que el fantasma existió, quiero decir que existió fuera de la mente de Lisías, mi gran amor, donde sin duda estuvo largos años, agazapada como un tumor. Otros decían que no era exactamente una mujer sino dos, tal vez tres, una dama del espectáculo o una depravada del transformismo más lascivo en clubes de alterne. Un transexual. Un demonio. Algunos dicen que ella era una respetable dama casada que soñaba con ser de todos. También murmuraban que como no pudo ser la puta de él, se volvió la puta de todos. Porque Lisías manejaba sus fantasías de una manera exquisita, pero en cambio ella buscaba entrañas y sangre. No sé. Estoy muerta y nuestra ruptura ocurrió hace ya demasiados años, cuando nuestra hija estaba aún lejos de poder razonar su

mundo. Tuve entonces que ocuparme de ella y solo de ella porque fue mi tabla de salvación para no terminar atada a una camisa de fuerza. Camelia a su minúsculo modo me salvó. Pero de ello hablaré luego.

Aquella lunática utilizaba a Lisías de una manera desalmada, ya no me quedan dudas sobre esto. Y no siempre lo deseaba, o al menos eso quería que pensara Lisías. Desaparecía durante largas temporadas y él se volvía loco. Fue en uno de esos períodos en los que la ira de los celos le nublaban la conciencia, días llenos de ruindad en los que sin razón aparente arrojaba cosas al suelo o a las paredes, daba vueltas sobre sí mismo, recorría las baldosas de la cocina nervioso y con la mirada perdida, olvidaba cambiarse de ropa o dejaba sencillamente de dormir y de comer, cuando yo empecé a sospechar que ya no podía atribuirlo a la literatura que tantas veces lo mantenía en vilo. Con amargura concluí que otra mujer debía estar tomando cuerpo dentro de él y saboteándole el alma, y que lo perdía. Fue aquella tarde cuando le pregunté, entre lágrimas, y él confesó mansamente. En voz muy baja. Luego empezó a contar a borbotones, casi como si yo no estuviera presente, como si no se iniciara allí mismo la tempestad que me barrería. Aún hoy desconozco cómo pude asistir a esa confesión sin desfallecer, mientras sus palabras me abrían las entrañas y vertían en ellas un ácido mortal.

Supe que cuando él le hacía el amor y acariciaba su cuerpo con la delicadeza de quien sopla vidrio, ella le ordenaba que la penetrara sin compasión, sin besarla. Que no la llamara por su nombre, o que pronunciara cualquier otro, o que la llamara su puta. Si él contravenía sus órdenes, ella se levantaba y se vestía, le dedicaba una última mirada entre la condescendencia y el desprecio, lo dejaba arracimado en la cama, aturdido como un despojo entre las sábanas. Ignoro si ella llegó a saber lo que Lisías me contó, que la deseaba con un desasosiego virulento, cruel e informe, con tanto sufrimiento que a veces sentía que se le iba el control y que acabaría por entregarse a las súplicas depravadas que manaban como pus del cuerpo venenoso de ella. Pero él se contenía, porque quería ganarle el pulso al lodo que le alcanzaba los labios y le llenaba la boca convocado por ella. Pero ella encontraba insulsa y adocenada esa ternura, sin darse apenas cuenta de que era el producto de un suplicio al que él se sometía voluntariamente para no triturarla entre sus brazos.

Cuando me abandonó no quise pertenecer a ningún otro hombre, al menos no como llegué a pertenecerle a él. Su rostro canalla y bueno me persiguió hasta el fin de mis días, que pasé de la manera más libre y desprejuiciada posible para una mujer que había sufrido indeciblemente por un solo hombre y a la que ya nada le importaba. Lo conté muchas veces en las cartas que envié a Camelia, mi única hija, una linda niña tan inteligente e inquieta como probablemente lo fui yo a su edad. Cuando Lisías se evaporó ella apenas tenía tres años. Y hacía meses que su padre le negaba las largas horas que al principio dedicó a mecerla con un amor sentido y puro, mirarla, llorarle quedamente su emoción sobre la leve pelusa de su cabeza, besarla, susurrarle, cantarle. Recuerdo sus cánticos taciturnos al caer la tarde, en la mecedora de la sala,

junto al balcón de nuestro apartamento que de día hervía con los sonidos de la calle. Se sentaba con la pequeña Camelia en sus brazos y la arrullaba durante horas, entonando melodías que parecían oraciones y que llegaban a la niña desde la garganta silenciosa de su padre, escondidas bajo la piel de su cuello fuerte y terso, porque en el transcurso de esos crepúsculos con la pequeña Camelia en brazos él no llegaba a pronunciar palabra alguna. No hablaba con ella, solo la miraba y le cantaba con los ojos entornados, sobrecogido por esa melancolía tan suya.

Años más tarde encontré entre lo innumerable que Lisías había abandonado en nuestra casa al partir, una carta que el tiempo había vuelto sepia. Estaba hecha pedazos y arrugada, pero alguna forma del arrepentimiento la había recompuesto y ordenado los fragmentos. Los puntos suspensivos valen por las fracturas, las pérdidas y las partes borrosas que no logré reconstruir:

No supe que sería tuya hasta que te sentí agarrando el pelo detrás de mi nuca, mi cabeza a merced de una mano fuerte que la balanceaba y volvía diminuta... No soy nadie para negarte que rehagas tu vida con ella, si prefieres llamar de ese modo a lo que me estás haciendo... Siempre nos hemos encontrado en un tiempo indefinible, mi amor, Lisías, en momentos intercambiables, tras una pirueta sin red, dos o tres saltos a modo del caballo del ajedrez, cuando todo parecía desvanecerse entre nosotros... A punto de perderse o ya perdido. Muchas más veces no nos tuvimos tan siquiera. Eventualmente ni te deseaba, o deseaba a otros, o a muchos a la vez, o a nadie... He sido una ramera, y lo olvidas... Deja de venerarme como a una maldita diosa... Hasta entonces todo fueron escaramuzas dolorosas que nos dejaban con la derrota en los labios y la mirada baja, desconsolados, todavía febriles; dos amantes ardientes que entran en combustión por separado hasta quedar reducidos a cenizas jadeantes. Dos guiñapos enamorados que saben que han de separarse para no morir y por ello mismo desean la peor de las muertes, alguna muerte que los libere... La médula de nuestros encuentros, extrañados e insomnes, cosidos a misivas y silencios... Dos fantasmas desgraciados porque son de carne, dos amantes siempre vencidos que se aman lo bastante adentro como para volverse a ratos tan miserables y asexuados... Y que cuando han perdido toda esperanza de yacer juntos se encuentran un día frente a frente y querrían arrancarse la piel y cubrirse cada quien con la piel del otro sin ahorrarse el dolor... No te quiero a mi lado, todo el tiempo, cada día, pero si te quedas con ella... Si tenéis esa hija no me verás más... Me iré lejos y no me busques porque no me has de encontrar. No es mi última palabra, porque habrás de oírme muchas noches más, me haré fuerte en esas pesadillas que te ahogan y acabaré contigo... Mi amor, mi carne, mis tinieblas... No eres nadie lejos de esta tierra pedregosa y caliente en la que yacemos... Debes abandonarla a ella... Aunque siempre quedará ese maleficio de la escritura, que será la tumba de los dos. Cuando escribes me olvidas, mi amor, te temo más que a nada cuando te vas a tus papeles y penetras en ese mundo tenebroso que has ido urdiendo... No quiero que vuelvas a mencionar a tus odiosos personajes, ya me tienes a mí, tu vampiro, me

hiciste única... Máталos o acabarás confundiéndome con cualquiera de ellos...

Cuando acabé de leerla comprendí conmocionada que la letra era la del propio Lisías. La sacudida me derribó. Sabía que él trabajaba en una novela en la que la protagonista era una implacable prostituta que gobernaba un burdel indonesio y que había llegado a traficar con hombres, a los que chantajeaba para que le alquilaran sus cuerpos, pero no había querido contarme más. Ahora todo empezaba a estar claro, si es ese el adjetivo que corresponde al turbio destino que se abría despacio ante mis ojos tras la lectura de aquella misiva imaginaria en la que el destinatario, el emisor, la mujer a la que yo culpaba de todo y el personaje creado por él, nuestra hija y yo misma, se fundían en un magma incandescente que resbalaba entre mis dedos, abrasándolos.

Entré en una gravísima deriva personal de la que solo recuerdo apagones que a ratos daban paso a una luminosidad anaranjada, lo bastante extraña como para persuadirme de que había dejado el mundo de los vivos. Pude morir entonces, pero no lo hice. Me rescataban los mimos de Malena y las risas de nuestra hija Camelia. Muchos interpretaron mis desvaríos como la prueba de que Lisías fue víctima de una puta imaginaria (o no, ahora ya daba igual) y una demente real, yo. Y que al fin y al cabo ninguna de las dos, presas de un egoísmo irrefrenable, supo amar y entender a aquel hombre lastimado pero poseedor de un don trágico para la literatura. Una criatura de casi dos metros pero frágil como una voluta de humo, que solo quería amar y escribir todos y cada uno de los días de su vida. Mataron al escritor y con ello su esencia se evaporó, despojado de toda humanidad, de todo sentido, condenado a vagar por los desolados alrededores de la que fue su historia. En mi desvarío escuché muchas versiones, casi todas me señalaban a mí como la verdadera culpable, y yo las acabé creyendo. Hasta que encontré la carta.

Por eso quiero que se conozca mi inocencia y la de mi hija, si amar como lo hice me deja aún la opción de saberme inocente de algo. Si no me ha vetado ya esa condición que suplico desde el infierno en el que he vivido antes y después del momento en el que la indiferencia de quienes me rodeaban me convencieran de que todo había terminado, de que aquel tumor maligno alojado en mi estómago había dado en mi tumba. Ni tan siquiera sé si me incineraron, arrojaron al mar o entregaron mis huesos a la tierra, no logro recordar nada desde que una mañana me sedaron para adormecer el dolor que irradiaba feroz del centro de mi vientre atravesándome como una daga. No sé qué hicieron con mi cuerpo. Ni siquiera tuve en ese momento final los ojos de Camelia, tan azul naufragio como los de su padre, porque ella estaba ya en México. Desde este otro lado proclamo una vez más mi inocencia, si me es dado reclamar algo ya. Desde este otro lado, aunque no estoy segura de que esto sea un lado, un andamiaje paralelo, un laberinto informe y sin paredes, un lugar en otro tiempo o un tiempo en tierra de nadie. O si esta elipse iridiscente y vacía que percibo a mi alrededor es todo lo que me queda para la eternidad, ni qué puedo hacer para escapar también de ella, como escapé hace ya tanto de la casa de mis padres, de la

traición de Lisías y del fatídico personaje de su invención, y hasta de mi misma. Y, al fin, morir, morir, morir.

13. La boda de Nora

Colgué el teléfono a mi hermana sin acabar de entender qué nos habíamos dicho. La llamé yo desde la cocina, frente a una taza de café, una tranquila mañana de domingo en la que las tonalidades cremosas y rosadas se colaban entre los visillos, para quedar suspendidas indolentemente en mitad de la estancia. Me había casado hacía medio año con el hombre de mi vida. Lo habíamos festejado con algunos amigos y parientes en el jardín de nuestra casa, en una tranquila zona residencial a las afueras de Cuernavaca, en el estado de Morelos. Yo me sentía liviana y feliz aquel día, con un vaporoso vestido de gasa azul, un largo collar de amatistas, el pelo suelto y ondulado, complacida con las palabras sinceras de quienes se acercaban a tomarme de las manos, besarme y desearnos lo mejor. Puedo decir que fueron días muy dichosos. Allí estaban nuestros dos hijos, Raquel y Darío, correteando entre los árboles y devorando unos helados tan redondos y dulces como ellos. Habíamos dispuesto las mesas en largas hileras, y tras cubrirlas con manteles de hilo blanco colocamos sobre ellas grandes jarrones con magnolias y bandejas de barro negro de Oaxaca cuajadas de frutas tropicales. Los jazmines lo perfumaban todo. Bailando y riendo cayó de manera imperceptible la hermosa tarde y las velas que encendimos repartidas por el jardín me recordaron que, por momentos como aquellos, la vida merecía toda la devoción que aún hoy le profeso. A pesar de lo que nos ha pasado, a pesar de las tempestades que han barrido los diques que levantamos para contener nuestras vidas, dejando en pie apenas esta emoción desquiciada con la que sigo adelante, a tientas, casi a oscuras.

Mi hermana Camelia había viajado en autobús desde Chihuahua para asistir a nuestra boda. Hoy pienso en aquel día y me cuesta recordarla, su rostro se me escapa por más que corra tras él. Me pareció que había perdido peso y que se esforzaba por sonreír. Quiero decir que yo solo veía muecas, líneas, trazos sin apenas vida. Gestos hieráticos y calculados, cierta impostura. Llegó embutida en unos vaqueros lavados que no le favorecían, una camisa de seda amarilla y unas tristes sandalias de tacón alto a juego. Cuando abrí la puerta principal para recibirla, sonrió fatigosamente detrás de unas gafas de sol demasiado grandes y me apretó con ganas entre sus brazos. En ese momento pude comprobar cómo había adelgazado. Más tarde su expresión extraviada y la larga melena sin brillo acabaron convenciéndome de que algo le estaba pasando. La quería mucho. Cada vez que trataba de acercarme a ella para conversar alguien me arrancaba de su lado a carcajadas, o me pedían que fuera a buscarles más vino, más empanadas, más música. Se fue al caer la tarde como había llegado, la observé alejándose de espaldas, escuálida y siguiendo el camino entre las velas, sola y abatida tras un rictus que mi felicidad de aquel momento no me dejó descifrar. Haces de acuarela anaranjados y violáceos envolvieron la despedida, las últimas miradas, el trémulo roce de las manos. Ya no volví a verla, al menos no a la Camelia que yo había amado tanto.

Es verdad que mi hermana y yo nos habíamos conocido bien. Hubo un tiempo en el que si existía una sola persona en el mundo capaz de entenderme y perdonarme, esa era ella. Hubo episodios en mi vida en los que Camelia llegó a ser casi todo para mí. Pero los últimos años nos habían colocado en los extremos de un hilo delgado y frágil que a punto estuvo de romperse varias veces. Fue cuando empezó a vivir con ese norteño arrogante, Hugo, al que llegué a ver en tres o cuatro ocasiones antes de que muriera en aquellas extrañas circunstancias, que aún hoy no han sido del todo aclaradas. Supe que la policía lo había encontrado en un paraje a las afueras de una ciudad colonial del sur en la que daba comienzo una guerra fratricida, con una vieja corbata gris anudada a la soga que puso fin a su vida. Desconozco qué fue lo que le llevó al otro extremo de México para morir. No he sabido nada más ni me he preocupado mucho de ello, para decir la verdad. Hugo no me gustaba, de hecho creo que solo le gustaba a mi hermana. Nunca comprendí qué había visto en él, un tipo dañino que exudaba resentimiento y crueldad, pero artero y fino en el arte de la seducción. La llevó de la mano en su particular descenso a los infiernos, y ella se despeñó quebrándose en mil pedazos, como una paloma de porcelana.

Yo en cambio había sido madre de dos hijos y había encontrado al mejor padre para ellos, mi amado Héctor. Primero nació Darío y dos años más tarde Raquel, y ambos fueron desfigurando uno a uno los trazos de mi antigua vida hasta convertir la nueva en un disparate cubista, luego en un juego de acertijos, finalmente en una suave melodía de risas que solo escucho yo y sin la que mis días estarían condenados al silencio. Recuerdo bien lo que supuso la llegada de Darío. Héctor y yo llevábamos unos años juntos y habíamos empezado a encajar tras practicar cuidadosos recortes y añadidos a un lado y al otro de cada uno, hechos con la ilusión y el afán de dos escolares que trocean cartulinas con un punzón. Con toda esa ingenuidad creímos aprender que no hay reglas infalibles que puedan conjurar todos los miedos que se disputan el espacio de un vínculo amoroso y que pueden ahogar las bendiciones que vienen de él. Justo cuando empezábamos a ver el final de aquella iniciación conjunta, quedé embarazada de mi hijo.

Darío llegó en mitad de la noche, una mariposa malva y caliente que desplegó sus alas sobre mi pecho lentamente, como si hubieran permanecido ovilladas toda una eternidad. El dolor del que vino mi hijo Darío se prolongó largos meses. La vida que Héctor y yo habíamos armado estalló en miles de pedazos de metralla punzante que nos taladraban la piel dejando arañazos, heridas, llagas. Yo miraba a Darío muy de cerca, noche y día, asustada como no lo había estado nunca, preguntándome cómo abrirle paso a aquella criatura diminuta y lacerante cuya existencia me atravesaba como una daga o como un haz de luz, de parte a parte. Los días se hicieron de cristal y en las noches me acostaba arrullada con el sonido de mis propios pasos arrastrando los vidrios rotos. Mis pechos se volvieron una amarga metáfora de lo que sentía: Doloridos, húmedos, sacrificados; dos montículos turgentes desde los que Darío me interrogaba lleno de asombro primigenio, porque si esos dos mundos de leche eran

nuestro íntimo lugar de encuentro, qué cabría esperar sino tormento de la vida que nos aguardaba más allá de ellos. Un día, no se muy bien cómo, comencé a amarlo, y todo lo que había existido hasta que él llegó fue cobrando despaciosamente una forma distinta, sacudiéndose el polvo acumulado. Pocas cosas volvieron a ocupar su antiguo lugar tras ese mal sueño. Mi hijo había nacido sano y yo había tenido un parto doloroso, pero rápido y sin complicaciones, así que no puedo imaginar qué habría ocurrido sin toda esa abundancia de normalidad. El primer año de mi vida con Darío estuvo hecho de cristales y voces. Los cristales que barría con mis pies cada noche antes de acostarme y las voces de quienes se escandalizaban con mi abatimiento, de aquellos que me reprochaban tanta tristeza invocando la hermosura primordial de la maternidad. Voces de quienes no entendían por qué me entretenía oyendo mis huesos crujir en lugar de agradecer a Dios la providencial llegada de Darío.

Luego brotó Raquel, rotunda como un soneto, de la tierra que Darío había abonado a nuestro alrededor. El día que la niña cumplía los dos años mi hermana me telefoneó. Pensé que solo se trataba de una llamada para felicitar a mi hija, pero cumplido ese trámite me confesó que tenía problemas y que quería verme. Le pedí más datos, pero se limitó a disculparse, darme un día, un lugar y una hora. Colgó. Sus palabras al teléfono sonaban confusas, se intercalaban repentinos silencios que no fui capaz de interpretar, además de percibir un cierto ajeteo en el auricular, como si de vez en cuando lo tapara con la mano para consultar algo sin que yo me diera cuenta. Volvió a llamar unos minutos más tarde y entonces me explicó que un compañero de Hugo había enfermado gravemente. Se trataba de alguien con quien ella había entablado una amistad muy especial, estaba a punto de morir y era su deseo firmar un documento para que, tras su muerte, se conocieran los entresijos de una conspiración criminal de la que él había sido primero testigo y luego víctima. Manejaríamos una información muy peligrosa y se hacía necesario guardar el máximo secreto sobre todo lo que ocurriría durante mi estancia en un remoto lugar de la gran megalópolis mexicana, concretamente en el barrio de Tepito, en la Ciudad de México.

Tras el nacimiento de Darío yo había dejado de trabajar como guionista de documentales para una cadena de televisión local, pero pese a ello no me sobraban las oportunidades de ausentarme, y de hecho no había viajado ni una sola vez sin mis hijos o sin Héctor en esos años. La inquietante proposición de mi hermana Camelia no era exactamente el viaje que había soñado para celebrar mi resurrección tras la maternidad, y de hecho decidí que no diría nada a Héctor, segura de que no me dejaría acudir si estuviera al corriente del peligro que al parecer entrañaba aquella misión. De Cuernavaca a Ciudad de México se puede llegar en auto y no toma más de un par de horas. Acordé con Marisa, la chica que se ocupaba de Darío y Raquel algunas tardes en las que yo necesitaba salir a buscar oxígeno para no abrimme la tráquea, un horario ampliado durante los días en los que viajaría a la capital para tratar de sacar a mi hermana del nuevo lío en el que seguramente se había metido. Pasé los días siguientes fingiendo normalidad ante Héctor, a quien me limité a decir

que mi hermana se sentía sola y necesitaba un poco de compañía. Y pensando cada minuto en aquel misterioso encargo, inquieta y algo asustada.

Cuando llegó el día de partir me levanté muy temprano, besé a mis hijos que aún dormían y me despedí de Héctor. Apenas tomé un café de pie en la cocina, temerosa de que mi esposo se levantara y pudiera advertir el desasosiego que me empezaba a agitar por dentro. La siempre penosa entrada en Ciudad de México y la llegada hasta la tiendecilla de abarrotes del barrio en la que Camelia y yo habíamos acordado vernos, me llevó más tiempo que el viaje mismo de Cuernavaca a la capital. El tráfico en la capital era, como siempre, trágico y los atascos aprovechados por tragafuegos, payasos tristísimos, niños descalzos y vendedores de periódicos, mangos troceados, chicles, jugos o cualquier mercancía, conformaban la espesa salsa en la que se cocinaba la viscosa y contaminada miseria urbana. Detestaba el Distrito Federal. Una lluvia finísima envolvía el incesante lienzo que veía tras el parabrisas de mi auto. Bajé por Insurgentes y callejeé por Garibaldi hasta adentrarme en el barrio y alcanzar la esquina en la que permanecía abierta la tienda de abarrotes La chiapaneca, y allí en la puerta pude ver a mi hermana de pie, ataviada con una gorra de béisbol, una sudadera verde y unas sucias deportivas. Me hizo señales para que aparcara el auto frente a la tiendecilla y allí, sin más preámbulos, comenzó su frenético y aleatorio deambular. Con las manos sepultadas en los bolsillos de la sudadera y sin apenas levantar la vista del suelo, caminando muy deprisa y haciendo breves señales con la cabeza para que no me demorara, dimos decenas de vueltas a varias cuadras mientras ella se esforzaba por explicarme, entre susurros y una evidente desconexión discursiva, que la misión estaba en peligro. Zigzagueaba, subía y bajaba escalones sin razón aparente, se escondía de repente en un portal como si alguien nos siguiera. Le pregunté por qué no me había avisado para ahorrarme el viaje hasta el Distrito Federal, siempre parecido a una caída en el azufre del infierno. Y para evitarme aparcar el auto en las entrañas de Tepito, un bastión de la resistencia a la globalización para algunos, una cloaca infestada de delincuentes y sicarios del narco para otros. No hubo respuesta. Ahí empecé a temer que no había misión alguna, que tal vez nunca la hubo, que Camelia podía estar inventando una ficción y viviendo dentro de ella. No sería la primera vez. Me miró y me dijo que debía continuar yo sola, que desde La Michoacana, una heladería que encontraría de frente si caminaba tres cuadras más, debía torcer siempre dos veces a la izquierda y tres a la derecha contando dos y tres cuadras alternativamente antes de cada giro, y que... La callé con un grito que descargué sobre ella como una cuchillada. Al sentimiento de estafa que me invadía siguió la inmediata compasión hacia mi desgraciada hermana, una emoción que me fue sobrecogiendo más y más, hasta que me detuve y la abracé. Se soltó y me miró enfurecida, prosiguiendo su entrecortada melopea de explicaciones:

Se que no me crees... confiábamos en ti... tu desconfianza acabará con Ernesto... esteeee... red de tráfico de órganos... cortes quirúrgicos en miembros superiores e inferiores... mira esos helicópteros que sobrevuelan Tepito y nos vigilan...

hummmm... el narco está involucrado... ellos decapitan y torturan y mutilan y violan... sicarios sin escrúpulos colaboran en tareas de limpieza social para hacerse con los órganos... eeee... hay pastores de una iglesia evangélica metidos en esto... sus gentes colaboran limpiando las calles de indeseables y luego entregan los cuerpos en pedazos... a cambio de favores y... esteeee... de mucho dinero... son los cuerpos de mendigos, prostitutas, delincuentes de poca monta... esteeee... siempre que sean menores de doce años... nadie los reclama... mira Nora, cómo huelen esos elotes asados... esos elotes asados, Nora... Nora... Camelia... Nora...

—Camelia, Camelia, Camelia...

Es la voz de Héctor. La voz de Héctor me va sacando de un profundo sueño, otra vez. Antes de abrir los ojos todavía me llegan las imágenes de mi boda color vainilla envueltas en brumas cremosas, el jardín perfumado de jazmines y madre selvas, mi hermana alzada sobre unos tacones amarillos, muchas casitas sucias y amontonadas en un barrio al que llego en coche para llevar a cabo una extraña misión destinada a destapar una red de tráfico de órganos, la visión de los cadáveres dejados por los paramilitares, los sicarios tatuados, las gentes del narco, vendedores de armas, adeptos de una oscura secta, ¿o no era una secta?

—Camelia, Camelia...

Trato de abrir los ojos pero de nuevo esa pesadez incalculable sobre cada uno de los párpados me disuade. Ya me ha pasado otras veces en este lugar, ocasiones en las que la voz de Héctor me llama susurrando mi nombre al oído, pero nada puedo hacer para responderle. No me muevo, no tengo voz, no sé si respiro. Me llama pero no consigo mover un músculo. Las imágenes del sueño siguen desfilando ante mi, todas ellas tenebrosas, abruptas, en colores raídos que van cambiando infatigablemente. Por ejemplo, el malva de mi collar de amatistas, el que llevaba sobre el vestido de gasa azul el día de mi boda, estalla en mil pedazos y tiñe de malva toda la escena, goteando malva espeso sobre los rostros de los invitados a ese sueño que se resiste a evaporarse. Escucho la voz de mi esposo, otra vez, y otra, salpicada de un malva que se vuelve púrpura. Está cerca de mi, pero no puedo verle. Tal vez me esté tocando, pero no siento nada rozando mi piel. Puede que no tenga piel. O que no la tenga él. Y luego la voz del médico que nos atiende, debe ser el médico que se ocupa de mi caso porque siempre habla de diagnóstico diferencial, del alcance de la lesión y de lo imprevisible de los daños neurológicos que el accidente puede haber ocasionado en mi cerebro. Pero su rostro no lo he visto nunca. Imagino que sabe que puedo estar oyendo sus palabras, y que probablemente resuenan en mi cabeza como campanadas, como una cantata desarticulada, como un motor a punto de calarse. Me pregunto por qué carezco de control motriz sobre mis delgados párpados, por qué pesan como dos féretros, mientras experimento la extrema liviandad de mi cuerpo tendido sobre esta cama y, en ambos casos, la inmovilidad total. Deseo sobre todas las cosas abrir los ojos para ver si es que me tienen atada a este lecho, o si me han decapitado y solo me queda la cabeza con la que pienso todo esto, mientras mis miembros están

podriéndose en algún desierto. Pero, a juzgar por la conversaciones que mantienen mi esposo y el médico, deduzco debo estar aquí más o menos entera.

—No responde doctor, no mueve un solo músculo del cuerpo. Lleva así ya muchas semanas, no sé qué podemos esperar. Nuestros hijos preguntan y...

—Tiene una profunda afectación neurológica y recuerde que ha habido una suspensión momentánea, pero decisiva, del riego al cerebro. Con sinceridad, no sé si debería albergar esperanzas para ella, para sus vidas, don Héctor. Sería mejor que hablara con sus hijos cuanto antes. Pero vuelvo a insistirle: yo como médico debería conocer más detalles sobre las circunstancias en las que se produjo este devastador brote psicótico de carácter disociativo. Usted solo me ha dicho que Camelia siempre tuvo una imaginación desbocada, y que era demasiado temeraria, pero créame que esos dos rasgos de su personalidad no pueden causar, aisladamente, un bloqueo sistémico de estas proporciones.

—...

—Como usted desee, don Héctor. Pero tenga a buen seguro que así no podré ayudar a su esposa, ni devolverles a usted y a su familia la vida que tenían antes del accidente.

—Siéntese doctor. Verá, Camelia y yo nos íbamos a casar. Teníamos ya dos hijos y, para jugar a esquivar un poco más las convenciones sociales, a las que ella tenía... Es decir, tiene, una especie de alergia, decidimos hacer el viaje de bodas antes de celebrar la boda misma. En aquel entonces vivíamos plácidamente en Cuernavaca, habíamos... Bueno, ella había sobrevivido, eran sus palabras, a dos maternidades, y tenía ganas de rescatar lo que aún pudiera quedarle de su anterior vida de pecado, insisto, eran sus palabras, irónicas, irreverentes, porque ella conocía bien la jerga de los conversos religiosos por razones que... Bueno, no me detendré en los detalles. Le pedimos a mi madre que se quedara diez días con los niños para poder realizar un recorrido juntos por Guatemala. Eso fue durante la primavera pasada. No sé si tiene usted tiempo ahora...

—Prosiga.

—Bien. Llegamos en avión a Ciudad de Guatemala y de allí viajamos directamente en autobús a Sololá, a San Lucas Tolimán, para visitar el San Simón que veneran las gentes del lago en las faldas del volcán Tolimán. Créame que quedé fascinado. Yo nunca había estado en Guatemala, Camelia sí. Vi decenas de indígenas que entraban y salían de una humilde casa que hacía las veces de capilla. Me estremecieron los rostros enjutos e imperturbables de los indios tzutu'hiles que cuidaban como mayordomos de aquel santo pagano, una esfinge muy poco solemne, distinta a cualquier becerro de oro que yo hubiera visto hasta entonces; un tipo de madera ataviado con un traje sastre negro, tocado con sombrero de ala ancha y sentado con las manos en las rodillas. Un penetrante olor a aguardiente y a tabaco sobrecogía al entrar en la estancia a oscuras. Nos adentramos con sigilo y me senté en una tosca silla de madera de las que se alineaban delante de la pared para los

visitantes, y allí permanecí escuchando las oraciones incomprensibles de las gentes arrodilladas ante San Simón, tratando de que mis ojos se hicieran a la oscuridad que reinaba dentro. Murmuraban mirando a la imagen y hacían genuflexiones, apenas me miraban a mi y si lo hacían daba la impresión de que podían taladrar directamente mi mente, y que esta carecía completamente de interés para ellos, porque apenas se detenían un par de segundos mirando mi frente, nunca mis ojos, y se daban la vuelta. Cuando al fin pude escudriñar el espacio en todos sus detalles, entre la bruma formada por el espeso humo, las decenas de velas diminutas de colores que se apretaban prendidas a los pies de la imagen y el alcohol en suspensión que dejaban quienes asperjaban aguardiente entre extrañas oraciones, como masticadas y muy sentidas, seres que apoyaban reverencialmente el sombrero en sus pechos e inclinaban las cabezas para pedir al santo cosas que mi imaginación solo podía soñar con pergeñar, cuando mis ojos abrieron con esfuerzo un claro en mitad del oratorio, ya no la vi.

—Sea más explícito, por favor.

—No la vi, no estaba, Camelia se había evaporado. La busqué por toda la habitación, palmo a palmo, primero rastreando ansiosamente con la mirada, después me levanté y miré detrás de los mayordomos, bajo las sillas, junto al santo, fui observado con desaprobación y finalmente, acosado por temores de fatalidad, salí al exterior. La luz azulada del lago Atitlán, a media tarde, me cegó repentinamente. Algunas mujeres conversaban en la puerta llevando sobre las cabezas jarros de agua fabricados en plástico, con sus largas trenzas negras y lustrosas atadas entre sí y echadas a la espalda, o enroscadas coronando la cabeza, vestidas con sus huipiles bordados y sus cortes, y me dieron ganas de emprenderla a patadas con todo aquel estúpido montaje folklórico. Camelia no estaba y yo, conociéndola como la conocía, me temí lo peor...

—De nuevo he de pedirle que sea más explícito, don Héctor. ¿Qué quiere decir exactamente cuando afirma que se temía lo peor, conociéndola-como-la-conocía?

—Verá doctor, no era la primera vez que Camelia desaparecía. Pero si emprendo el relato de sus hazañas créame que no acabaremos nunca. Déjeme, ya es bastante esfuerzo y vergüenza, se lo aseguro, que acabe con esta triste y humillante historia.

—Si juzga antes de tiempo no solo llevará su relato por donde sus prejuicios le vayan dictando, sino que me condicionará a mi, si me permite la observación.

—No lo dudo, pero cuando acabe verá que no le faltó a la verdad, doctor. Camelia desapareció y yo creí enloquecer. Vagó por aquellos parajes durante tres días, ¿se imagina? Tres interminables días de los cuales no llegó a recordar nunca nada de nada. Yo apenas si me atrevía a contar con las fuerzas que llaman de seguridad en un país en guerra. Ya en México es una temeridad llamar a la policía, imagine en Guatemala. Bueno, fueron tres jornadas espantosas en las que ni dormí ni comí nada, acosado por las pesadillas de lo que podía estar pasándole a mi mujer. Recorrí llevado por las fiebres varios municipios, los de Santiago, San Pedro, Santa Catarina, San

Andrés, todos en torno al lago más hermoso de Centroamérica: el jodido lago Atitlán. Visité mercados, tiendas, iglesias, bares, vagué por las calles de tierra bajo un sol sin misericordia. En la noche me arrastré por tugurios y me topé con soldados borrachos y visiones aún peores. Caminaba a todas horas, desesperado y sin saber a quién acudir. De madrugada, antes de que empezara a clarear, me sentaba a mirar el lago y me preguntaba con un dolor que me destroza evocar, si allí estaría ella, mi hermosa mujer, ahogada, sus cabellos largos y castaños agarrados a alguna roca del fondo, cubierta de algas, hinchada, tal vez golpeada hasta la muerte, estábamos en Guatemala doctor, imagínese...

—Prosiga.

—Bien, a los tres días, embargado por un desasosiego más profundo que aquel lago cuyas aguas color turquesa ya me herían los ojos, regresé a la capilla de San Simón para preguntar de nuevo a los rostros fantasmales que emergían entre el humo y las siluetas caprichosas que formaban las candelas, después de todo fue allí donde había visto por última vez a mi mujer. La luz afuera era cegadora, de manera que entré y me llevó unos minutos recuperar la visión en aquella oscuridad pastosa y aterradoramente perfumada. Y allí estaba ella, mi Camelia, sentada en una de las sillas, acaso esperándome, desgredada y con expresión perdida, muy cerca del santo, mirando la imagen con los ojos muy abiertos, su rostro sucio y débilmente iluminado por las velas, las uñas mugrientas, rotas, aturcidas. Nunca llegó a recordar qué demonios había estado pasándole durante aquellos tres trágicos días, doctor, nunca.

—... ¿Y bueno?

—Me la llevé a la posada de Santiago Atitlán en la que estábamos parando, y a la que yo no había vuelto desde que ella desapareció, tres días atrás. Camelia no me miró en todo el trayecto, que hicimos por carretera, y yo decidí dejar el interrogatorio para más tarde. Solo me dijo que estaba hambrienta. Al llegar nos sentamos un rato en el modesto restaurante de la posada para tomar una orden de arroz con pollo, frijoles y tortillas. Camelia pidió una cerveza y yo un jugo de toronja. Le hablé pausadamente pero apenas me atendía. Comió como una alimaña, con los dedos, que parecían tizones crispados, y sin esperar a masticar un bocado para llevarse el siguiente a la boca. Yo apenas probé nada. Cuando me indicó que ya no deseaba comer más la levanté suavemente y la conduje a la habitación, situada en el tramo central del primer y único piso de la posada, en el que cuatro cuartos se asomaban a un patio de paredes pintadas de un verde lima prototípico, con publicidad de refrescos dibujada en cada puerta como si eso bastara para demostrar un sentido suficiente de la decoración. Bueno, doctor, hay que conocer aquello para imaginarlo. Tome usted lo peor de México y con ello haga un concentrado de caldo, agítelo hasta que fermente o supure, y déjelo salir. Ahí tiene Guatemala.

—Sería bueno que me ahorrara detalles que entiendo le son útiles para evocar aquel episodio, pero quisiera conocer el desenlace para poder formarme mi propia opinión profesional. He estado en Guatemala, don Héctor, y yo solo soy capaz de ver

belleza por todas partes. Escamoteada, maltratada, pero igualmente sublime. Hablaremos de eso otro día, se lo prometo, pero será cuando haya agotado todos los recursos para devolverle a Camelia la conciencia.

—Sí, sí... Disculpe. Ya en la habitación la ayudé a desvestirse y ella se dejó hacer, con los ojos cerrados y los labios ligeramente entreabiertos. Fue entonces cuando se desplegó ante mi el espectáculo de su cuerpo, la piel con señales de maltrato, rasguños, hematomas, algunos cortes que parecían superficiales, otros más profundos y con sangre reseca alrededor, y un nauseabundo olor a aguardiente que no comprendía cómo no le causaba, o no le había causado, un escozor insoportable en las heridas. Pero ella no sentía nada, doctor. Es más, durante los días que siguieron no llegó a sentir su cuerpo. La lavé con cuidado, la vestí con algo amplio que no le causara dolor en las llagas y viajamos en el coche hasta una clínica privada en Antigua Guatemala, Bethel, para que la examinaran. Tras dos días inspeccionando su anatomía volcados sobre ella como aplicados forenses, los médicos fueron concluyentes: No había la menor señal de violación, en sentido amplio, es decir, no encontraban evidencias inequívocas de que hubiera sido forzada contra su voluntad, pero sí era cierto, y llegados a este punto del dictamen los tres doctores, ataviados con idénticas batas blancas y el mismo tipo de estilográfica asomando en los tres bolsillos con sus nombres bordados en hilo rojo, bajaron la mirada, que era justamente esa voluntad de la paciente la que constituía el verdadero misterio. Había semen perteneciente al menos a una docena de individuos, además de restos de tabaco y de velas negras en su vagina, y unas cicatrices arriba del vello púbico que formaban nítidamente la silueta de una calavera cubierta con un tocado, un manto, y aunque las incisiones habían sido practicadas hacía apenas dos días y aún estaba la piel entumecida, se podía reconocer la imagen claramente. El cuadro es sumamente extraño, agregaron. Puede que haya sido drogada con una sustancia que a día de hoy desconocemos, y de la que desde luego no hemos encontrado restos ni en sangre ni en orina, pero también es probable que usted no conozca verdaderamente a su mujer. Debería contemplar esta posibilidad, concluyeron, y se dieron media vuelta. Al mencionar la calavera Camelia se puso rígida y palideció.

—Prosiga don Héctor, creo que podemos llegar a alguna parte. Parece que su mujer fue víctima de un secuestro, de un pacto, de la actividad de alguna secta satánica, aunque si se trató de un secuestro me extraña que nadie pidiera rescate por ella... Entiendo las dudas de mis colegas y créame que me dejan incluso impresionado con su perspicacia...

—La saqué de allí en cuanto la impresión profunda que me causaron las palabras de aquellos tres médicos me permitieron ponerme en pie. Saqué a Camelia a los jardines de la clínica, donde ella al fin rompió a llorar y entre violentos sollozos me habló de la Santa Muerte, de la imagen de aquella mujer descarnada y de las extrañas flores negras a sus pies, de indescriptibles sacrificios humanos y de devotos de la Niña Blanca que imploraban una buena muerte porque a fin de cuentas ha de

llegarnos a todos, y de la mirada vacía de la Señora que nos protege del mal y del dolor, y de que era buena porque el daño lo hacen los vivos, a esos sí hay que temerles y que... Le grité y la sacudí, doctor, creo que sin demasiado cuidado, porque pude darme cuenta de que estaba mezclando recuerdos. Basta ya Camelia, le dije; escucha, el culto a la Santa es mexicano, querida, tú lo sabes mejor que nadie, Camelia, no hay noticias de nada semejante en Guatemala y menos en un entorno rural, campesino e indígena como de hecho son los municipios y parajes del lago. Aquí ya tienen al chiflado ese del puro y el aguardiente. Camelia, le dije, estás contándome detalles de nuestra visita a la Santa Muerte en Ciudad de México. Escuche doctor, ella debía saber que me estaba mintiendo... O tal vez no lo sabía, es verdad que ya no sé qué pensar. La imagen de la Santa Muerte la había impresionado tanto cuando la vio por vez primera, hace ahora unos dos años, que llegó a prohibirnos instalar en casa la tradicional mesa de muertos en el Día de Muertos. La supuse volviendo obsesivamente sobre aquellas vivencias y trayéndolas a un presente traumático del que, por razones que ni los médicos se explicaban, nada podía recordar. Pero sabía que estaba especulando y... En fin, tuve que admitir que ignoraba por completo las turbulencias que estaban agitando la mente de mi pobre mujer.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Bueno, regresamos a Santiago Atitlán y esa noche, cuando ambos nos deslizamos entre las sábanas, comencé a acariciarla asegurándome de que en el cuarto había suficiente luz para llegar hasta el rincón remoto de su cuerpo que me disponía a explorar. Lamí sus senos heridos y acaricié el vientre con mis mejillas, y allí, acurrucado cerca de su sexo, traté de identificar la calavera, pero aquellos trazos me parecían hechos al azar. Para entonces había empezado a embriagarme el perfume dulzón de su cuerpo, su vello púbico se enredó tercamente entre mis labios y acabé hundiéndome con lentitud en aquella caverna blanda y rosada. Penetré con mi lengua rígida muy adentro y comenzaron a llegarme los espasmos rítmicos y apretados de las caderas de mi mujer, y los gemidos apenas sofocados porque justo en ese momento comenzaron a escocerle todas las heridas, cada arañazo, cada minúsculo corte de los que se disputaban su piel maltratada cobró vida y dolor. Fue solo un instante, tal vez ni eso. Entonces le di la vuelta doctor, y poseído por una pasión que apenas recordaba haber sentido antes...

—¿Sí?

—... Poseído por aquella pasión le abrí las nalgas para entrar en ella y allí, allí doctor, entre su centro más íntimo y la blanca nalga descubrí un minúsculo tatuaje con la imagen de la Santa, ahora sí era ella, con su semblante óseo e inexpresivo perfectamente reconocible, y el manto negro cubriendo la larga osamenta, pero todo diminuto doctor, no se lo creerá, una imagen tan pequeña que ocupaba justo ese modesto, oscuro, recóndito pliegue en torno a su orificio anal...

—¿Le puedo ofrecer un poco de agua? ¿Una infusión acaso? ¿Se encuentra usted

bien?

—Le aseguro que aquella miniatura, que no mediría más de tres centímetros y que debía llevar allí mucho tiempo, casi me derribó de la cama. Empujé entonces el cuerpo entregado de Camelia y me incorporé de un salto, con el miembro aún erecto... ¿Qué hacías antes de que tú y yo nos conociéramos, Camelia? ¿Quién eras? Ella volvió lentamente la cabeza, sin modificar la posición cuadrúpeda de su hermoso cuerpo magullado, de manera que la mirada enfurecida le quedaba a la altura de las nalgas, aún desplegadas y abiertas en mitad del lecho, y yo no sabía dónde mirar exactamente para conocer la verdad... ¿Quién eres, Camelia? Pregunté, ahora en voz más baja, como quien pregunta en vano porque ya conoce la respuesta. Entonces mi mujer se incorporó despacio y comenzó a vestirse, sin apenas mirarme. Su aspecto era irreconocible en aquel instante para mí, la máscara de pestañas corrida formando inmensos cercos mugrientos en torno de sus ojos, las manos enrojecidas y crispadas, las mejillas como pintadas de un rojo púrpura que desentonaba con la nieve sucia del resto de su piel, apagada y pincelada por extraños reflejos verdosos. Parecía una mortificada fémina de Egon Schiele, con sus garras furiosas y su sexo abultado, tan digno de lástima como una ciruela flácida. Una puta displicente, una ninfa perturbada y ebria. Camelia, la madre de mis dos hijos, doctor, la mujer positiva y buena en la que no había sido ni tan siquiera necesario confiar, de la que dudar habría resultado una infamia, llevaba en un lugar de su anatomía que se disputaban el adentro y el afuera, el tatuaje de los delincuentes y las prostitutas de la Ciudad de México. Del cuello las fotos de sus dos hijos y junto al orificio en el que había deseado entrar y perderme solo unos minutos antes, y por el que seguramente habían transitado los miembros morenos de decenas de hombres ávidos y brutales, la imagen protectora de la hez de la sociedad, doctor. ¿Se puede dar usted cuenta de esto? ¿Qué va a ser de nosotros, aún si mi mujer despierta de este largo sueño? ¿Dónde comienza y dónde acaba la Camelia a la que amé y con la que he estado compartiendo mi vida?

...

—... Entiendo.

—Camelia, Camelia, Camelia mía...

Héctor vuelve a dudar de mí, siempre con esos celos enfermizos, e inventa cualquier disparate para justificarse. Jamás he escuchado una historia más inverosímil que la del tatuaje en el culo. Yo sí sé quién soy, Héctor, sé bien dónde comienzo y dónde acabo, y si pudieras ver la verdad de mis ojos, si estos párpados pesados como dos lápidas de granito pudieran desplegarse, verías que mi verdad es justamente esta. Estar donde estoy ahora, aquí dentro, tejiendo historias que trafican con mis sueños y que apenas distingo de tu voz y de la de ese doctor al que, por fin, has dejado mudo. Yo estoy donde debo, pero ¿y qué me dices de ti, mi amor? ¿No estás acaso completamente perdido, entre tus dudas, el pasado, esas ínfulas de perfección, en el inacabable páramo de tus certezas ahora vencidas? Dime, ¿dónde te crees tú que estás? Es posible que solo existas en mi cabeza, Héctor. Puede que esa voz que

sintonizo algunas veces no sea otra que te he adjudicado para que me hables de mi. No sé, si estás ahí fuera recordarás que una vez te dije que no me sentía capaz de poner en pie el argumento de uno solo de los libros que he leído en mi vida, y que, sin embargo, bastaba con abrir uno de ellos por cualquiera de sus páginas para saber con exactitud qué antedecía y seguía a cualquier párrafo elegido al azar. No leía libros, los veía. Las imágenes y los olores que la mente atesora no son comparables a nada de este mundo, porque no hay pruebas irrefutables de que este mundo exista fuera de ellas. Me he quedado para siempre con esas imágenes y esos olores, Héctor, a los que las palabras sirven de soporte dócil. Es posible que esté loca. ¿Quién lo dice? No hay nadie ahí fuera para darse cuenta, nadie con autoridad moral suficiente como para reprochármelo o tratarme con condescendencia, nadie lo bastante sano como para sanarme a mi, Héctor. Y no lo habrá. No soy un trasto mutilado que ha dejado la marea tras retirarse, soy la dama que levanta todo este mundo incierto en el que solo el perfume de los elotes asados, puedes estar seguro, encierra alguna clase de verdad.

14. Anónimos

—Es el quinto anónimo que recibo en dos semanas, Julián.

—No sé Néstor, ¿platicaste ya a la policía?

—Sí, sí, claro. Pero ya sabes cómo son esos cuates. Igual encuentran divertido detenerme a mi para cerrar el caso y luego piden un rescate para liberarme. Nunca se sabe en qué inframundo surrealista puede uno acabar si le entra a la justicia en este país.

—Qué poco patriota eres, claro, como vienes de Argentina, con sus impecables instituciones y su edificante historia reciente...

—Déjate de chistes ahora, Julián. Y localiza a Aliseda, a ver qué se le ocurre a ella. Hace semanas que no la veo, hasta ahora no le había absorbido tanto el trabajo de campo. Es una mujer fina, delicada, intuitiva, necesito hablar con ella. La policía sigue indagando, o eso me dicen... Pero es todo tan extraño.

—¿Qué dicen los anónimos?

—Para empezar, pregúntame cómo llegan. Algunos me los encuentro en la mesa de mi despacho, escritos a máquina y luego fotocopiados, o a mano con letra irregular y temblorosa. Imagino que a propósito, claro. He mandado a analizar las huellas y no hay ni una, quien esté haciendo esto sabe lo que se hace. Luego están los mensajes desde dos teléfonos robados. Y lo último ha sido un correo electrónico desde tu dirección, Julián. Por eso te he mandado llamar.

—¿Qué? No creerás que yo... Espera, ¿qué dice el mensaje?

—Dímelo tú.

—Ah, Néstor, piensa solo un minuto en lo que estás insinuando. ¿De verdad crees que si yo fuera el autor de esto, te lo iba a poner tan fácil? Venga, hombre...

—Sí, sí, tienes razón. Perdona. Debería relajarme y tratar de pensar fríamente. Pero estoy nervioso. Sabes que hay gente en este país que no se anda con bromas. Sobran pendejos en la enloquecida ciudad que habitamos capaces de descuartizarte hasta que haya que recoger con una aspiradora lo que quede de ti.

—Qué tranquilizadora visión de la ciudad en la que vives.

—¿Tienes otra mejor?

—¿Pero qué dicen los mensajes?

—¿Quién usa tu ordenador, además de tu mismo?

—Yo mismo, nadie más. Mi despacho lo comparto como sabes con Laura, la becaria, pero que me corten las dos piernas si ella es capaz de pensar en otra cosa que no sea la traducción metodológica de la epistemología relativista, puaf. No, Néstor. Su mente está colonizada por todo el abanico posible de ideas inútiles, pero ninguna de ellas es sangrienta. Claro que si me dijeras de qué hablan los dichosos anónimos...

—Son citas literarias, Julián. Solo citas más o menos literarias.

—¿Qué? ¿Y estás preocupado por un puñado de citas literarias?

—Al pie todas dicen lo mismo: «Tributo del antropólogo a la Santa». Un enigma.

—Hummm...

—Una de ellas describe en pocas líneas la llegada de un tal Ernesto, ya muerto él, a la estación de San Cristóbal de las Casas. Se sacude el polvo, se toca el estómago, la gente lo mira. Está muerto y no lo está. No sé si me entiendes, bueno, no lo entiendo ni yo.

—¿Hay más?

—Sí, ya te dije, acabo de recibir la quinta. Me la he encontrado esta mañana encima de la mesa de mi despacho. Un librero francés observa a una extraña mujer que pasea con un loco medio transparente detrás. Al parecer también están en algún limbo, o es lo que las palabras, en unas diez líneas, dejan entrever. El de la librería es un visionario, no sé si es que se comunica con los espíritus o qué. El que sigue a la chica se llama Hugo. Y ahí se queda. El mensaje del celular fue algo más breve. En él cuenta algo sobre un pastor evangélico que mantiene una conversación desquiciada con el que arribó cadáver a San Cristóbal, deduzco que es el mismo porque en ambos casos el tipo se llama Ernesto. La que me llega desde tu dirección de correo cita a una tal Camelia, dice que vivió en Chihuahua y que le gustan los corridos norteros... Es absurdo. Siempre viene con aquello del tributo del antropólogo al pie de la cita. Quién puede entenderlo.

—De verdad, pienso que no hay de qué asustarse, Néstor.

—Ya.

—Un alumno juguetón, una estudiante enamorada, un juego de rol que según los sociólogos agoreros se convertirán un día en una moda temible, la sutil voz del destino que te invita a dejar la antropología y dedicarte abiertamente a la ficción, tal vez sea una señal...

—No digas tonterías, es lo último que necesito...

—Bueno, ¿y sabes algo de Alejandro?

—Trato de localizar a Paloma, su mujer, a ver si ella nos da noticias. Hace más de dos meses que se fue sin decir adiós. No es la primera vez que lo hace, pero casi siempre suele dar señales desde algún destino insólito a los pocos días o semanas. Esta vez no.

—Tenía pensado ir a Guatemala, tal vez está ya allí.

—No tiene tanto sentido, porque aún necesitaba mucha información sobre los centros de culto en Ciudad de México y, de hecho, tenía prevista varias visitas con la propia Aliseda a algunos de ellos. Pero Aliseda no está, parece que se la ha tragado la tierra. Su madre, que vive en Comitán de Gutiérrez, me ha llamado para decirme que se quedó esperándola hace una semana, cuando acordaron un encuentro familiar con motivo de no recuerdo qué, pero aprovechó para decirme que las cosas están muy revueltas por Chiapas...

—Te veo persiguiendo a demasiada gente a la vez. Los anónimos, Alejandro, Aliseda, la indiada revuelta en el sureste... ¿No te estarás volviendo un poco paranoico, pero al revés? Bueno, me voy. Tengo clase, volveré si encuentro el aula

vacía, porque los estudiantes estaban amenazando con una nueva huelga.

—Lo que tú quieras, pero todo esto tiene algo en común, y es esa mujer descarnada que trae loco a todo el mundo. En fin... Ah, mira, me entra un correo de Paloma... «Querido Néstor, estoy preocupadísima. He volado a Guatemala para hablar con colegas que Ale tiene aquí, pero ninguno lo ha visto. Llevo semanas sin saber nada de él y es la primera vez que me deja sin noticias tanto tiempo. Como me dijiste que no estaba con vosotros, pensé que lo mejor era viajar directamente a Guate. Me han dado una semana en el trabajo. Fidelina, Alfonsa y Humberto, sus tres colegas más directos, nada saben de Ale. Seguimos indagando. Estoy en Jocotán con ellos. Un abrazo. Paloma».

—Vaya, vaya. La cosa está poniéndose difícil.

—Si sus colegas de la Universidad de San Carlos en Guate no saben nada, y nosotros tampoco, dime tú si no es para preocuparse, Julián.

—Pues sí.

—Ayer llamé a los hospitales de la ciudad. Uno a uno. No está en ninguno de ellos. La policía investiga los anónimos con el interés que, vistos desde fuera, merecen. Ninguno. Es más que probable que Paloma comunique el caso, si no lo ha hecho ya, a la policía española, y que por ahí haya alguna esperanza. Voy a poner en circulación de inmediato un mensaje a todos mis contactos dentro y fuera de la profesión alertando de su posible desaparición...

—No vayas tan rápido, espera y...

—¿Esperar a qué? ¿A que aparezca su cadáver en cualquier barranco?

—Néstor, si es eso lo que va a ocurrir, ocurrirá de todos modos. No es un secuestro, porque sus captores ya habrían dado señales...

—¿Y los anónimos?

—Esos son un juego, aunque entiendo que te inquiete la coincidencia. Pero se trataría de los primeros sicarios con ínfulas literarias de la historia de México. Esos quieren dinero, Héctor, no entretenerte la imaginación con historias de muertitos que viajan en autobús.

—Sea quienes sean, están cerca. Usan tu ordenador, llegan hasta mi despacho. Hay que estar más atentos. Debemos avisar a la gente en la que confiamos para que estén alerta e informen de cualquier movimiento raro, de la presencia de intrusos...

—¿Con cientos de estudiantes deambulando a todas horas por los pasillos de la Universidad? Igual una limpiadora ha abandonado algún cuento de Poe y se ha materializado para darle vida a esta pesadilla...

—Gracias por tu brillante hipótesis. Tantas cervezas con Jacobo no pueden traer nada bueno. Por cierto, también quiero hablar con Jacobo, fue de los últimos que estuvo con Ale, y de los pocos que le entiende.

—Mira, ahí llega tu Aliseda... ¿No será que te gusta la misteriosa dama muda...?

—Calla, que puede leer tus pendejadas en los labios. ¡Querida, querida! —Néstor abraza espasmódicamente a Aliseda, que parece más pálida que de costumbre—.

¿Dónde estabas? Tu madre llamó preocupada desde Comitán, no te hemos visto desde la conferencia de Ale, por cierto, Ale...

—Bueno Néstor, os dejo. Voy a ver si mis alumnos se han dejado caer por clase.

—Siéntate Aliseda. Dime, cuéntame, qué has estado haciendo.

—No deberías estar preocupado, Néstor —comienza Aliseda a gesticular suavemente, pronunciando con cuidado las palabras para que Néstor pueda leerlas en sus labios y escribiendo en su libreta algunas frases—. Estuve en Chiapas, pero no llegué a Comitán porque tuve que asistir a varias reuniones con gentes de allí, círculos de apoyo a las reivindicaciones de las organizaciones indias de la región. Me explicaron que se está preparando algo importante en la selva, la situación es muy preocupante. Desde luego que mi mamá supo de mi, pero ya sabes que no anda bien de la memoria, está muy mayor. Te conté nuestra historia alguna vez, al fin y al cabo la de tantas mujeres humildes de mi tierra. Hace años que mi padre la abandonó por otra mujer, y lo que en realidad vino a ser un golpe de suerte, porque él llevaba ya mucho tiempo alcoholizado y la maltrataba a todas horas, para ella fue su final. Es verdad que tuvo que sacarnos adelante sin ayuda de nadie, limpiando la mugre de los coletos ricos, pero la acompañaban cientos de mujeres tan lastimadas y solas como ella, y con los mismos hijos que alimentar, como ella. No volvió a ser la misma — Aliseda se quedó pensativa.

—Bueno Aliseda. Está bien, está bien. Conozco la historia y es de verdad muy triste. Mira, estamos angustiados por la desaparición de Alejandro. Su mujer, Paloma, ha viajado a Guatemala para indagar sobre el terreno con algunos colegas de su marido, pero precisamente acaba de escribirme y nada sabe aún.

—No hay de qué preocuparse, Néstor. Alejandro me dijo que necesitaba un tiempo de soledad y que...

—¿Te dijo a ti, alguien a quien acaba de conocer, que necesitaba estar solo? ¿Y dónde quedo yo, su mejor amigo en estas tierras? ¿Y Paloma, su mujer? ¿Cuándo hablasteis por última vez?

—No te apenes, él no quería preocuparte.

—Aliseda, perdóname, pero no sé si creerte. Él no es así. ¿No decía que le acompañarías a algunos centros de culto de la Santa Muerte? Es lo último que supimos de él. ¿Cómo estás tan segura de que nada le ha pasado? ¿Te dijo por qué necesitaba estar solo? ¿Y desde cuándo? Bueno... Perdona, no quiero atosigarte con mis preguntas, pero entiéndeme, empiezo a estar desesperado —Néstor se llevó las manos a los ojos y los frotó arqueando mucho las cejas.

—No temas, Néstor. Indagaré. Si algo llego a averiguar, serás el primero en saberlo. Pero Ale estará bien, Néstor. Solo atravesaba un momento difícil, es un hombre complicado. Quiere estar solo, a veces lo necesita.

—¿Pero cómo sabes tú todo eso? ¿Y ni siquiera avisa a su mujer, que a quince mil kilómetros no podría hacer nada por perturbar su paz? Más bien lo contrario, sin avisar lo que provoca es que todos nos preocupemos y nos lancemos a buscarlo.

—Es una manera de verlo.

—Es la manera de verlo, si las cosas son como me cuentas. ¿Qué estás mirando con tanto interés?

—Esas máscaras, ¿son bailadas?

—Sí. Preferiría seguir hablando de lo nuestro. Además me están llegando anónimos que contienen fragmentos de historias absurdas y van firmados, bueno, no exactamente firmados. Todos se refieren a un tributo.

—Dime de dónde son.

—¿Las máscaras? De Nahualá y Quiché, en Guatemala. De Guerrero y Yucatán, de aquí, de México. ¿Qué importa eso ahora?

—Aún llevan el aliento de quien estuvo detrás de ellas, ¿te llega?

15. Más adentro, más adentro

La vieja máquina necesita que la engrasen, cosa que yo mismo podría hacer con esta espesa sustancia parda que gotea de mi pelo. A veces cae en una hoja en blanco y toma la forma de mi extraña e indefinida desesperación, bordes irregulares, colores irisados y nauseabundos, como mi cuerpo maltratado, como el afligido fondo de mi alma. Me siento como el último perdedor sobre la tierra, aunque ignoro qué es lo que me han arrebatado. No recuerdo otra cosa que las paredes acres y desabridas de esta mazmorra, de este agujero en el que me voy muriendo obligado a imaginar vidas que no son la mía y que me suplantán haciéndome olvidar quién fui. No sé cuánto tiempo llevo aquí, ni tan siquiera puedo recordar si alguna vez estuve en otro lugar, si he soñado estos recuerdos que no me pertenecen o los he inventado y escrito, si de los papeles que este híbrido de máquina y migales garabatea se despegan como genios enloquecidos los seres que mi mente expelle o si la dirección que siguen pasa por otros lugares, los escenarios de sus propias existencias, por las que quizás deambulan perfectamente autónomos, ajenos a todo esto, mientras yo imagino que los imagino, o quizás solo los recuerdo de cuando estaba ahí fuera, al otro lado de estos muros, y acaso compartimos jirones, esquejes de realidad. Eso en el supuesto de que exista el ahí fuera, porque desde aquí dentro no consigo percibir más que ruidos vagos, voces apagadas, siempre las mismas, y el penetrante olor a maíz tostado atravesando el aire viscoso. Una monótona sinfonía de dos o tres instrumentos ásperos como violines tarahumaras, artefactos indefinidos que casi no hacen música, pero que han acabado componiendo la melodía de mis días y mis noches. Eso cuando logro distinguirlos. Luz me llega, y procede de algún lugar que no es este, pero estoy siempre demasiado débil para trepar hasta ese ventanuco cercano al techo por donde se cuele. Es gris, apagada, o amarilla, mustia; a veces se cimbreo anaranjada; danza como un duende, se embosca con picardía; entra en haces oblicuos, en burbujas, densamente o en hilillos. A través de ese agujero escuché una vez los ladridos de un perro que supuse pequeño y exasperado. Fueron pocos segundos, hasta que unos pasos se lo llevaron apresuradamente, pero estuve mucho tiempo tejiendo las más estafalarias hipótesis acerca de lo que podría encontrar al otro lado de la alta ventana, si me fuera dado llegar hasta ella.

Y luego este dolor casi insoportable, como si cada día, en ráfagas calculadas, alguien vertiera ácido en mis entrañas. Cuando siento las primeras punzadas desvaídas, y sé que el temible dolor está a las puertas y que ya llegó para mortificarme, hundo mis manos en el estómago a la altura de esa herida supurante localizada más adentro, y aprieto para contener la rabia, y grito, grito tanto que no me reconozco la voz. Mis tonos se vuelven muy agudos, descoordinan y rompen. Cómo iba a reconocerla, si no hablo con nadie. Hace algún tiempo lo intenté, hice primero toda clase de preguntas razonables, luego las fui haciendo taimadas y al final eran del todo surreales, para provocar alguna reacción en mis captos. Por último eran

reflexiones abiertamente absurdas, y me temo que no pretendía nada con ellas, a sabiendas de que no me iban a contestar. Solo en una ocasión la personita encapuchada que me trae cada día los platos se acercó y me abrió los ojos, recuerdo que yo estaba tumbado en el suelo sobre el sarape inmundo que me sirve de lecho, y debió pensar que me había muerto, porque tiró de ambos párpados hacia arriba, luego los dejó caer y llamó a alguien. Era una voz aflautada y dulce, tal vez de una mujer, lo que se correspondería con el tamaño de la figura. Entró un tipo alto, corpulento y muy tatuado, al que pude ver porque justo en ese momento reuní fuerzas para abrir los ojos, ocurrió exactamente cuando el tipo entraba y fue en ese instante cuando nuestras miradas se encontraron. Iba también cubierto con una media y la cabeza ahuevada nada me inspiró, pelo negro, camiseta raída, los brazos alfombrados de seres entrelazados de tinta oscura, que no pude distinguir. Al percatarse de que yo abría los ojos cerró precipitadamente la puerta, pero antes de que lo hiciera pude distinguir a su espalda un auto, un viejo escarabajo verde Volkswagen y una visión me vino débilmente a la cabeza, me vi bajando de un auto igual, recordé aquellos tatuajes y el perfil adiposo picado de viruelas del taxista. Pero se desvaneció, algo vi que podría haberme llevado a otra cadena de recuerdos, y de esta a otra, pero se evaporó. Siempre ocurría. Y el esfuerzo por tratar de retener las secuencias que escapaban me dejó nuevamente exhausto. El tipo duro le dijo al pequeño que no se preocupara y ambos salieron.

Cuando no estoy tumbado y con la conciencia de sí mismo que debe tener cualquier cadáver en la mesa de autopsias, me sorprende agachado como un indio devorando los platillos que me dejan en el suelo. Mis largos cabellos extienden su pringue hasta la tierra del piso y se mezclan con ella. Me alimento con las manos, buscando el camino hasta mi boca entre los ásperos pelos de la barba. A veces me dejan cubiertos junto a los platos, pero atrapo la comida con las manos, casi morbosamente. Hace algún tiempo recuerdo vagamente que me sentaba, aún me veo en la silla con los platillos de puré de plátano en las rodillas muy juntas, tratando de comer con la cuchara si era una cuchara lo que encontraba, con el tenedor e incluso solo con el cuchillo, si era solo un cuchillo lo que me dejaban. Imagino que albergaba esperanzas de preservar mi humanidad, las convenciones que un día debieron moldear mi vida social y mi manera de estar en el mundo, hasta que caí aquí. Si no, cómo explicar que supiera todo eso y que lo haya ido olvidando, abandonando. No sé. La misma postura del cuerpo. Aquí nadie me ve, salvo esta gente con la que solo a veces coincido, porque suelen entrar cuando duermo, o muero, o lo que quiera que hago el tiempo durante el que no escribo en la máquina-migales. Para qué y para quién debería yo mantener mi cuerpo erguido, mi boca cerrada mientras me alimento, o para evitar que se derramen las babas que me tienen así la barba, reprimir los eructos o no rascarme desenfrenadamente este cuerpo en el que se amontonan los signos de abandono y en el que incluso un terrible dolor ha tomado posesión de mi, como un parásito monstruoso que me devora a dentelladas las vísceras, informe y

despiadado. Tengo una bacinilla de plástico y papel en una esquina. Durante un tiempo estuve cagando por todos los rincones de la habitación, entonces me daba justificaciones irónicas, esto es una cagada dialéctica, me decía, extrememos todas las contradicciones, vamos a llevarlas al límite, a ver si alguien hace algo aquí de una puta vez. Que me recriminen, me golpeen, me maten. Acabemos. Pero cuando dormía limpiaban la celda, la aseaban mínimamente, eliminaban los excrementos. Y me dejaban allí con el insostenible derrumbe de mis fuerzas como única presencia, como único testigo. Volví a hacer mis necesidades en la bacinilla, y en cierto modo hay que reconocer que ha sido como un aprendizaje, el único proceso que no me ha llevado a la degradación aquí dentro, un gracioso bucle en mis rutinas, una involución corregida, el caos revertido, un pudor, un no saber.

Y luego está la escritura. Quién sabe qué escribo. Me siento aquí, llevado por una necesidad irreprimible unas veces, empujado por las circunstancias otras, movido por un lunático cálculo de probabilidades, porque a fin de cuentas alguna voz, no siempre aflautada, me recuerda que estoy aquí para tributarle a la Santa. Es el jodido mantra de mi vida. Lo único que oigo decir a mis inéditos verdugos, y solo me lo recuerdan cuando creen que lo he olvidado, supongo. Puede que a veces me pase días sin escribir. Pero lo normal, dentro de esta monstruosa anomalía, es que me sienta ratos interminables frente a esta máquina peluda y artrópoda, y que luego me tenga que tumbar. Siento que mis músculos se están atrofiando y ya no me sostienen ni sentado, esa es la verdad. Me canso tanto que hasta respirar me agota. Escribo y escribo, pero cuando despierto del letargo en el que caigo después de esas sesiones, ellos ya se han llevado mis papeles. Así que no tengo ni idea de qué cuento en ellos. Sé que en mi cabeza habita mucha gente, los personajes merodean por ella incansablemente, se hablan, se golpean, reflexionan, se lamentan y se aman. A algunos creo recordarlos, pero no sé de qué. Otros me parecen enteramente desconocidos, aunque no estoy seguro de poder reconocer cuál es la diferencia exacta entre algo conocido y algo desconocido, con unas referencias tan miserables como las que me van quedando aquí dentro. Si al menos pudiera leer lo que escribo, no solo estaría entreteniendo mis infinitas horas de aislamiento, sino que tal vez podría, siguiendo el hilo desquiciado de mi mente y volviendo varias veces sobre esas criaturas, abrigar la esperanza de recordar algo que pudiera sacarme de aquí. Quiero decir, que me ayude a estar aquí porque sé quién soy, donde estuve o qué hice. Si consigo tender puentes fiables con otra realidad que no sea esta, podré soportar mejor el encierro al que me tienen sometido. O tal vez no. Estoy siempre atribulado, lloro. Paso del desasosiego al sueño, y de este a la autocompasión. Estoy siempre derribado, me arrastro por un interminable páramo de desolación. En ocasiones me vence el cansancio, otras veces lo hace este dolor afilado en el estómago. Esta gente que me vigila ha debido pensar en algún momento que la cosa es preocupante, porque en mitad de una crisis furibunda, hace horas, días, semanas, no sé, les escuché discutir, en medio de mi incontenible griterío, si tal vez deberían llevarme a algún

hospital. Luego convinieron en que era peligroso y salieron de nuevo. Me han dado algunos medicamentos, pero sin la caja en la que se venden no logro saber qué son. Posiblemente analgésicos, o igual son inmunodepresores o pastillas para las hemorroides. O caramelos, placebo. O veneno. O drogas sintéticas y son esas las que me tienen así. En combinación con los hongos de los platos, que eso sí me lo han confesado. Fue la voz de flauta, pero otra flauta distinta, un día, poco después de que la migales se me echara encima, probablemente la visión más terrorífica que he tenido aquí. Debe hacer tiempo de eso, mucho, aunque los ladridos de aquel perro son el único hito sonoro-temporal que me sirve de referencia.

Hay otra flauta que se llama Eréndira, y fue ella quién me lo dijo. Esa escena la conservo nítidamente en mi memoria. Yo yacía acurrucado en un rincón bajo la imagen de la Santa, lo más lejos posible de la máquina de escribir transmutada a la que le habían crecido patas por todos lados. Ella, casi con la misma voz de la flauta bajita pero de porte bastante más robusto, me acariciaba el pelo. No creo que recuerde otra demostración de afecto desde que estoy aquí. Es verdad que tampoco ella ha vuelto a entrar, la recordaría. Has de tener paciencia y fe, me decía. Ella (y señalaba a la Santa Muerte) sacará lo mejor de ti, y te aseguro que un día esta renovación total del sentido de tu vida te traerá algo grande, hermoso y pleno de milagros. Ella tiene poder, doctorcito, me susurraba. Sus dedos entre mi pelo apenas mitigaban los temblores de mi cuerpo. Cierra los ojos y cálmate. Arrodillada junto a mi amasijo de miembros temblorosos, mis ojos a la altura de dos pechos enormes y muy juntos, apretados el uno contra el otro, cubiertos de unas pecas preciosas que apenas se distinguían de la piel morena. El perfume de esos pechos que olían a canela y a incienso me fue adormeciendo hasta que su voz me confirmó que estaba tomando algo. Son hongos, mi amor, me confesó. Hongos de Oaxaca que tomas con las botanas. No temas, no te van a matar, pero hemos de cuidar que no lo hagan tus visiones. Han de servirte para escribir, no para morir. ¿Dónde estaba antes de estar aquí? —pregunté—. No hagas preguntas. Saldrás de aquí, pero no aún. Será cuando tu tributo esté cumplido. ¿Cómo te llamas? —le insistí mientras miraba hipnotizado cómo se elevaban y descendían acompasadamente esos dos mangos morenos, a merced de la respiración—. Eréndira, me dijo suavemente. Imagino que no es tu verdadero nombre, ¿verdad? Porque lo que me hacéis está mal y algún día te tocará huir —repuse—. No hables de eso, doctorcito, nadie sabe. Y claro que no es mi nombre, pero es el que siempre quise haber tenido. Mi historia no se distingue mucho de la de la pobre niña del cuento del famoso escritor colombiano. También eso será falso, recuerdo que le dije, pero al menos demuestra que has leído algo, le susurré con toda la tristeza de la que era capaz. ¿Volverá la visión de la araña? —le pregunté finalmente. No, ya no, me aseguró, sin que yo acertara a saber cómo podía estar tan segura. Cuanto antes empieces a escribir, antes te harás con el poder sobre tus demonios. Y ella, que todo lo puede, te ayudará. Gracias, Eréndira, le dije como un imbécil obediente. Sin acabar de entender cómo la furia que le debía por ser parte de

aquello podía volverse deseo en un cuerpo tullido como el mío, deseo caliente y húmedo, mezclado con canela, albahaca y cilantro.

16. Greñas atusadas

Pasaron seis largos meses hasta que un anónimo diferente llegó a la mesa del despacho de Néstor. La policía mexicana llevaba semanas desentendiéndose del caso. Paloma había vuelto a España y de nuevo a Guatemala tres veces al menos, y ahora se encontraba en México. Todos empezaban a temer que cualquier día un cadáver descompuesto cerraría la investigación, pero continuaban luchando por dar con el paradero de Alejandro. La policía española seguía la pista de un ramal del crimen organizado, un grupúsculo de sicarios del narco apodados los Zopilotes, quienes habían proclamado su autoría pensando en sacarle algunos dividendos al caso y luego desaparecer. Los primeros carteles anunciando «tenemos a Alejandro» y firmado por el grupo aparecieron en una peluquería de Pátzcuaro, en el estado de Michoacán, y luego se encontraron más en distintos municipios de Guerrero y Jalisco. La misma investigación del caso ya recogía esta posibilidad, porque no había absolutamente ningún indicio que hiciera pensar que ellos tenían a Alejandro en su poder. Incluso habían llegado a contactar por teléfono con Néstor, a quien las circunstancias habían convertido en el epicentro de todo el caso, pidiéndole sumas importantes de pesos. Pero Néstor, que jamás creyó seriamente que ellos fueran los autores del secuestro, les pidió una vez hablar con Alejandro y supo de inmediato que la voz que escuchaba no era la de su amigo. Seguro del todo no podía estar, de manera que les siguió el juego varias veces, pero cada vez que estaban a punto de intercambiar la suma que exigían por el prisionero, el grupo se desvanecía y no daba señales por varias semanas. Ni siquiera son profesionales, pensaba Néstor. Y me están haciendo perder el tiempo que debería dedicar a explorar las pocas pistas significativas que de verdad tenemos.

Claro que esas pistas se reducían a dos docenas de anónimos conteniendo citas literarias. Habían seguido llegando mensajes de teléfono en las últimas semanas, correos electrónicos desde direcciones de amigos y colegas próximos que revelaban la preocupante cercanía de gente implicada en el caso, hojillas de libreta escritas a máquina y fotocopiadas, o a mano y con la misma letra temblorosa, sin huellas dactilares siempre. La misma nota al pie, «Tributo del antropólogo a la Santa», en cada anónimo. Habían empezado a mirarse entre ellos con desconfianza. Nadie sabía nada, pero parecía evidente que alguien entre ellos dejaba los anónimos en la mesa de Néstor, o utilizaba los ordenadores del Departamento para enviar los textos. Los despachos estaban cada vez más controlados. Cambiaron todas las llaves de las puertas y las claves de acceso de los ordenadores. Pero los mensajes seguían llegando, sin amenazas, sin exigencia de rescate, sin alusiones a la desaparición. A Néstor apenas le quedaban dudas sobre la conexión entre aquellos extraños anónimos y la suerte corrida por Alejandro. Hubo una excepción, la cita aparecida en La Jornada, un importante periódico mexicano de izquierdas. Lo habían publicado en la sección literaria, pero Néstor de inmediato reconoció que estaba escrito por quienes

mantenían retenido a Ale. El periódico acostumbra a dedicar un espacio de sus páginas centrales a un poema, o a una narración breve, y en este caso, firmado por «El Hombre de la Paloma», el diario había dado cabida a un relato muy corto, de apenas treinta líneas, envuelto en la misma atmósfera turbia que solía rodear a los personajes que Néstor encontraba en los anónimos. No hablaba de ninguno de ellos, pero la bruma era la misma, la cadencia poética, el horror del que provenía. Cambiaba la firma, seguramente porque los principales periódicos se habían hecho eco de la noticia de la desaparición de un profesor español en Ciudad de México, casado con Paloma Márquez, funcionaria del Ministerio de Justicia español, y a los dos meses se filtró la noticia de que extraños anónimos rubricados por la cita del tributo estaban llegándole a uno de los colegas del desaparecido. Néstor no los había difundido, de manera que nadie los conocía salvo los amigos directos, Paloma y los investigadores de la policía involucrados en la resolución del caso, pero el hecho de que llegaban anónimos y que hablaban del tributo a la Santa, sí era ya de dominio público. Néstor imaginó que si los autores de los anónimos sabían eso, lógicamente habían pensado cambiar el pie de la cita para no ser identificados, de forma que solo quienes estaban familiarizados con los personajes de los relatos pudieran reconocer la autoría. Leyendo La Jornada aquella mañana en la cafetería de la Universidad, más de seis meses después de la desaparición de Ale, Néstor se sintió atraído por el nombre de Paloma al pie del relato, y comenzó a leer aquellas pocas líneas en las páginas centrales del periódico:

Paseo entre horrendas mariposas negras por estas calles mojadas de lluvia y noche... escucho murmurar a quienes hablan de guerra en estas montañas enlutadas, quienes se apostaron en la selva espesa esperando. Y ese al que buscas está entre ellos, son cientos de soldados, tal vez miles, no odian, tienen hambre, dicen que de justicia y dignidad. Yo solo veo que te pierdes, que te has ido entre las mariposas gigantes y que estás oculta dentro de las alas de una de ellas, que te llevan, que te acunan. Te estoy perdiendo, ahora sí. Qué lees encerrada en ese cuarto desbaratado, qué manuscrito es ese, a quién buscas en mitad de este estruendo, por qué corres hacia el lugar equivocado, escucha ese zumbido, huye, vete, escapa, escapa, escapa, en lugar de precipitarte en el abismo sordo que te tragará. Que nos tragará. Mucho me temo amor que nos pierdes a los dos, que me voy contigo, mi esposa, mi flor, mi puñal... Te veo acercarte al círculo de muertos (El Hombre de la Paloma).

Inmediatamente llamó a Jacobo y a Paloma, les explicó lo que acababa de encontrar en el periódico y juntos acordaron verse en la Universidad a media mañana. Pero el día iba a deparar aún más sorpresas. Al acabar el desayuno en el Morales Néstor se dirigió a su despacho y allí, sobre su mesa, encontró una nota escrita con una vieja máquina de escribir en la que leyó lo siguiente: «Esta tarde tras la tienda de abarrotes El Frijolito, entre las calles Peñón y Toltecas, en Tepito». Néstor sintió que alguna víscera bajo en corazón saltaba sobre la mesa y rebotaba por todas las paredes del despacho, como un sapo desquiciado. Sacó el celular del bolsillo y antes de

empezar a marcar el temblor que tenía tomadas sus manos provocó que lo lanzara a varios metros y el artefacto se estrelló contra la pared, rompiéndose con estruendo por su mitad longitudinal. Se abalanzó sobre el teléfono fijo y marcó el número de Paloma, pero dio la señal de ocupado. Luego llamó a Jacobo, quien atrapado en mitad de la muchedumbre que se amontonaba en el metro a esas horas, apenas entendía el discurso entrecortado de Néstor. Al término de la agitada conversación se dejó caer en el sillón y justo entonces entró Aliseda, vestida con una falda aterciopelada en tonos azules y un largo collar de amatistas. Néstor le agarró con fuerza las manos para gritarle la noticia dos, tres, cuatro veces. Ella permaneció muy quieta, escuchó atentamente y luego se sentó.

—Parece que todo ha acabado, ¿no? —pronunció lentamente cada palabra mirando fijamente a Néstor.

—No sé Aliseda. Tal vez no sea prudente celebrar todavía nada, pero esto debe tener algún significado, ¿no crees?

—Sí, significa mucho, Néstor. Y no todo es bueno. Lo que hay detrás de El Frijolito es un centro de culto a la Santa Muerte que no he tenido manera de visitar desde que estoy en esto. Dicen que acude gente del narco para cumplirle a la Santa — Aliseda gesticulaba de un modo inusualmente lento y entrecortado, también escribía algunas frases en su cuaderno. He oído hablar de sacrificios nuevos, al parecer estarían explorando otros rituales para renovar el culto y hacerlo más fuerte, para que cale entre otras capas sociales. Pero nunca llegué a entrar, siempre lo encontré cerrado. El dueño de la tienda de abarrotes no responde si le preguntas.

—Eso que dices es horripilante —Néstor se llevó las manos a las sienes, tiró de la piel, cerró los ojos—. Pero reconocerás que de todas formas se abre un camino, en mitad de tanto misterio, que tal vez nos conduzca hasta Ale.

No habría transcurrido media hora desde la llegada de Aliseda cuando entró Jacobo acompañado de Paloma, a quien el mismo Jacobo había avisado para que se dirigiera al despacho de Néstor. Este les mostró de inmediato el trozo de papel. Ambos se miraron y luego miraron a Néstor, y convinieron que no había tiempo que perder. Había que adentrarse en las entrañas de Tepito y averiguar qué significaba ese último anónimo.

—No hablemos aún con nadie de todo esto, Néstor.

—Ya, ya, Jacobo, pero puede ser peligroso. Piensa en el barrio. Entre las calles Jesús Carranza y Tenochtitlán está el infierno.

—Iremos los cuatro en mi coche. Paloma, tú, Aliseda y yo. No diremos nada a la policía hasta que no sepamos qué hay detrás de la tienda de abarrotes. Aliseda conoce el terreno y...

—Incluso ha oído hablar del lugar —repuso Néstor. Paloma lloraba.

—¿Qué sabes, Aliseda? —preguntó Jacobo.

—Vamos —dijo Néstor agarrando del brazo a Jacobo. Nos lo contará por el camino. No hay tiempo que perder.

Salieron del despacho recorriendo velozmente los pasillos de la Universidad hasta alcanzar la calle casi sin aliento. En la entrada, frente a los jardines, encontraron a Julián, que los miró atónito.

—Néstor, ¡espera! Tengo que presentarte a alguien.

—Ahora no puedo Julián. Llevamos prisa.

—Espera, será solo un momento —Néstor no quiso complicar las cosas y pensó que un minuto no significaba nada a cambio de sacarse de encima a Julián, a quien no deseaba mezclar en la operación—. Mira, este es Denis Dubois, nuestro nuevo contacto para la biblioteca. Viene de San Cristóbal y tiene larga experiencia en la distribución de libros de...

—¿Cómo dices que se llama? —exclamó Néstor arqueando todas las cejas que pudo.

—¿Denis Dubois? —susurró Jacobo, dándose lentamente la vuelta—. No puede ser.

—¿De qué estáis hablando? —Se sumó Paloma. Mientras tanto, Aliseda se mantenía en un discreto segundo plano. Poco después echó a andar hasta desaparecer doblando la esquina del edificio principal de la Universidad.

—No sé por qué os alarmáis tanto. Denis es un librero que...

Los tres se miraron y luego miraron en derredor, como si la suave brisa les pudiera traer respuestas. Denis callaba. Julián seguía preguntando, arañando apenas el profundo silencio que ahora parecía haberse desplomado sobre toda la ciudad.

—¿Qué os pasa?, ¿es que nunca habéis visto un librero?, ¿cuánto hace que no compráis un libro? Esa cosa con páginas que van muy juntas por uno de los lados para que no se caigan al suelo, van escritas generalmente por ambas caras y... — Julián parecía divertido con su propia ocurrencia.

Los tres echaron a andar apresuradamente y no dijeron nada hasta estar sentados en el coche, fue entonces cuando se dieron cuenta de que Aliseda no estaba con ellos.

—No tenemos tiempo de buscarla, Néstor. Deja, iremos solos —dijo Paloma.

—Pero justamente es a ella a quien necesitamos, Paloma. Ella conoce el culto como nadie, fue ella quien me dijo que detrás de la tienda de abarrores hay un centro de culto del que se dice... Bueno, que allí se practican sacrificios, no sé, diferentes.

—¿Estás hablando de un centro de tortura o qué? —exclamó Paloma.

—No, no —trató Néstor de tranquilizarla en vano. Ellos no torturan, bueno, no lo hacen explícitamente. En fin, no tengo ni idea de lo que hacen. Ale vino a investigar y solo Aliseda se ha venido ocupando de esta forma de culto emergente que retoma la tradición del culto a la muerte en México y se hibrida con entidades sagradas prehispánicas que...

—Basta. Deja ahora tus truculencias antropológicas para no dormir. Todas esas explicaciones no van a salvar la piel de mi marido, quizás todo lo contrario —Paloma sollozó como ahogándose. Y continuó, enjugándose las lágrimas—: Que el mismo culto que vino a investigar se lo trague a él es una ironía macabra. Y espero que sea

solo irónica, Néstor. Arranca. Quiero llegar allí cuanto antes. ¿Te hablé de esto Ale, Jacobo?

—No, Paloma. Bueno algo sí.

—¿Y qué te dijo? —preguntaba Paloma mientras el coche de Néstor abandonaba el aparcamiento. Las figuras de Julián y Denis se hicieron diminutas, lejanas, incomprensibles, mientras seguían mirando al coche que se alejaba, Julián señalando con el dedo y el librero con las manos en los bolsillos de su traje gris, contemplando ausente toda la escena. Pronto una ceiba de ramas descomunales se situó entre los dos personajes y el coche, y los perdieron de vista mientras doblaban la esquina, se saltaban el ceda el paso y ponían rumbo a Insurgentes.

El tráfico se apelmazaba en las arterias de la ciudad, las calles bullían y el denso smog apenas dejaba ver los dos grandes volcanes, el Iztaccihuatl y el Popocatepetl. La humareda que flotaba sobre las amplias avenidas espesaba la atmósfera sobre el negro asfalto moteado de balizamientos amarillos, mientras los tragafuegos cruzaban entre los coches cubiertos de harapos y escupiendo rugientes llamaradas. Uno de ellos iba descalzo y no debía tener más de doce años, un desamparado dragón sin infancia. Vendedores de chicles y prensa competían por los clientes al volante, jugándose el tipo en los semáforos; otros ofrecían empanadas calientes, tamalitos, tortas cubanas, nopalitos o jugos de mango. Les llevó más de una hora llegar a Garibaldi, y luego alcanzar la esquina desde la que comenzaron a adentrarse en Tepito. Néstor conocía a un cronista del barrio que había pasado muchos años entre sus gentes, pero no logró localizarlo. Jacobo no había estado jamás allí y Paloma parecía dispuesta a dejarse llevar ante el mismísimo Satanás con la misma expresión de pérdida y determinación. Néstor había visitado Tepito un par de veces con Aliseda y con otros colegas interesados en los célebres albureros de las vecindades, improvisadores capaces de sostener largas disputas verbales cargadas de doble sentido, expresadas en la barroca jerga local, con alusiones transgresoras y muy obscenas. Circulaban despacio, los tres iban muy callados, como si el silencio dentro del auto les ayudara a pasar desapercibidos fuera. Desde la calle Héroe de Granaditas divisaron el inmenso tianguis, el mercado popular de Tepito, un colosal hervidero humano donde el narcotráfico, el contrabando y la piratería estaban sustituyendo velozmente al comercio tradicional. Les llevó todavía media hora dar con la tienda de abarrotes, escondida en la confluencia de dos callejones, uno de ellos de tierra y el otro precariamente asfaltado. Aparcaron el coche y se miraron entre ellos, dejaron una limosna en la gorra de un tullido que permanecía inmóvil en la puerta de la tienda y entraron. Sonó una campanilla y una mujer breve de rasgos indígenas apareció tras unas cortinillas hechas de cuentas de plástico de vivos colores. Daba pasos cortos, llevaba el pelo recogido en dos largas trenzas y un huipil blanco con coloristas bordados geométricos.

—¿Qué se les ofrece a los señores?

—Mire, nos han dado esta dirección porque... —Néstor se detuvo, tragó saliva,

estiró las manos delante de él y se las miró.

Jacobo se volvió hacia Néstor sin expresión alguna y luego se dirigió resueltamente a la muchacha. Sin demasiados rodeos le explicó que un amigo de los tres estaba desaparecido y que alguien les había dicho que podría estar recluido detrás de la tienda que regentaba. La chica miró detrás de ellos, hacia la calle, y luego suspiró. Haciendo ademán de secarse las manos en la falda y con la mirada baja les explicó entrecortadamente que ella no sabía nada. A medida que lo hacía empezó a masajearse los hombros, primero el uno, luego el otro.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Paloma. ¿Se encuentra bien?

—Sí, no tenga pena. Es solo que mis hombros no están bien, nadie sabe qué les pasa pues. Me duelen a menudo.

—¿Le importa decirme cómo se llama? —La voz de Néstor parecía provenir de otra escena.

—Marcela. Soy de San Cristóbal y...

Los tres volvieron a mirarse, incrédulos. Agradecieron a la chica su amabilidad y la dejaron allí, tras el mostrador, frotándose los hombros. Salieron a la calle en silencio y una fina llovizna se les pegó al rostro, como si los tres hubieran topado con una inmensa telaraña. Sin dirigirse la palabra iniciaron un merodeo prudente hacia ambos lados de la tienda. Néstor partió hacia la derecha, y comenzó a recorrer la hilera de casas maltrechas que se amontonaban a lo largo del callejón de tierra. Paloma y Jacobo se dirigieron a la izquierda e hicieron lo propio a lo largo de un muro parcialmente derribado que seguía la calle asfaltada. Pasados pocos minutos dieron la vuelta para encontrarse de nuevo en la puerta de El Frijolito. Entonces la chica asomó, les llamó y con un ademán les pidió que entraran.

—Esperen aquí —les dijo Marcela, sin levantar los ojos y acariciándose con ansiedad los hombros, los brazos cruzados sobre el pecho.

Mientras ella se perdía detrás de las cortinillas los tres se miraron y se dieron cuenta de la palidez que se había apoderado de sus rostros.

—Ella se llama...

—Ya, Jacobo, ya lo sé. Nada de esto tiene el menor sentido. Es como una gran obra de teatro con demasiados actores a la vez, fuera y dentro del escenario, y algunos de ellos ni saben que lo son. Alguien poderoso puede estar divirtiéndose a nuestra costa, pero prefiero no pensar en un sofisticado fabulador, vestido enteramente de negro, con un monóculo y sonrisa maléfica, sentado en un viejo sillón de caoba tapizado de terciopelo rojo, las piernas cruzadas con desparpajo, un par de enormes gatos persas y...

—Sí, claro, Lucifer. No jodas —añadió Paloma.

—Mirad, según lo que me dijo Aliseda...

—El único que dijo aquí algo con sentido fui yo cuando le insistí a Alejandro para que se alejara de esa muda loca. Mira lo que ha pasado, míranos ahora, aquí, arriesgándonos a morir desangrados de tres navajazos en el hígado, o decapitados y

disueltos en ácido.

—¡Jacobó! —gritó descompuesta Paloma.

—Déjame continuar, no pierdas la calma —repuso Néstor—. Según lo que me dijo Aliseda, la única persona que conocemos capaz de adentrarse en estos tugurios a la búsqueda de información sobre cultos urbanos emergentes como este al que nos podemos estar enfrentando...

—Te ruego que abrevies al llegar a las perífrasis y, sobre todo, a los eufemismos —escupió Paloma, poseída por una repentina furia poco habitual en ella.

—Si ambos seguís así me iré a explorar esto yo solo, y puede que entonces sean dos los desaparecidos, los muertos o los transmutados en vete a saber qué —afirmó tajante Néstor.

De nuevo se hizo el silencio. Las palabras crispadas de Néstor parecieron tener un efecto implosivo en los tres, y cada quien se entregó a sus turbios pensamientos, hasta que de nuevo Néstor lo intentó. La chica de la tienda seguía sin aparecer.

—Aliseda me dijo que una nueva versión del culto trataba de abrirse paso para captar nuevos seguidores entre gente más instruida, por así decirlo. No es propio de un culto con estas raíces y naturaleza, pero los científicos sociales, a eso estamos ya acostumbrados, solemos ir muy por detrás de los fenómenos que investigamos. Me pregunto entonces si esta insospechada puesta en escena, que no podemos atribuir sensatamente a mero azar, no forma parte de las innovaciones recientes del culto. Una especie de mezcla de culto para-religioso y juego de rol. En ese sentido, tan víctima sería Ale como lo estamos siendo nosotros. Y, esto es lo peor, esta hipótesis tan performativa nos podría estar alejando de la posibilidad de encontrarlo alguna vez.

—Lo siento Néstor, pero me estás deprimiendo aún más de lo que ya estaba antes de llegar aquí. Por favor, deja de especular y vamos a ver qué nos trae la tal Marcela.

Miraron al unísono hacia la calle y observaron durante unos minutos a una mujer que asaba elotes en la esquina frente a la tienda de abarrotes. Lo extraño de la escena era que ella los miraba de forma muy directa, la cabeza alta, un gesto impropio de una mujer india y pobre entregada a su modesta tarea, y parecía estar hablando aunque no se veía a nadie en las inmediaciones. El olor les alcanzó y casi podían oír el crepitar de las mazorcas sobre la parrilla. En ese momento entró de nuevo Marcela en la estancia y les pidió que pasaran al interior. Mientras cruzaban la cortinilla de cuentas a los tres les pareció escuchar algo parecido a un alarido. Un perro, dijo Néstor. Parecía un coyote, musitó Jacobo. A mi me recordó a un muerto, añadió sombríamente Paloma. La miraron ambos con sorpresa y reprobación, pero sus ojos parecían ahora absurdamente entretenidos en las hileras de bolas de la cortina.

La diminuta salita a la que daba paso la cortina no era más que un cubículo de dos metros cuadrados con una mesita en el centro, dos sillas y un viejo televisor. Varias repisas abarrotadas de santos fluorescentes, fotos en tonos sepia prendidas con clips a cartones, imágenes de la virgen, floreros con algún rosal de plástico, una Santa Muerte de unos diez centímetros y un par de radios viejas. En el centro de la mesa un

frutero con al menos dos docenas de plátanos. Y un olor a humedad violento, premonitorio. Un viejo que miraba la tele y que parecía mascar algo, tal vez a sí mismo, proyectando desaparecer devorándose de fuera a dentro, les recibió amablemente sin mirarles.

—Sí, sí, esa persona a quien buscan está cerca, amigos. Pero más les vale buscarle sin traer policías, es mi único consejo —el viejo dejaba caer las palabras despacio y sin hostilidad.

—Mire, no sabemos quién es usted, pero le recuerdo que nuestro colega lleva meses desaparecido, en manos de no sabemos qué gente pendeja, sin dar noticias, y extraños anónimos...

—Sí, no se apuren. Lo sé todo —el viejo sonreía y mascaba balanceando toda la mandíbula.

—¿Y pretende que nos quedemos de brazos cruzados mientras el culpable, o al menos el cómplice de un más que probable secuestro, nos confiesa su implicación?

—Si lo prefieren aquí cesa la conversación y, si no han grabado nada, les aseguro que no solo no podrán probar nada contra mi, sino que jamás encontrarán a su amigo. Buenas tardes, señores.

Paloma permanecía de pie con la boca completamente abierta. Jacobo contemplaba atónito al anciano, que en ningún momento miró las caras de sus interlocutores, sin decir palabra. Néstor prosiguió entonces.

—Disculpe, díganos lo que sepa, por favor, o lo que considere. Solo queremos irnos de aquí con Alejandro.

—Les auguro que no será sencillo. No me refiero a encontrarle, que eso puede llevarles apenas unos minutos, digo convencerle para que se vaya con ustedes. La vida no es fácil allí dentro.

—¿Allí dentro?, ¿dónde? —preguntó Néstor cargado de ansiedad.

—En su mente. Está cuidado, no teman. Está vivo, desde luego, aunque no como ustedes acostumbran a estarlo. Miren, a mi solo me han pagado unos pesos. Tengo mis creencias, pero no, no, nada que ver en esto, créanme. Digo lo que me dejan decir, ellos sabían que ustedes vendrían hoy y me dieron instrucciones y unos pesitos. Mi hija Marcela y yo queremos volver a San Cristóbal, bueno, no a esa ciudad ruidosa demasiado llena de coletos, sino a San Andrés Larraínzar.

—¿Dónde está Alejandro? —insistió Néstor secamente.

—Ahí dentro, vengan conmigo. La orden para que les dejara pasar si venían, ya me llegó. Pero no estén tan seguros de estar viéndole a él cuando lo miren.

El viejo se levantó perezosamente y fue entonces cuando pudieron verle los ojos. No tenía, era ciego. Los párpados yacían inertes sobre las dos cuencas probablemente vacías, o consumidas, y salvo este detalle todo en su rostro exudaba dulzura. Pómulos altos y rosados, pelo blanco y crespo, frente morena, despejada, labios muy finos y estiradísimos que sonreían todo el tiempo, aspecto aseado. Su cuerpecillo encorvado se giró hacia Marcela que, sin que mediara palabra, se acercó para ayudarle a

enderezarse y caminar con ayuda de un bastón de metal.

Atravesaron una pequeña puerta de madera que quedaba detrás de una de las sillas, tan minúscula que parecía que fuera una alacena, un armario, pero allí detrás había otra habitación. Entraron los cinco en silencio, dentro estaba completamente oscuro. El viejo encendió un candil y lo manipuló hasta que la luz fue suficiente para ver con dificultad los rostros más próximos, poco más. En mitad de la penumbra el anciano les guio hacia otra puerta, él encabezando la comitiva, Marcela cerrándola con la cabeza baja y las manos en el regazo. Jacobo, Néstor y Paloma se miraban entre sí sin decir palabra, embargados de emoción e incredulidad a partes iguales. Aún debieron entrar en otra habitación y atravesar otra puerta antes de dar con la última de las puertas, una enorme plancha de acero provista de una cerradura aparentemente sofisticada, que el anciano abrió haciendo uso de una llave especial, con perforaciones y muy pesada. Al mirar dentro, Néstor, que se había adelantado colocándose a la altura del anciano, pudo ver un hombre acucillado en mitad de una estancia con el piso de tierra. El cuerpo embutido entre las piernas como si se dispusiera a saltar, las ropas muy sucias, atusándose con delicadeza unas greñas que casi rozaban sus pies descalzos.

17. La liberación

La escena que les aguardaba sobrepasó las peores expectativas de Néstor, Jacobo y Paloma. El viejo y Marcela se dieron la vuelta con sigilo y los tres amigos permanecieron un par de minutos observando la pequeña figura angulosa y plegada que, aparentemente ajena a la presencia de aquellas personas, descansaba agazapada en mitad de la habitación. Lentamente se levantó y encaminó sus pasos, cansados pero livianos, hacia una mesilla plegable de plástico en la que podía reconocerse una pequeña y polvorienta máquina de escribir. Con movimientos distónicos, cuya delicadeza apenas guardaba relación con su aspecto miserable, apartó la silla, se sentó y se arrimó a la mesa. Miró la máquina y luego se tocó el costado. Fue entonces cuando vieron el vendaje ensangrentado. Se encogió un poco, como si una punzada de dolor le hubiera estremecido levemente, y emitió un gemido apenas perceptible. Luego comenzó a escribir algo, primero una tecla tras otra, después con tanta energía que apenas lograban seguir sus dedos desplazándose velozmente por la superficie del artefacto, deteniéndose solo para despegar el pelo de su mejilla o apartarlo cuidadosamente de su frente. Una de esas veces colocó un largo mechón detrás de la oreja y pudieron ver su perfil. Era Alejandro. Néstor fue el primero en acercarse a grandes zancadas.

—Ale, Ale, ¡Dios mío! ¿Cómo estás? ¿Qué te han hecho? —le gritó mientras se arrodillaba a los pies de la silla y agarraba a la desmadejada figura del brazo. Notó que estaba en los huesos.

Paloma siguió a Néstor, sollozando, las manos entrelazadas y haciendo preguntas inconexas al aire, implorando, maldiciendo, rezando, todo a un tiempo. Entretanto, Jacobo se quedó paralizado, agarrando el marco de la puerta, contemplando el lugar. La estancia débilmente iluminada por un par de bombillas y algo de luz natural que entraba desde un ventanuco situado en la parte alta de la pared, cerca del techo. Se preguntó dónde daría, si a la acera, o al patio interior de alguna construcción alledaña, porque no habían bajado o subido escaleras y la tienda desde la que habían accedido daba a la misma calle. Vio los platillos en un rincón de la estancia y le llegó un olor indefinido. Se acercó para escrutarlos más de cerca, dedicado a los detalles, convencido de que el aspecto de Ale era el de alguien incapaz de soportar esa triple dosis de realidad y verborrea al mismo tiempo. Los olfateó y dedujo que algo de plátano había allí dentro, y pensó en el frutero exageradamente lleno de plátanos que había visto junto al viejo. Pero en aquellos restos de alimentos había algo más, y su instinto le llevó a coger todos los platillos y botellas y guardarlos cuidadosamente en una bolsa de plástico que llevaba en su cartera. Entonces reparó en la Santa. La salita en la que el anciano los recibió también tenía su imagen de la Santa Muerte, pero allí parecía un objeto más entre tantos, de hecho había muchos santos en alegre tropel alrededor de la siniestra imagen. Esta era grande, alta, imponente, estaba cuidada aunque las mandíbulas asimétricas indicaban que tal vez en alguna ocasión había

sufrido algún golpe, quizás se habría caído, y con ese porte y desde esa altura era lógico pensar que sufriría algunos desperfectos. No pudo evitar pensar en Alejandro emprendiéndola a golpes con ella, y a él mismo le dieron unas ganas irreprimibles de hacerlo. No había nadie más para vengar aquello, tan solo ese montón de huesos objeto de una abyecta veneración. Las flores frescas a los pies de la imagen indicaban que gentes devotas cuidaban de abastecerla y ofrendarle, y no hacía mucho que lo habían hecho por última vez. Tuvo que pensar en aquella conversación que mantuvo con Alejandro pocos días después de su llegada a Ciudad de México, más de seis meses atrás, cuando defendió ardientemente la fe como escudo protector contra los desmanes de la razón, y sonrió amargamente. Luego vio el resto, un sarape doblado en una esquina, otra silla, de nuevo el ventanuco, el silencio por todos lados exceptuando las exclamaciones de Néstor y Paloma.

Fue entonces cuando volvió a mirar a su amigo Alejandro, o a aquello que lo había sustituido y de lo que no podía imaginar si habría retorno. Néstor gesticulaba agachado delante de Ale, le preguntaba una y otra vez si era capaz de reconocerlo. Paloma le acariciaba la espalda y el pelo con una mano, mientras con la otra se apretaba fuertemente la boca como para evitar que un alarido del tamaño de su dolor se le escapara de los labios. Sus hombros se encogían espasmódicamente, parecía fuertemente conmocionada. Pero Alejandro seguía tecleando, era como si aún no se hubiera percatado de que tres personas, presas de grados dispares de alteración, habían invadido su espacio.

—Alejandro, mírame por favor. ¿Puedes verme? Sí, porque miras la máquina y tecleas... Ale, ¿me estás escuchando? Dime, ¿quién soy? ¿Sabrías decir mi nombre?

—Por favor, por favor... —Era lo único que, entre temblores descontrolados, podía escuchar de los labios de Paloma.

—Alejandro —proseguía pacientemente Néstor—. Ale, Ale, mírame, ¡levanta los ojos de esa puta máquina y mírame! Hay que llamar a un médico —gritó volviéndose hacia Paloma.

Jacobo se abrió paso entre los dos y miró el despojo en el que estaba convertido su amigo. Apartó con suavidad a Néstor, que retrocedió dos pasos y se enjugó las lágrimas. Jacobo se colocó frente a Alejandro, ambas manos apoyadas en las esquinas de la mesa, y lo miró de frente, muy fijamente. Entre ellos la vieja máquina de escribir seguía escupiendo letras de tinta, componiendo palabras aceleradamente, como si las triturara, con crujidos lastimeros, vencida por el tiempo. Jacobo permaneció en esta posición un par de minutos y luego rodeó la mesa para ver desde atrás qué escribía Alejandro. Parecía el comienzo de un relato, había escrito el título: La boda de Nora. Y acababa el primer párrafo, en el que hablaba de una celebración en un jardín, entre jazmines y madre selvas, dos niños brillantes como helados. Volvió a su puesto frente a la mesa y acercó la mano lentamente a la barbilla de Alejandro, tratando de elevar su rostro y forzarle a mirarle a los ojos.

—Jacobo, hay que llamar a un médico. No responde, y está sangrando, quién sabe

qué le han hecho... ¡Ese viejo de mierda! Dijo que no nos preocupáramos, que estaba bien, que estaba cuidado, ¡pendejo de mierda! Voy a pedirle explicaciones ahora mismo y a buscar a la policía, y a un médico —Néstor salió preso de la furia y secando sus lágrimas en la manga de la chaqueta. Paloma se acercó a Jacobo y ambos se miraron.

—No responde, es cierto —Alejandro apartó la mano de Jacobo como quien retira con cuidado una telaraña que se le ha pegado a la piel, sin levantar los ojos. Entonces entró Néstor confirmando lo previsible, que la chica y el viejo ya no estaban. No parecía que se hubieran llevado gran cosa, o tal vez ya tenían preparado su equipaje y solo esperaban el momento en el que se destapara todo para huir, especuló Néstor.

—Cabrones. Vete entonces y llama a un médico. Paloma y yo nos quedaremos aquí con él —respondió Jacobo.

Jacobo y Paloma permanecieron sentados en el piso de tierra casi una hora, hasta que Néstor regresó. Miraban a Alejandro y se miraban entre sí, sin apenas cruzar palabra. Parecía claro que llevaba mucho tiempo sin contacto alguno con la realidad exterior, sumido en los entresijos de su mente, tan compleja y tenebrosa como cualquier mente a la que se deja el tiempo necesario a solas en un escenario así. Ambos, Jacobo y Paloma, lo conocían lo bastante bien como para estar asustados. Si él se ha quedado ahí dentro durante tanto tiempo, quién sabe cómo podrá alcanzar de nuevo la superficie de las cosas, o recordar quién era antes de caer aquí, pensaba Jacobo. Entretanto el cautivo seguía tecleando frenéticamente. Cada pocos minutos Paloma se acercaba para acariciarle la espalda encorvada, el pelo, que ya llevaba largo y atado a la nuca cuando desapareció; las mejillas hundidas y grises. Y Jacobo para leer lo que escribía.

Néstor entró al cabo de una hora con un par de enfermeros que transportaban una camilla, un médico entre ellos y Aliseda, a la que al fin había encontrado tras llamarla media docena de veces. Los enfermeros se acercaron resueltamente al paciente, pero tuvieron que forcejear para reducir a Alejandro, que sin mirar a nadie ni una sola vez, rígido y con una expresión de rabia contenida, se debatía con una fuerza inexplicable para permanecer delante de la máquina. Al final consiguieron tumbarlo en la camilla, pudieron quitar los vendajes y llegar hasta la herida.

—Esto no tiene muy buen aspecto —afirmaron con severidad. Mientras el médico se habría paso, preguntando al mismo tiempo si habían llamado ya a la policía.

—No, en efecto —confirmó el doctor. Esto está francamente mal. Es probable que haya una tumoración, a juzgar por el tipo de edema, y seguramente ha cursado con mucho dolor, porque el paciente, bueno, el secuestrado, ha llegado a perforarse parte de la piel con sus propios dedos, tal vez haya estado apretando el lugar con desesperación. No sabemos desde hace cuánto tiempo. Hay que hacerle una cura de urgencia y sacarlo de aquí inmediatamente para trasladarlo. Su aspecto general es deplorable, está desnutrido, probablemente deshidratado.

Los enfermeros inyectaron un sedante a Alejandro en el brazo para tranquilizarlo,

limpiaron la herida y la cubrieron con un enorme apósito. Entre los dos lo colocaron adecuadamente en la camilla, lo alzaron y al salir lo acomodaron en la parte trasera de la ambulancia. Para entonces había llegado una patrulla policial y numerosos vecinos se concentraban en las inmediaciones de El Frijolito, curioseando y haciéndose preguntas entre ellos. Poco antes de entrar en la ambulancia Paloma se le acercó para abrazarlo, él no la miró. Néstor y Jacobo estaban presentes, ambos con el semblante cansado y minado por la preocupación. Fue entonces cuando Aliseda se aproximó tímidamente a la camilla y tomó la mano de Alejandro entre las suyas, momento en el que el rostro envejecido y casi irreconocible del profesor se volvió hacia ella y apartó la mano con brusquedad, dirigiéndole una mirada extraviada. Todos pudieron darse cuenta de que, por vez primera desde que le encontraron en aquella celda, Alejandro miraba a alguien como quien mira a alguien. Antes de que cualquier hipótesis hubiera tenido tiempo de cobrar forma en la mente de ninguno de ellos, Aliseda se había alejado llorando.

En la ambulancia Ale se quedó dormido. Néstor y Paloma lo acompañaron hasta el hospital, fue entonces cuando Paloma confesó a su compañero que desde que estuvo en Guatemala indagando se temía lo peor, o algo peor que lo peor, que de alguna manera era lo que les estaba pasando. Las pistas, pese a que todas ellas se revelaron falsas, le habían conducido hasta San Lucas Tolimán, un municipio del departamento de Sololá donde el grupo étnico predominante es el Tzutu'hil. Le habían aconsejado que se acercara a visitar a San Simón, y aseguró a Néstor que pocas veces en su vida había llegado a experimentar tanto terror.

—Fue horrible, Néstor. En la policía me dieron noticias de un profesor español que estaba de visita en el municipio, ten en cuenta que toda la zona está tomada por el ejército y reportan cualquier incidencia. Al parecer todo el que llega de fuera está vigilado, imagino que los de dentro están directamente en peligro. Me acerqué en un autobús de turistas a San Lucas, después de que el barco nos dejara en Santiago Atitlán. Al entrar en el lugar donde custodian al ídolo sentí que me ahogaba. No sé cómo describirlo, me sobrevino un desplome moral y unas náuseas a las que servía de coro aquella jauría de rostros oscuros y tenebrosos, te juro que escuché mi nombre, y el de mucha otra gente, pero alguien insistía en pronunciar como una oración un nombre de mujer, Camelia, y otro, el de Alejandro. Hicieron un círculo a mi alrededor, esos rostros hieráticos de ojos rasgados, apenas iluminados por la breve luz de las velas, salpicados de sudor y oliendo a alcohol. No quise decírtelo, pero algunos de esos nombres que susurraban mientras me observaban fijamente aparecían en los anónimos que has estado recibiendo: Nora, Denis, Hugo, Camelia, un tal Lisías. También Aliseda, ¿te das cuenta, Néstor? Salí corriendo de allí y regresé a Santiago, de ahí viajé en autobús muchas horas hasta Ciudad de Guatemala y volé a España. Nunca le he contado a nadie este episodio, menos aún a la policía o a mis compañeros del Ministerio, y haciéndolo ahora aún percibo el mismo temblor en las piernas, idéntico espanto.

—Cálmate. No pienses ahora en eso, seguro que saldrá de esta.
—Así lo espero, Néstor. Así lo espero.

18. Crepúsculos del sur

El sol se abate cada tarde sobre la línea del horizonte como una deflagración de los sentidos. Un animal incandescente capaz de respirar e inflamar el universo entero si bien, condescendiente con cada tímido mortal que, como yo, lo contempla sobrecogido, elige una misión más poética. Me lleva a soñar encendiendo una fibra, una víscera, un hálito de tibia transcendencia. Las olas atardecidas y lentas lamen mis tobillos desnudos. Los graznidos de las aves del mar quedan a mi espalda. La espuma amniótica dibuja pulseras alrededor de mis muñecas, las manos hundidas en la arena blanda, y rodea mis nalgas desnudas. La marea está bajando y el astro anaranjado que se alarga en llamaradas desde el horizonte la hace bailar mientras se aleja, cansada de la voluptuosidad con la que creció horas antes, como un espejismo. Me miro los pezones duros, las piernas rectas y juntas tendidas a lo largo sobre la arena fresca, el miembro abatido a un lado del muslo, mis rodillas huesudas y los arrugados dedos de mis pies. Los suaves vaivenes de las olas que alcanzan mi cuerpo dejan al retirarse estructuras fractales en la arena, una vez tras otra. Echo atrás la cabeza y cierro los ojos respirando hondo, para llenar mis pulmones de la brisa salada, mientras siento cómo los rizos de mi pelo acarician las sienes blandas. Se va acomodando en el horizonte la semiesfera púrpura y anaranjada, coronada por una variedad de malvas y grises que se enredan caprichosamente con jirones de nubes arremolinadas, serias, parduscas. Un pesquero avanza despacio en la lejanía, mar adentro, apenas una mancha blanca surcada en su mitad por una línea verde. El viento sopla con algo más de intensidad, pero es agradable.

Pronto llegará Jacobo para recogerme. Cada día lo hace a la misma hora. Tengo que reconocer que sea quien sea ese hombre, me tiene suficiente afecto como para haberme acomodado en su vida, empeñado en ayudarme a seguir vivo. Estuvo negociando con toda aquella gente en México, país al que no tengo ni idea de cómo llegué ni para qué, aunque me lo hayan explicado cientos de veces. Si mañana me dan la explicación contraria, sentiré lo mismo que siento hoy: Nada. Hoy, ayer, mañana. Nada. Hay algunas miserias objetivas en mi vida, lo poco que con seguridad sé sobre mí es abyecto. Tengo un cáncer de estómago y he estado a punto de morir, y casi lo hago en una celda en la que me tuvieron confinado seis meses. Bien, esto último no es un dato objetivo, el cáncer sí. Eso y la quimioterapia que me ha dejado peor de lo que estaba cuando me encontraron, mugriento, desnutrido y pegado a una máquina de escribir, drogado durante meses en un agujero inmundo, custodiado por un viejo y una india chiapaneca. Fascinante historia, si no fuese la mía, o la que se obstinan en decirme que es la mía. Tengo una mujer, Paloma, a la que me siento tan unido como a aquel poste de la luz. No debe ser muy reconfortante tener un marido como yo, de manera que la tal Paloma aceptó finalmente que Jacobo se hiciera cargo de mi por un tiempo y me trajera aquí, a los crepúsculos de Cádiz, su tierra y ahora también la mía. Es lo único bueno que me ha pasado desde que recuerdo que me pasan cosas. Una

nebulosa en la que mezclo papeles mecanografiados, ambulancias, vendajes ensangrentados, tatuajes en las nalgas, migales peludas, esquemas de parentesco y sesiones de quimioterapia, me visita cada noche arrasando mi conciencia. Hace bastante que empecé a tomar antidepresivos hipnóticos para poder dormir. Le explico todo esto a Jacobo y me enseña pacientemente a discernir lo que me ha pasado y lo que he fabulado, a separar esto de lo que he soñado, pero sigo sin entender demasiado de qué pueden valerme todas esas clasificaciones. O lo entiendo, pero solo un salto de fe me podría llevar a aceptar, sin más, que esa es mi historia.

En México la policía estuvo detrás de mi pista, en Guatemala y hasta en España se implicaron en mi búsqueda, pero quienes me rescataron fueron mis amigos. Y no los conozco. Me salvaron la vida arriesgando la suya, y no sé quiénes son. Néstor lloraba en el aeropuerto, después de que tras las primeras sesiones de quimioterapia me dejaran, bajo mi responsabilidad, viajar a España con Jacobo. Paloma intentó de todas las maneras que puedan ustedes imaginarse hacerme recordar nuestra improbable vida juntos: La boda en un jardín cuajado de jazmines, nuestro deseo de tener hijos, su collar de amatistas y el vestido azul de gasa, mis celebradas conferencias en Europa y en América, mis alumnos de la Universidad. Recuerdo sus visitas al hospital de Ciudad de México y su empeño en hacerme hablar, mientras yo permanecía dentro, muy adentro, en un pliegue oculto de mi conciencia desde el que escuchaba todo sin emitir sonido alguno. Podría pretextar que lo intentaba con todas mis fuerzas, pero sé que no lo hacía. Me hablaban a mi, pero yo registraba lo que decían en otro plano, no sé si soy capaz de describir cabalmente mi aislamiento, mi soledad. No sentía nada que pueda ser dicho con palabras. Vinieron muchos supuestos colegas del Departamento, gente que decía conocerme, que alababa mi prestigio como investigador, que me animaba a luchar para salir de mi estado de postración. Y yo no sabía de qué hablaban. Me hablaban a mi, pero sus palabras caían despeñadas a mi espalda una vez pronunciadas, una tras otra. A veces cerraba los ojos como lo hago ahora frente a este mar, evocando las palabras de esperanza y condescendencia que me llegaban entonces tan lejanas como me llega el imposible crujido del crepúsculo aquí, en la playa de El Palmar, en Cádiz.

Jacobo me sacó de México y organizó la continuidad de mi tratamiento de quimioterapia aquí, en Cádiz. Alquiló una casa en El Palmar, donde llevamos ya varios meses viviendo juntos. El sale por las mañanas para dar sus clases en la Universidad de Cádiz, sobre religiones amerindias, tres días a la semana. Ha dejado de momento la investigación y se ocupa de mí. Dice que la paz, el sol y el mar de esta costa me ayudarán a recordar quién soy. Pero dado lo que me han contado hasta ahora, la verdad es que no sé si quiero recordar nada. Jacobo me dice que aún estoy débil, que el tratamiento contra el cáncer es muy duro, de hecho perdí mi pelo y mis cejas, aunque empiezo a recuperar ambos. Y sentí durante semanas punzadas por todo el cuerpo, vomitaba cuanto comía, apenas conciliaba el sueño. Poco me ha importado. Me daba por muerto desde que supe que estaba en un hospital a punto de

ser derrotado por un tumor y que, tras el largo cautiverio, me había quedado sin pasado, sin recuerdos, sin identidad. Tomo prestada esta vida liviana que quien sabe cuánto durará, así que para qué molestarme en recordar nada que me pese. Le digo a Jacobo medio en broma que lo que me ha quedado es una memoria olfativa, pero él se lo toma muy en serio. «Memoria metonímica», la llama. Menos mal que he dejado de ser el intelectual que dicen que fui, porque las explicaciones de Jacobo me agotan. Estoy leyendo algunas novelas, y veo a través de mis conversaciones con Jacobo cuánta palabra gastan en vano los académicos. Decir lo mínimo con lo máximo, una consigna que subvierte la buena ficción. Bien, no es justo, lo de la memoria metonímica tiene su ingenio, hay que reconocerlo. Le digo que me vienen efluvios de plátano, de elotes, pozole, frijol, y abre desmesuradamente los ojos cuando comprueba que soy capaz de relacionar esos nombres con sus correspondientes olores. Esta convencido de que voy avanzando. Pero a la metonimia siguen los disparates sinestésicos, y entonces le digo que el plátano huele a marimbas guatemaltecas, que la música quiché huele a dolor, que el frijol tiene la textura del corrido norteño, y que las rancheras me traen el perfume del cilantro.

Fue en una de esas conversaciones, entre risas, cuando se me apareció el rostro de Aliseda tan claramente que tuve que sacudir la cabeza como golpeado por el recuerdo. Una voz aflautada, olor a lima, tierra en la boca, elotes asados, el sonido de una vieja máquina de escribir, y su rostro con una expresión indescifrable se me echó súbitamente encima. Jacobo se dio cuenta de que esta vez iba en serio y me dijo que me olvidara de esas imágenes, que todo llegaría a su debido tiempo. Y seguimos sumidos en nuestra tarea, metódica y terapéutica. No lo he dicho todavía, pero entre los dos hemos construido un pequeño barco de pesca. De las primeras cosas que decidimos al llegar aquí fue hacernos con todos los materiales y los planos, y ya casi lo estamos ultimando. Se llamará Sara y Lisías, y todavía no puedo explicar por qué. Jacobo me dice que él sí, pero que todo llegará. Me ha prometido ese regalo de cumpleaños el próximo cinco de mayo, cuando alcanzaré los cincuenta años. Me revelará el secreto, la razón por la que ese nombre brotó espontáneamente de mis labios, sin que yo pudiera saber por qué, una tarde mientras lijábamos la popa del pesquero y buscábamos la unión del casco con la quilla. Entretanto calafateamos la barca a base de estopa empapada con brea, y pronto saldremos de pesca con ella.

Siento frío. La tarde se ha emboscado detrás de la línea del horizonte y comienzo a ver las primeras estrellas dispersas en el cielo. Desperdigadas y limpias, fundidas en el azul cobalto del ocaso, van poblando de misterio la noche sureña. Allá se acerca Jacobo, ya desde lejos me hace señales con la mano, y cuando está a unos metros me regaña como cada día, preguntándose retóricamente cómo puede un tipo ser tan tonto como para permanecer en la playa hasta el anochecer, teniendo una espléndida chimenea en el salón de casa.

—Mira esas estrellas Jacobo, ya se asoman a la noche.

—Estamos poéticos hoy, ¿eh? Como se nota que no trabajas, Ale. Si trajeras la

cabeza tan llena de ruidos burocráticos y de refriegas departamentales como la traigo yo, no serías capaz de ver belleza salvo en una buena ducha caliente. Bueno, escucha atentamente: Traigo noticias frescas.

—Ah, no. Te ruego que me dejes en la ignorancia, así estoy bien. Te recuerdo que sufro un profundo síndrome de estrés postraumático y que he borrado hasta mi nombre. Déjame así. Cuando asoma alguna pista y veo lo que debería estar recordando, me dan náuseas.

—Ale, Néstor me ha llamado para contarme que Aliseda ha sido detenida. Está acusada de ser la cabecilla de un nuevo narco-culto como el que congrega a los sicarios de Tijuana, y cuya base es la de los sacrificios humanos no violentos. Bueno, dado que esos cuates descuartizan a la gente y la echan en bidones de ácido, es comprensible que consideren sacrificio no violento lo que te hicieron a ti. Pero dejemos ahora eso. Una facción del nuevo culto ha atraído a gente del mundillo universitario, hay que ver hasta dónde llega la humana perversión.

—¿De qué me estás hablando?

—Calla y sigue escuchando. Esa gente ha formado una especie de secta propia, gente ilustrada, santo dios, ¡son de los nuestros!, ¿qué esperanza nos puede quedar ahora? Bueno, pues esa gente ilustrada y vinculada, aún no saben cómo, al narcotráfico, se caracteriza por predicar la seducción performativa de la violencia. Ellos entienden que puede ser una forma sublimada de arte, dicen que son anarquistas y antropólogos en su mayoría, y sus sacrificios no cruentos son ejecutados por mercenarios a sueldo y supervisados por esta élite. Lo más importante viene ahora.

—No, ¿de veras?

—El denominador común de los rituales de sacrificio es la literatura. El reo ha de escribir, y el resultado es para cumplirle a la Santa Muerte mexicana. Al parecer Aliseda, que no era muda la cabrona, había ido ascendiendo en el escalafón, convirtiéndose en una especie de sacerdotisa del culto. La sede estaba en Tepito, tú estuviste en una célula, vamos, una sucursal del nuevo crimen organizado de vanguardia. El Frijolito era la tapadera, el viejo y la india estaban a sueldo. Esto lo ha ideado gente con dinero, profesores, algunos becarios incluso, cómplices del narcotráfico e involucrados en el desarrollo de una nueva forma de culto. Han detenido a gente en El Morales, junto a la Universidad... Bien, las vinculaciones con los carteles no está del todo probada, parece que...

—No sigas.

—Espera, que no he acabado. Han localizado varias células y en todos los casos los habitáculos dispuestos para el sacrificio estaban siendo vigilados a cualquier hora del día o de la noche mediante un cristal opaco a través del cual los benefactores del culto podían contemplar a su cautivo, a su apadrinado, por así decirlo. Verle comer, defecar, escribir, enloquecer. Han reportado que esos degenerados con estudios podían pasar horas contemplando a los secuestrados pasear, mear, vomitar, rascarse la cabeza, pensar, eructar, beber, hablar solos, aporrear la máquina de escribir, gritar de

desesperación, romper papeles, mirar a la pared, cazar mosquitos, desnudarse, masturbarse, toser, escupir, maldecir, llorar. Como el voyeurismo televisivo de los *reality shows*, pero en versión abiertamente delictiva. Como en un club de prostitutas o en una sala pornográfica, pero peor. A través de una portezuela podían echar dentro de la celda cacahuetes o zanahorias, qué sé yo, un pedazo de papel con un poema o una moneda para tener suerte. Me ha recordado a aquel ángel de García Márquez, lo has leído estos días, ¿te acuerdas? El que se inventó el colombiano solo comía papilla de berenjena, no se sabía si por ángel o por viejo. Y tú, de plátano. Hay cuatro casos, con el tuyo. Espero noticias acerca de los otros tres.

—Pues cuando las tengas haz el favor de no dárme las. Presiento que esto va llegando a su final, Jacobo. Nada merece la pena.

—No vas a morir Ale, ya te lo han dicho los médicos. No a causa de este cáncer. Lo tienen controlado. Necesitarás revisiones regulares, nada más.

—No me refiero a eso. No me importa morir, pero lo que algo más adentro que mis entrañas anticipa es otra clase de final.

—Una guerra atómica, el cambio climático, el agujero en la capa de ozono... Tu problema se llama demasiado tiempo para pensar a solas.

—No estoy bromeando... ¿Por qué se llamará nuestro barco Sara y Lisías? Te prometo que es todo lo que quiero saber.

—Y yo te prometí revelarlo el día de tu cumpleaños, pero si quieres te lo cuento ahora. Levanta de ahí y volvamos a casa, empieza a caer mucha humedad. Ya llegará el verano y los días serán más generosos, verás.

—No veremos nada, Jacobo.

19. Sumideros de la memoria

Jacobo y yo regresamos esa tarde a casa por el camino que bordea las dunas de la playa y sigue hasta Conil de la Frontera, un enclave marinero derramado al borde del océano, con una miríada de casas blancas alfombrando la colina y rematado por una hilera de desdibujados acantilados al fondo. Casi al final de la pedanía de El Palmar, junto a un solar cubierto de palmitos y chumberas, con vistas a los espléndidos ejemplares de ganado retinto que pastan esa zona, allí está la casa estilo andaluz que Jacobo alquiló para nosotros. Tenemos un jardín con una palmera en cada esquina, rosales y cactáceas en los parterres y decenas de salamanquesas reptando a todas horas por el muro encalado, los dedos con ventosas, la piel antigua y rugosa del color de la vainilla. En el centro del jardín un olivo salvaje reparte su sombra sobre la hierba mal cortada, y en los días de viento de levante alza sus ramas al cielo como si entonara un dramático gospel.

Jacobo ha comenzado a hablar mientras carga nuevos troncos para alimentar el fuego de la chimenea. Entretanto me dirijo a la cocina, abro el refrigerador y saco un par de cervezas. Hay libros repartidos por todas partes. Con un rápido movimiento del mando a distancia empiezan a sonar las primeras ráfagas de armónica entonando *Sad Eyed Lady of the Lowlands*, de Dylan. Observo a Jacobo y me embarga la tristeza mientras me pregunto por qué no me habré reencarnado en homosexual, ya que iniciaba una nueva vida. Haríamos una magnífica pareja. Pero hasta el momento solo tengo la ternura desmedida que sus actos me inspiran, quién sabe si llegaríamos más allá de tener tiempo suficiente para explorar nuestros instintos. Pero sé que no lo tenemos.

—Ale, ahora se ha destapado todo ese lío del sacrificio literario, pero hasta este momento lo único que teníamos eran tus papeles. Escribiste una docena de relatos escalofriantes mientras estabas encerrado entre esas paredes. En rigor, carezco de la necesaria objetividad para decidir si son buenos o malos desde un punto de vista literario, pero te aseguro que cualquier lector, por curtido que esté, puede perderse en el mundo extraordinario que has inventado en esas páginas.

—Y ahora me vas a decir que Sara y Lisías nacieron ahí.

—Exacto. Y tantos otros, decenas. El personaje central es apenas descrito, y su fuerza reside precisamente en esa invisibilidad. Tienen todos una realidad rara, al extremo de que Néstor, Paloma y yo llegamos a estar seguros de que habían saltado fuera del papel y nos visitaban, porque los anónimos que recibía Néstor ya los traían en fragmentos. Tal vez fue una alucinación, o puede que aún esté por descubrirse que el juego de esos depravados encerraba algo mayor capaz de alcanzar a quienes estábamos fuera de la prisión. Es irresistible la idea, casi pavorosa, de que tal vez la prisión nos abarcaba a todos. Cuando lo peor había pasado y tú aún estabas en el hospital de Ciudad de México, la policía autorizó a cambio de unos pesos el uso de esos relatos, pese a que habían quedado técnicamente reducidos a pruebas policiales.

La editora de la Universidad aceptó de inmediato hacerse cargo de su publicación. La rara calidad de los textos y el morbo hicieron el resto. Se han vendido muchos ejemplares, y eso es lo que ha permitido que yo pueda mantener el piso en Cádiz, donde los alquileres no son precisamente asequibles, y rentar durante un tiempo indefinido esta casa en la playa.

—Solo me queda pedirte que me dejes leer esos relatos.

—Aún no.

—Pero están publicados, no son ningún secreto. Es extraño que cualquiera pueda leerlos menos yo, que soy el autor ¿no te parece?

—A ti ya te llegan por las noches, y debes reponerte antes de enfrentarte a ese lado tuyo. Tú estás tratando aún de recuperar tu identidad y...

—Tomo drogas. Ya casi no sueño. Está bien, me da igual.

—Te los mostraré cuando le des otra oportunidad a Paloma. Está destrozada, debes pensar en ella, te ha perdido y trata de rescatar vuestra vida, volverás a ser antropólogo, o lo que desees, aún conservas tu puesto en la Universidad. Debes confiar en ti mismo, Ale.

—No conozco a esa mujer y las oportunidades las necesito yo.

Cenamos en silencio. Jacobo se encerró en su despacho a corregir exámenes deseándome buenas noches con una sonrisa cansada, y yo salí al jardín a fumar un cigarrillo. Una docena de salamanquesas se disputaban los mosquitos abducidos por el farol del porche. Me senté en la vieja mecedora de madera y crucé las piernas. La fatiga que sentía provenía de muy lejos y tuve la certeza de que no le quedaban muchos metros que recorrer antes de dar con mis huesos en algún final; las manos sudaban ante la inminencia de algo que no podía precisar. En el cielo no había señales, apenas soplaba viento alguno, no se oían perros ladrar y el rumor de la marea alta se dejaba sentir como el aliento de un gran cetáceo moribundo varado en la playa. La incertidumbre se emboscaba dentro de mi, fría y quieta como un pesado ofidio al acecho. Entré, me tumbé en la cama y me quedé dormido.

A la mañana siguiente Jacobo salió muy temprano hacia la Universidad. Me dejó una nota llamándome perezoso y me dijo que telefonaría a lo largo de la mañana. Tenía dos reuniones y no volvería hasta la noche. Desayuné apenas un café y me fui a la playa. De camino encontré a Miguel, el dueño de la pescadería y pescador él mismo, cargado con unas cajas de atunes. Los buenos se los quedan los japoneses, me gritó, pero estos no son malos. Le pregunté si iría más tarde a la playa y me dijo que le esperara unos minutos y bajaría conmigo. Miguel nos ayudaba con la barca, ese hombre tosco y bueno llevaba toda la vida en el mar. Era de Barbate y pertenecía a una estirpe de pescadores que se remontaba a los fenicios, solía decir entre risotadas. Tomé un tercer café con él después de dejar la carga de atunes en la pescadería, y bajamos hasta el lugar en el que ultimábamos la barca. Aún no había empezado a explicar a Miguel cuáles eran los problemas que teníamos con la curvatura de la madera en popa, cuando volví a ver a la dama del perro. Nos habíamos cruzado otras

veces, y siempre me miraba de una manera cautivadora. Mis vacilaciones con Paloma se habían convertido en pesadillas, me sentía un miserable por no querer ver a quien todos se empeñaban en considerar mi mujer, e imagino que fantaseaba con aquella dama marina que se paseaba por la orilla como una exhalación, ajena a todo, a grandes pasos livianos y siempre detrás de un gran mastín color azufre.

—Miguel, mira esa mujer, ¿la conoces tú de algo?

—La he visto un par de veces por aquí, pero no hay modo de que se quite los ropajes esos tan largos que lleva. Es bonita...

—¿La has visto bañarse, nadar, comprar algo? ¿Vive aquí?

—No tengo ni idea, Ale. Si quieres investigo, algo diferente al pescado de cada día, las redes y su puta madre.

—No seas tan mal hablado. No sé, yo la he visto media docena de veces y cuando no pasea al perro, escribe. Yo odio a la gente que escribe por razones con las que no te voy a aburrir, de manera que cada vez que saca ese pesado cuaderno que lleva siempre encima deja de parecerme interesante.

—Vaya intelectual raro que estás hecho. Ahora resulta que no te gusta la gente que escribe. ¿Y qué te gusta?, ¿jugar al mus?

—Calla, mira, se da la vuelta y viene hacia aquí.

La mujer, vestida de blanco, con deportivas blancas, pamelita blanca y grandes gafas de sol, pareció durante unos minutos dirigirse hacia el chamizo en el que Miguel y Ale simulaban lijar un costado de la barca. Pero a los pocos metros cambió de rumbo, subió entre las dunas hacia la carretera y se perdió detrás de la hilera de furgonetas que habían aparcado los asistentes a una especie de convención de practicantes de surf. Ambos se encogieron de hombros y continuaron la tarea en silencio.

—Ale, ¿es verdad eso que dicen de que no recuerdas nada?

—¿Quién lo dice? Qué más da. Sí, es la maldita verdad. Estuve a punto de morir en un lugar remoto del mundo, mejor que no vayas nunca. El día que desperté estaba en un hospital y deliraba a causa de un tumor alojado en mi estómago. Hace ya meses de eso. Si aún estoy vivo es gracias a Jacobo, a esta barca, al mar, a los atardeceres, a ti. La luz de este lugar es especial, mis ganas de vivir son muy limitadas, pero aquí estoy. No sé por cuánto tiempo. La verdad es que solo recuerdo olores, es curioso, porque son olores que no pertenecen a este lugar. Jacobo No se explica cómo puedo evocarlos, y menos aún darles nombre. En especial el misterioso perfume de las mazorcas asadas, que parece condensar todo mi pasado. Quienes hablan de quién fui cuentan un montón de historias inverosímiles, y yo solo recuerdo el olor penetrante de maíz crepitando. Mi vida anterior, el fatal viaje a México, mi supuesta esposa, mi profesión, todo encerrado en un aroma intangible y en el miedo a desaparecer.

—Coño.

—Sí, es un buen resumen de lo que te he contado. A veces mi mente da demasiadas vueltas y veo cosas que no quiero ver. Durante el día las evito lijando esta

barca, mirando los planos, nadando en estas aguas entre los bancos de lisas o fumando en el jardín, leyendo novelas o charlando con Jacobo, contigo. Por las noches me drogo para no enfrentarme a los sueños, al paisaje desolado de mi mente enferma, a los latigazos de mi subconsciente, un demonio desatado.

—Sí que estás jodido. Yo no analizo tanto, ¿sabes? Y solo me meto en dos profundidades, las de la mar y las de mi mujer. Veo la tele y escamo el pescado, leo el periódico si me lo encuentro en el bar y me acuesto pronto para levantarme cuando tú estás todavía dando vueltas a esos líos de tu pasado y tu identidad. Menudo laberinto, amigo. La vida hay que vivirla por derecho, que tanta reflexión no puede traer más que desgracia. Esta madera no está buena, voy a ver dónde te consigo algo mejor, ¿quién os la ha vendido?

20. Una hermosa dama de blanco

Pasaron varios días en los que se disputaron el cielo dos o tres tormentas que parecían estivales, aunque aún estábamos en mitad del suave invierno del litoral. Dejaban una humedad en el ambiente que embriagaba. Salía a pasear cuando al fin escampaba, muy abrigado, para contemplar los pesados cúmulos negros en el cielo rizándose en ascenso sobre la línea del horizonte y desapareciendo con la misma velocidad con la que eran reemplazados por otros. Las columnas ennegrecidas se volvían mariposas negras como presagios. Daba pavor imaginarlas abatiendo sus alas sobre las casas. Fueron días de viento inmisericorde, en los que la playa amanecía arrasada y presa de la fatiga, con los montículos de basura que dejaba la marea y las dunas desordenadas. La lluvia arreciaba por las noches, golpeando los cristales mientras el viento silbaba entre las rendijas. Pasábamos muchas horas en casa viendo películas, leyendo, fumando, aguardando. Jacobo no había vuelto a tener noticias de México y yo decidí no preguntarle, a la espera de que en algún momento accediera a dejarme leer el libro que contenía mis relatos de cautiverio. Podía haberlo encargado en cualquier librería, pero la sola idea del subterfugio y la mentira me llenaba de desazón, y así decidí que no merecía la pena leer esa misteriosa excrecencia literaria de mi pasado más oscuro, salvo que mi amigo accediera a mostrármela.

Una mañana eché a andar, pese a las inquietantes previsiones meteorológicas, y recorrí el largo trayecto de varios kilómetros que lleva hasta el pueblo de Conil. A la altura de la torre vigía árabe que se levanta en mitad de la línea de costa, me sorprendió la visión de un ave en vertiginoso vuelo rasante. El vendaval, la fina lluvia y la arena en suspensión volvían el aire gris, tanto que confundí la gaviota con un papel que el viento arrastraba furiosamente. El ave descendió sobre el mar y le arrancó una pequeña criatura plateada. Me giré para seguir el aguerrido y preciso movimiento del animal, y al volver sobre mis pasos la vi. La esbelta dama de blanco estaba unos cien metros detrás de mí, esta vez sin el mastín color azufre, y caminaba con aire despreocupado. Llevaba un pañuelo que le cubría toda la cabeza y se anudaba por detrás del cuello, dejando caer dos mechones de tela azul sobre el pecho. Los brazos cruzados con firmeza sujetaban los extremos del pañuelo. Caminaba descalza resistiendo el fuerte viento, con la liviandad de un ángel, con la transparencia de un hálito. Esta vez la esperé. Estábamos los dos solos en la playa desierta, el aire espeso y las columnas de arena que se alzaban a nuestro alrededor nos envolvían con tanta irrealidad como era posible, y pensé que en esas circunstancias cualquier gesto de prudencia parecería fuera de lugar. El largo vestido blanco que el viento prendía con furia a sus muslos dejaba imaginar dos piernas largas y armoniosas, la cabeza ligeramente ladeada, aún más cuando acortó distancias y los rostros se encontraron. Miraba y sonreía, como quien espera a que un viejo amigo la reconozca. El inequívoco descaro de aquella desconocida me impresionó, y entonces le hablé por vez primera.

—Hola. Arrecia el levante, ¿verdad? —dije para arriesgar menos que nada.

—Es poniente, aunque no todo el tiempo. Varios vientos luchan unos contra otros desde hace días.

—¿Eres de por aquí? Te he visto varias veces. Hoy no traes el perro —siguió mirando con los labios alegres, aunque reseco y castigados por el viento constante, y una expresión de interrogación en la escueta parte del rostro que estaba al descubierto. No podía ver sus ojos, ocultos por unas grandes gafas oscuras que llegaban casi hasta el nacimiento del pelo, que asomaba bajo el borde del pañuelo azul.

—Si quieres nos protegemos detrás de la torre vigía. El viento nos alcanzará de todos modos, pero al menos estaremos algo más resguardados de los latigazos de la arena —me sugirió.

Subimos penosamente por las dunas hasta alcanzar la torre, que no dejó de ser un espejismo batido por el huracán hasta que logramos apoyar las espaldas contra ella. Nos acomodamos en una hondonada que habían formado las corrientes de arena en disputa, y allí permanecemos unos minutos en silencio, escuchando el ulular del viento, sujetando ella su falda blanca en torno a las piernas entrelazadas, ajustando yo mi sombrero de tela basta anudado a la barbilla. Ambos nos frotamos los ojos, y entonces ella retiró sus gafas y las ajustó sobre el pañuelo. Fue entonces cuando pude ver unos grandes ojos verdes, de mirada brillante y acerada, que endurecían imperceptiblemente su expresión y que me intimidaban. El viento empezó a amainar provocando una inversión casi indescriptible en los ritmos de mi cuerpo, unos milímetros por debajo de mi piel. Sentí que los órganos, afanados en su trabajo y colgados en mi interior, se arremolinaban alrededor del corazón. Comencé a ahogarme e imaginé que estaba a punto de sufrir una de mis bajadas de tensión, una de tantas, que aniquilaría fulminantemente mis energías en el momento más inoportuno de los últimos meses. La dama contempló mi rostro con curiosidad y me acarició la mejilla, lo que me impulsó a tomar entre mis dedos un largo mechón de cabello negro que ella se había acomodado en el hombro, el mismo del que pendía el asa de su bolsón de piel verde, ahora estúpidamente apresado entre los dos cuerpos. Se acercó y me besó rozando apenas mis labios entreabiertos.

—Si todos los que me rodean en esta vida tuvieran tu realidad, creo que no podría soportarlo —susurró sosteniendo una mirada cálida y penetrante, y acercando de nuevo sus labios a mi rostro para dejar varios besos agitándose en mis ojos y mis mejillas. El viento había cesado por completo, el sol calentaba tímidamente nuestras piernas y sus pies desnudos, cruzados ahora el uno sobre el otro, que se frotaban entre sí dejando resbalar la arena microscópica y rubia que los había cubierto durante el paseo.

—No sé a qué te refieres, pero sigue besándome de ese modo y dejaré de ser dueño de mi voluntad, ¿cómo te llamas?

La dama acercó aún más su cuerpo a mi costado, tomó mi mano y la llevo hasta

unos pechos blanquísimos, apretando sus labios con fuerza contra los míos. Le abrí la camisa de gasa blanca y paseé mi lengua por las dos areolas rosadas, succionando los pezones, mordiendo mientras arqueaba su cuerpo cada vez más tenso, hasta que me tumbé sobre ella buscando su vientre y abriéndome paso entre los rizos negros de su sexo, como si la tempestad y el viento se hubieran trasladado a la zona de contacto entre mi boca y su piel. Desabroché mi pantalón y tomé el miembro entre mis manos hasta que ella me lo arrebató y comenzó a acariciarlo de arriba abajo, entre gemidos que parecían traídos desde más allá de los acantilados. Me adentré en ella con un solo movimiento de mi cadera. Antes de que pudiera ver o ser consciente de nada más, cerré los ojos y la dama de blanco, ahora casi desnuda, clavó sus dientes en mi pecho, aullando despacio y lanzando su pelvis hacia delante y hacia atrás hasta dejarme sentir totalmente dentro de su cuerpo ensartado y al borde de la misma muerte, atravesado por el espasmo de gozo más estremecedor que jamás haya conocido hombre alguno sobre la tierra.

Fue entonces cuando ocurrió. Una voz que gritaba un nombre se fue acercando desde lejos, hasta que ambos pudimos oírlo con nitidez.

—Camelia, Camelia, Camelia...

La dama de blanco, casi completamente desnuda, se incorporó delicadamente, hermosa, exhausta y diáfana como la primera mujer en el primer acto de amor que fundara el mundo.

—Camelia, Camelia...

Paseó su lengua por mis labios una última vez, besó mis ojos y se pasó las manos por las dos lágrimas que descendían como cristal líquido por sus pómulos rosados. Una última mirada lasciva fue todo lo que ella me dejó, y de hecho es todo lo que me ha quedado.

—¿Quién eres? —pregunté, y estoy seguro de no haber deseado por nada en el mundo que me lo dijera. No lo hizo.

—Es hora de acabar con todo esto —fue lo último que pude oír de sus labios después de hacerme el amor.

Recogió sus cosas de la arena. Fue entonces cuando pude ver el contenido del bolsón verde, que había caído a nuestro lado derribado entre los cuerpos enlazados. Unos lápices, un par de cuadernos pequeños y lo que parecía un trabajo mecanografiado y con una encuadernación modesta. Hasta pude leer, mientras se abotonaba la camisa de gasa sobre unos pechos como magnolias abiertas, el título de aquel trabajo: El olor de los elotes. Un estremecimiento se apoderó de mi piel y entonces ella acabó de recoger sus cosas y comenzó a alejarse, envuelta en las gasas de su vestido blanco. La vi dar la vuelta, abandonar la torre, descender la duna abrasada ahora por el sol del mediodía, acercarse al tipo de la voz y besarlo. Ambos se alejaron abrazados hacia la playa y se fueron desvaneciendo con el aire, fundiéndose entre los rizos plateados del interminable mar. A medida que se volvían translúcidos y se apagaba la luz que despedían sus siluetas, supe que ella no había

sido un espejismo. Comprendí que el espejismo era yo. Traté de levantarme para avisar a Jacobo, pero ya era tarde.

21. Réquiem

—¿Dónde estamos? ¿Dónde están los demás?

—En su memoria. Ale, todo ha terminado. Una inversión inesperada, la gran jugada maestra del creador nos ha colocado donde estamos ahora. Pensé que tú habías inventado a Camelia, y fue ella la que te dio vida a ti. Y a mi. A todos.

—Para qué me fui tan lejos y sufrí tanta vejación. He visto cosas más allá de toda razón, cosas que se perderán como...

—Ahora me recuerdas al replicante de aquella película. No has viajado a ninguna parte, Ale. En rigor, y por insoportable que te resulte, no nos hemos movido de la imaginación de Camelia. Y ya ni permanecer allí dentro podemos. No somos reales, no lo somos... Esto sí es una sorpresa.

—No estés tan seguro, Jacobo. Tenemos más verdad que toda esa insignificante multitud que la rodea, ella misma me lo confesó antes de que hiciéramos el amor junto a la torre vigía. Somos más reales que los espectros que la arrojaron a imaginarnos.

—No. No busques coartadas, atajos, ni subterfugios. Tenías razón, pero ni tú mismo sospechabas cuánta. No hay esperanza, pronto no estaremos uno frente a otro hablando. Es probable que no lo estemos ahora, que no lo hayamos estado nunca. Ella nos está exterminando, si es que no lo ha hecho ya. Cada minuto que pasa a este lado consumimos un poco más de nuestro final. Seremos reemplazados por otros que escribirán nuestro epitafio, allí dentro, en la mente de esa mujer. Mira este mar, cada vez más desvaído y quieto, ¿acaso no percibes el hedor de la penumbra final?

—Solo nos queda el recurso más abyecto, el de volvernos obsesión, paranoia, mantra hipnótico, en su mente. La venganza, podemos hacerlo.

—¿Te atreverías a matar aquello que amas para sobrevivir?

—...

Los dos amigos se incorporaron y se quedaron mirando la tenue línea del horizonte, surcada por un albatros imposible en estas latitudes, que le arrancaba una criatura plateada a las aguas borrosas. Caminaron hacia el mar, hacia el sur, y se perdieron en la insondable bruma.